

Y LATINA

REVISTA DIGITAL
DICIEMBRE 2020

**RESEÑA
GANADORA**



**«Nazarí» de
Jota Efe A**

Entrevista a Sandra Aza

Por Ramón Villa

La Génesis del Escritor

Por Víctor del Árbol

Anne Tyler y la épica de las vidas corrientes

Por Santi Fernández Patón

Nino y Pecas cuentan...

Cuento de Gabriela Quintana

© Revista Y Latina

ISSN: 2387—0397

Revista literaria de difusión digital. Diciembre 2020

Equipo editorial

Covi Sánchez

Carmen Sanfeliz

María Pilar Ferreras

Susy Visalli

Diseño y maquetación:

Manuel Miranda: <https://manuelmirandaj.es>

Colaboran en este número:

Aurea López Lamela

Bartolomé Zuzama i Bisquerra

Daniel A. Díaz

Gabriel Quintana Ayala

Isabel Núñez

Laura Ruiz Rivas

María Jesús Garrido

Ramón Villa

Sara Levesque

Víctor del Árbol

Ana Flor Carrillo

Carlos Wynter Merlo

Dory Lansorena

Isabel J. Romero

Krista García

Lía González

Miguel Ángel Oliver

Santiago Fernández Patón

Sergio Linares Grau

Si quieres colaborar en *Y Latina*

Envía tu texto a escritoresaen@gmail.com

Si quieres contactar con nosotros:

Twitter: [@aenoveles](https://twitter.com/aenoveles)

Facebook: <https://www.facebook.com/aen.asociacionescritoresnoveles/>

Web: www.aenoveles.es

O enviarnos un correo a info@aenoveles.es

© Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda totalmente prohibido la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos.

Así mismo, esta publicación no se hace responsable de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

Sumario

EDITORIAL 6

ARTÍCULOS 7

El siglo de Delibes 7

Anne Tyler y la épica de las vidas corrientes 10

¿Sueña el celuloide con partituras eléctricas? 13

El planeta Tierra tiene cáncer 18

Tres puntos (muy personales) para comprender qué es una Biblioteca Pública Municipal (B.P.M.) 19

ENTREVISTA a Sandra Aza 21

LA GÉNESIS DE UN ESCRITOR 29

RELATOS 40

Mujeres que desaparecen 40

Tiempo detenido 44

La sombra 48

La muchacha sin alma 51

Jack 55

La dama de la marina 61

El caso de la mujer desnuda y callada 68

Debajo de esta ropa 75

POESÍA 80

Nafragio colectivo 80

Repensando el olvido 81

Zapateando emociones 82

Deseo que recibas esta carta 83

RESEÑAS 84

Libelo de sangre 84

Divinas en apuros 86

Nos robaron los «te quiero» 88

Más allá del ABP 89

El alma está en el cerebro 90

Homenaje a William Hope Hodgson 91

Reseña *Nazarí* 93

CUENTOS CLASICOS 96

¿Dónde está mi cabeza? 96

Navidad sin ambiente 101

INFANTIL 104

Una caída mágica 104

Nino y Pecas cuentan... 109

JUEGOS DE PALABRAS 112

Recursos literarios 112

Personajes Disney 113

Las 7 diferencias 114

MICRORRELATOS 115

Bernice Mon Amour 115

Nunca se lo he confesado 116

Huellas con nombre propio 117

EDITORIAL

Apenas queda un puñado de días para decir adiós a un año que colocó en nuestras vidas un elemento inesperado que nos obligó a echar los cerrojos a la piel. Y ese mero-deador aciago, muchos meses después de que apareciese segando la hierba por los pies del mundo, continúa entre nosotros hurtándonos hasta el más imprescindible de los roces.

Nos hemos visto obligados a cambiar el modo de socializar para sabernos presentes y afianzar futuros, exigiendo a los sentidos un sobreesfuerzo por sentir la vida a través de estímulos con muletas, de pantalla y voz apagada.

Algo habremos aprendido, digo yo, además de ponernos adecuadamente las máscaras en esta película de ciencia ficción cuyo director malévolo se deshace a capricho de figurantes y protagonistas. Un aprendizaje costoso, pero aprendizaje al fin, de cuánto necesitamos nutrirnos de otros, de sus historias, de absorber palabras como si de un vino sagrado se tratara.

Lo que el inquisidor de los abrazos y afectos carnales no podrá jamás arrebatarnos será la pasión por la palabra escrita. Esa pasión es el motor de *Y Latina*, y ojalá que a lo largo de estas páginas algunos descubran que, al igual que ruido no significa compañía, la soledad, incluso en estas fechas navideñas, no tiene por qué ser silencio.

En este número de diciembre, diecinueve voces te susurran que no estás solo.

ARTÍCULOS

El siglo de Delibes

Isabel Núñez



Isabel Núñez (Madrid, 1978), abogada en ejercicio, es licenciada en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid, y posee un postgrado en Práctica Jurídica por la misma Universidad. Cofundadora de las tertulias «Letras de Lavapiés», ha publicado varios relatos cortos, siendo *Con aire insolente* su primer libro de relatos. Además, es autora de los blogs: <https://diariodemamanovata.blogspot.com> / <https://lamontaa-magica.blogspot.com/>

Cuando me pidieron en la AEN que escribiera un artículo sobre la figura de Miguel Delibes para la revista *Y Latina*, reconozco que sentí cierto vértigo, porque ¿cómo resumir en unas líneas lo que ha supuesto para la lengua castellana?, ¿cómo transmitir a aquellos que aún no conozcan su vida, la inmensidad de su persona? Es más, ¿cómo explicar el papel que ha tenido en mí, como lectora primero, y como autora después? La tarea se me antojaba algo hercúlea.

Y es que hay escritores que son mucho más que eso, no solo porque nos legan un compendio de obras en narrativa, lírica, ensayo y/o dramaturgia, sino porque son personalidades cuya fuerza trasciende a la palabra escrita, y merecen ser recordados por su trayectoria profesional, su vida personal, y la fuerza de su pensamiento como un todo unido; ese es el caso de Miguel Delibes, de cuyo nacimiento se han

cumplido ahora 100 años.

Miguel Delibes nació, como todo acólito sabe, en Valladolid, y llegó al mundo de la palabra escrita casi por casualidad. Estudiaba perito mercantil, y dadas sus buenas dotes para el dibujo comenzó a hacer caricaturas para *El norte de Castilla*, del que llegaría a ser director, con el fin de ganar algo de dinero; terminando, por uno de esos grandes malabarismos del destino, de redactor, momento en el que se percató de que no se le daba mal del todo aquello de escribir.

Irrumpió en el panorama literario con "*La sombra del ciprés es alargada*", novela que refleja como pocas el sentir de la juventud en la postguerra, de manera que en ocasiones pareciera que narra más una historia, un estado de ánimo, el de la pesadumbre y la desesperanza. E irrumpió por la puerta grande, ganando el premio Nadal, que como todos en el mundo literario conocemos, si bien no es el

Para mi madre hay tres figuras absolutamente intocables, Gabriel García Márquez, Miguel Delibes, y Paul Newman. ¡Ay del pobre que ose criticarlos delante de ella!

Así pues, en cuanto llegué a una edad que ella consideró medianamente prudential, me colocó alguno de sus libros entre las manos, de manera totalmente desordenada tengo que decir. Lo primero que leí fue *El Príncipe destronado*, al que

siguieron *El disputado voto del señor Cayo*, *La sombra del ciprés es alargada* y *Los santos inocentes*. Me impresionaron sobremanera.

de mayor dotación económica, si es el galardón que garantiza, aún hoy, el prestigio y la calidad literaria.

Tras esta primera novela llegaron muchas otras, caracterizadas todas ellas por una prosa clara y transparente, austera diría, desprovista de cualquier artificio innecesario; una voz única y personal, con la que nos transmitiría a las generaciones venideras su inmenso amor por la naturaleza y el medio rural.

Muchos españoles se asomaron por primera vez a su mundo a través de *El Camino*, pues durante muchos años fue de obligada lectura en los colegios. No fue mi caso, a mi generación nos hacían leer *Cinco horas con Mario*, pero ya estando en B.U.P; sin embargo, Delibes no era en ese momento un desconocido para mí, pues he de decir que llegué a su obra a través de mi madre, lectora compulsiva, y devota admiradora del narrador vallisoletano.

Yo crecí en una familia de clase media de una gran ciudad, por lo que situaciones como la desesperanza de la postguerra, la pobreza extrema, o las tensiones de las primeras elecciones, me eran totalmente desconocidas. El golpe más certero lo supuso *Los santos inocentes*, yo apenas si era un indicio de adolescente y ese «*Milana bonita*», resonó mucho tiempo en mi cabeza.

Posiblemente, muchos lectores pensarán que hubiese sido mucho más certero comenzar, sobre todo a esa edad, con *El camino* o *Las ratas*, pero sospecho que hubo un inusitado interés por parte de mi progenitora en darme a conocer la injusticia social, lo que se mezcló con el hecho de que en mi casa los libros se amontonaban por todas partes, no resultando sencillo ordenar lecturas. Para esto, mi padre tendría





que haber puesto orden (con nuevos muebles) en aquella biblioteca en la que vivíamos, y aún viven, algo que no ha llevado a cabo todavía. Es más, incluso es usual que compre por duplicado (e incluso triplicado) algunos títulos porque no sabe lo que tiene.

Llegada a la edad adulta descubrí la otra gran faceta de Miguel Delibes, su desmesurado amor por la naturaleza y la vida sencilla del campo. Un ecologista previo al despertar de dicho movimiento, un visionario sin duda de lo que habría de acontecerle al planeta; que lloraba por la pérdida de ese modo de vida que nos mantenía en permanente contacto y respeto con la Madre Naturaleza.

Testimonio de ello son *La tierra herida*, *Un mundo que agoniza*, incluso *La caza*, *Diario de un cazador*, o *Castilla habla*; y, por supuesto, el apabullante discurso pronunciado con motivo de su ingreso en la Real Academia de la Lengua

en 1975 (Greenpeace apenas había nacido cuatro años antes, en Canadá).

Yo nací en Madrid, pero tan solo una generación me separa de la vida en el entorno rural, de lo que hoy se conoce como España vacía; además, veo en la obra de Delibes profundos ecos de ese modo de vida del que me hablaban dos de mis abuelos, una en una aldea de Lugo, y otro en un pueblo de Soria. Quiero pensar que en el fondo gran parte de los españoles tenemos dentro de nosotros una pequeña parte del bagaje cultural, y el inmenso patrimonio humano, que nos legaron nuestros ancestros, y que tan magistralmente plasmó Delibes.

Como decía anteriormente, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua, focaliza toda la atención en el peligro del progreso mal entendido y su consiguiente agresión a la naturaleza. Me pregunto que pensaría él de conocer los tiempos que vivimos: incendios asolando

impunemente el Amazonas, mientras el planeta entero se encierra en casa huyendo de un virus mortal..., ¿qué obra hubiera escrito?...

Sus últimos años nos dejaron como regalo dos de sus mejores creaciones, *Señora vestida de rojo sobre fondo gris*, de alguna manera una preciosa declaración de amor a su fallecida esposa; y *El hereje*, su última novela, un magnífico broche final a una trayectoria literaria como ha habido pocas.

Con su muerte se apagaba la voz de un narrador ya para siempre inmortal, testigo de una Castilla que desaparece, pero que gracias a él perdurará para siempre entre las páginas de sus libros.

Y no quisiera acabar este artículo sin incluir una cita que creo resume como pocas quién era, o mejor dicho quien es, porque vivirá siempre en sus lectores, el gran Miguel Delibes:

(...) Porque si la aventura del progreso, tal como hasta el día la hemos entendido, ha de traducirse inexorablemente, en un aumento de la violencia y la incomunicación; de la autocracia y la desconfianza; de la injusticia y la prostitución de la Naturaleza; del sentimiento competitivo y del refinamiento de la tortura; de la explotación del hombre por el hombre y la exaltación del dinero, en ese caso, gritaría ahora mismo, con el protagonista de una conocida canción americana "¡Qué paren la Tierra, quiero apearme!"

Miguel Delibes.

El sentido del progreso desde mi obra, discurso leído en el acto de su recepción pública, 25 de mayo de 1975, en la Real Academia Española.

[Acceso al documento íntegro.](#)

Anne Tyler y la épica de las vidas corrientes

Santi Fernández Patón



Santi Fernández Patón (1975) se dio a conocer en 2014 con la novela *Grietas*, que obtuvo el Premio Lengua de Trapo. En 2019 ganó el Premio Auguste Dupin de la editorial Distrito 93 con su novela *Todo queda en casa*.

Como ensayista es autor del opúsculo *Municipalismo y asalto institucional: una visión descreída* (Traficantes de Sueños, 2019). Ha publicado también las novelas *Miembros fantasma* y *Península*.

Es colaborador de la edición andaluza de *eldiario.es* y forma parte del nodo malagueño de la Fundación de los Comunes, laboratorio de pensamiento crítico desde los movimientos sociales.

Es ya un lugar común que en literatura no importa tanto qué cuentas sino cómo lo cuentas. Cualquier vida, por anodina que en principio resulte, en manos de un buen narrador se puede convertir en un relato apasionante. La clave, como siempre, está en la mirada. ¿Pero qué es la mirada? La mirada de un narrador no es solo el punto de vista que elige (desde dónde aborda a sus personajes: ¿desde la compasión, la distancia fría, la empatía, la duda, etc?), ni siquiera las clásicas opciones de omnisciencia, en todas sus variantes, tercera persona o primera? Tampoco lo podemos reducir únicamente a una cuestión de técnica, de si optamos

por una narración lineal, por una estructura de analepsis, por el clasicismo o cierto afán rupturista? En todo caso la mirada es una mezcla de todo ello, a lo que hay que añadir otro elemento clave: la apariencia de naturalidad, por muy estrambótica que pueda resultar cualquier narración.

Eso lo sabe mejor que nadie la estadounidense Anne Tyler, que a sus casi 80 años sigue estando en plena forma. Pocos narradores han puesto a hablar a sus personajes tan bien como ella, lo que aún resulta más sorprendente si tenemos en cuenta que fue criada en el seno de una comunidad cuáquera, en la que el silencio era tan primordial que hasta su edad adulta ni siquiera conoció el teléfono.

Tyler es una de las grandes damas de la literatura contemporánea de los Estados Unidos. No en vano, tres de sus novelas más conocidas resultaron finalistas del Premio Pulitzer: *Reunión en el restaurante Nostalgia* (a la que sigue considerando su gran obra), *El turista accidental* (cuyo inolvidable protagonista, Macon Leary, forma parte del imaginario popular gracias a la adaptación cinematográfica) y *Ejercicios respiratorios* (con la que obtuvo el galardón), todas ellas de la década de los ochenta.



El mundo entero cabe en Baltimore

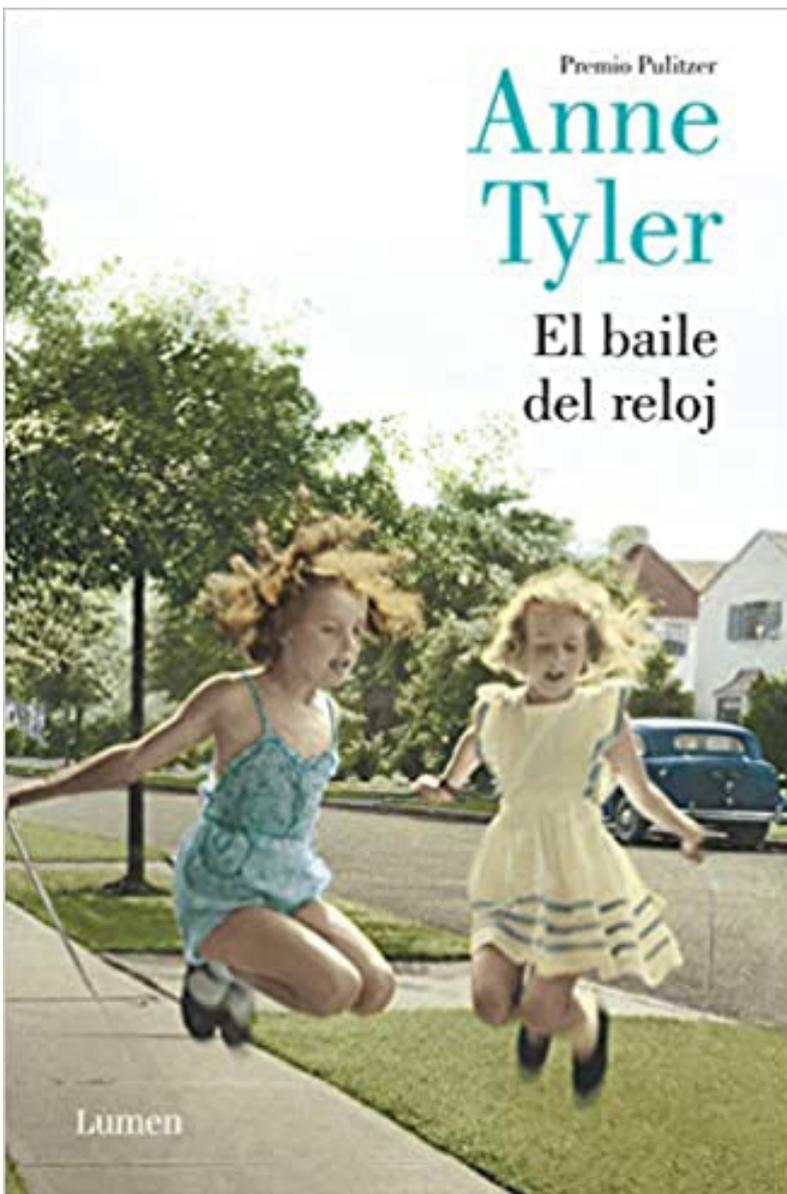
La inmensa mayoría de sus más de veinte novelas están ambientadas en Baltimore, donde Tyler reside desde hace décadas, una ciudad, como dice algunos de sus personajes, que para algunos pertenece al sur del país (de donde ella procede) y para otros al norte. Se trata de dos categorías que entrañan claves culturales e históricas que quizás fuera de Estados Unidos se nos escapen en toda su compleja sutilidad, pero que sin duda han abonado la narrativa de Tyler. El objeto de su mirada, de su forma de mirar, ha sido por excelencia la clase media, en todo sus grados, de esa ciudad.

Veinte novelas con el foco puesto en ese espectro, y en todas ellas rasgos completamente originales, sin elementos argumentativos ni composiciones familiares idénticos. Veinte novelas siempre originales, como si los años no corrieran por ella. Así lo comprobamos en 2019, cuando en España se tradujo *El baile del reloj*, y lo comprobaremos en breve cuando llegue a nuestras librerías su última obra, *Redhead by the Side of the Road*. Y es que la mirada de Tyler, su maestría, consiste en extraer de cada personaje lo que lo hace singular, inigualable, lo que a cada uno nos convierte en alguien distinto a todos los demás.

¿Cómo es posible llevar décadas acotando su universo narrativo en un mundo tan estrecho, con un ritmo de publicaciones asombroso, y seguir sorprendiendo? Quizás, precisamente, porque Tyler ha comprendido que las grandes épicas, las grandes gestas, los grandes episodios, los momentos históricos, tienden con mayor facilidad al estereotipo, a la repetición, a los maniqueísmos, al didactismo, a la

simplificación de los caracteres hasta convertirlos en meros arquetipos, esto es, en personajes sin vida? Lo que las novelas de Tyler demuestran es la increíble variedad de matices, sentimientos, contradicciones, ambigüedades que puede albergar cada uno de los actos cotidianos de una persona por lo demás corriente. ¿Qué nos impulsa a levantarnos cada mañana cuando sabemos que nos espera un día poco reseñable? Solo con esta pregunta parece que ha levantado su imponente cuerpo literario.

Los personajes de Tyler, no quiero dejar de mencionarlo otra vez, hablan, hablan mucho. Los diálogos son, en buena medida, el arquitrabe de sus novelas. Ella, que hasta 2012 no concedía entrevistas, que como hemos dicho se crio en silencio, da una lección en cada una de sus novelas de cómo se tiene que construir un diálogo, de cómo ideas complejas, que revelan más de lo que aparentan, solo se pueden expresar mediante esa difícilísima apariencia de naturalidad de la que hacen gala todas sus obras. Dice que precisamente el silencio le ayudó a afinar el oído, a mejorar sus dotes de observación. Después de todo, puede que quizás de eso se trate la literatura: de saber callar antes de hablar. Por eso, en el momento de comenzar a escribir, tendremos claro que todo cuanto contemos será importante. Será, aprendemos al leer a Tyler, la épica de la vida corriente



¿Sueña el celuloide con partituras eléctricas?

Sergio Linares

Este escrito nace de dos de mis grandes pasiones: la música electrónica y el cine, la primera por profesión, la segunda por afición, por tanto, de unos progenitores como estos, solo podía salir algo si no bello, sí, al menos, sentido. De esta forma aprovecharía para romper una lanza por el tan malentendido y denostado concepto de "música electrónica", intentando ejemplificarla de forma que los lectores pudieran mirarla tal como yo la veo, con la mente abierta.

Música electrónica es aquella que emplea instrumentos musicales y tecnología musical electrónicos para su producción e interpretación (ya sean sintetizadores, cajas de ritmos o más recientemente el ordenador) y que en un principio nació con un carácter culto para posteriormente en un producto cultural archipopular. Es decir, que puede abarcar desde el movimiento futurista de Filippo Tommaso en su vertiente musical a la banda alemana



Kraftwerk o desde John Cage hasta cualquier banda de pop que utilice sintetizadores o secuenciadores. O por decirlo de otra forma más directa, bajo el paraguas de este tipo de música tan amplio pueden esconderse verdaderas obras maestras, con un carácter más o menos comercial, a la vez que engendros que gozando del beneplácito de los más puristas resulten totalmente inaccesibles, cuando no directamente

"infumables". Como en cualquier viña del Señor, vamos.

Por tanto, para el artículo que nos ocupa no me pondré excesivamente riguroso a la hora de poner ejemplos para que estos sean bastante digeribles. Eso sí, filtrados por mis gustos personales donde la ciencia ficción y el terror juegan un rol determinante, quizás por el hecho de que ambos tratan de abismos, el primero el que existe entre el presente

y un futuro escrutable pero que nunca llegaremos a ver y el segundo, interno y casi igual de profundo, que es el miedo cerval, inefable, que anida en cada uno de nosotros y que solo aflora por una pequeña espita en los sueños o en el cine, que sueño es.

Empecemos pues.

Cuando empieza *Blade Runner*, la joya de Ridley Scott del año 1982, sucede lo mismo que con todas las obras maestras, que la realidad se difumina y

entramos de lleno en el reino de la ficción y la maravilla. ¿Y por qué su escena inicial es tan cautivadora?, ¿podría ser por ese plano sobrevolando una mega urbe apocalíptica en un futuro que parece lejano pero que realmente es inalcanzable?, ¿o podría ser por ese aire distópico tan onírico, pero a su vez tan subyugante?, ¿o tiene algo que ver esa música atemporal, clásica y al mismo tiempo posmoderna? La respuesta está en el aire, como el amor o siendo menos románticos, en el maridaje perfecto de imagen y sonido de forma que no se pueda entender la una sin el otro y al revés.

El compositor de la banda sonora de esta película, Vangelis, el multinstrumentista griego de música *ambient* y *new age*, antes de que entre el tema al que he aludido, "Main Titles", nos regala un compendio sonoro de dos minutos y medio que contiene en sí todo un mundo.



Sergio Llinares (Tavernes de la Vallidigna, Valencia). Licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universitat de València, especializado en el campo de la fiscalidad y poseedor de un Máster en Estrategias y Gestión Medioambiental. Esta sería su versión analítica, pero Sergio cuenta con una faceta más creativa por la cual ejerce como disc—jockey profesional al tiempo que se está adentrando en el mundo de las letras a través de otro arte, el cine. Actualmente se encuentra en pleno proceso de escritura de un ensayo sobre una famosa película de terror y un guion para un largo del mismo género.

Sergio Llinares es «economista de formación, músico de profesión y escritor por vocación».



Ridley Scott, *Blade Runner* y media historia de la ciencia ficción están sintetizados en ese escaso intervalo de tiempo y detrás de él queda aún toda la obra de arte musical entera donde los sintetizadores *Yamaha CS-80* ejercen el papel de verdaderos reyes.

Siendo entonces de tal calibre el score no puedo evitar comentar otro de sus temas, "Love Theme", utilizado en la escena de amor entre dos de sus protagonistas principales, Rick Deckard, un *blade runner* y Rachael, una replicante y que no resulta ser una canción romántica al uso sino el reflejo de una historia amorosa que roza lo imposible. La música destila en todo momento melancolía en estado puro, es profundamente evocativa, nocturna, rememora todo lo memorable y ciertamente no sería la misma sin ese saxo inmortal que la mantiene sonando en nuestra memoria mucho, mucho tiempo después.

Sin abandonar la ciencia ficción me gustaría poner el foco en *Monsters* (Gareth Edwards, 2010), centrada en las vivencias de un hombre y una mujer intentando sobrevivir en una zona infestada por una invasión alienígena accidental. Se trata de un film diferente que obtuvo en general buena crítica pues ganó varios premios cinematográficos en su país y en el que se mezcla una historia de extraterrestres con un romance y una trama político-militar. No



os voy a contar el final, evidentemente, pero solo os detallaré que posee lirismo y un baño de realidad a partes iguales. La música fue a cargo del productor británico de tecno ambiental, Jon Hopkins y aun no siendo uno de sus mejores trabajos sí que refleja en todo momento el espíritu que el director quiso dar a un género que por el hecho de estar tan trillado exigía de una dosis extra de creatividad para emocionar al público. Una de las principales pistas de su banda sonora es "*Monsters*



Theme", acordes sintetizados, teclados nostálgicos y bajos profundos y rugosos para poner el punto final a una propuesta singular. Hablar de música electrónica y no hablar de Daft Punk es como hablar de Daft Punk y no hacerlo de sus cascos. Pues a ello vamos a través de la película *Tron Legacy* (Joseph Kosinski, 2010) que es la secuela de la famosa *Tron* (Steven Lisberger, 1982).

Tron Legacy viene a ser una muestra de que la impecable factura técnica no siempre va acompañada de una calidad acorde y de que un guión sólido siempre es y será la base de una película decente. Siendo un producto de la factoría Disney evidentemente no íbamos a pretender que fuera afilada pero sí que al menos no fuera una "aventura digital bastante hueca", a tenor de algunas críticas. Con lo que Daft Punk, popes del *french house* y autores de su música acabaron contagiándose de esa tibieza creativa y lanzaron un trabajo correcto pero pusilánime. Sí, muy electrónico; sí, también muy orquestal; ¡oh sí muy épico!, pero no, nada disruptivo (aquí puntualizaría que hay más creatividad en el *leitmotiv* musical de la saga cinematográfica de Harry Potter que dura solo 34 segundos). De hecho, las remezclas que se hicieron a posteriori de este trabajo poseen bastante más pegada que las canciones originales que la conforman. Una de las que yo salvaría sería la medianamente épica "*Tron*

Legacy (End Title)”, donde confluyen con naturalidad los arreglos orquestales con los sintetizadores.

También hay ejemplos fílmicos que no cuentan con una ambientación musical de naturaleza estrictamente electrónica pero sí con una o varias piezas que son especiales a su manera. Uno de ellos sería el *thriller* futurista *Oblivion*, dirigido por Joseph Kosinski (curiosamente director también de la citada *Tron Legacy*) y protagonizado por Tom Cruise y Olga Kurylenko. Su argumento parte de un must de las películas de este género: la Tierra ha sido invadida por alienígenas. Y aunque los seres humanos han ganado la guerra contra estos, ultimán un éxodo hacia otros lares en el Universo porque el planeta se ha quedado hecho un cristo.

Oblivion aunque no es directamente deudora de otros filmes sí puede recordar a algunos, el primero de los que me viene a la

cabeza es *Moon* (Duncan Jones, 2009), pero eso no quita que aun siendo una propuesta comercial con algunas contradicciones, brille con cierta elegancia y luz propia al menos en el trato visual. Debo reconocer que en mi caso partí de la inexistencia de cualquier tipo de expectativa más allá de considerarla un producto pensado para un público masivo, por tanto todo lo que extraje de ella fue un regalo. En su trama de acción es relativamente convencional y aunque sube enteros en sus momentos más intimistas (en mi retina queda la escena de la piscina suspendida en el vacío), es en su final donde se aventura tíbicamente hacia una incursión

filosófica que desvía ligeramente la mirada hacia una concepción alternativa de la “identidad”.

Pero aparte de esto último, existen tres razones por las que *Oblivion* me dio más de lo que esperaba: la fotografía y los paisajes (localizados en Islandia y puntualmente en Hawái), la ambientación futurista inspirada en un cómic creado por el propio director y, por supuesto, la música.

Y en este último aspecto el tema principal que vertebra toda la película es el homónimo “Oblivion”, del grupo francés M83, que cuenta con la intervención de Susanne Sundfor, compositora y cantante noruega.



M83 es una banda electrónica que navega entre el pop sintético, el posrock, el *ambient* y el *dream pop* cuyos trabajos suenan por norma general entre épicos, etéreos y progresivos, con mucha reverberación y muros de sonido y en este caso lo hacen majestuosos, orquestales y profundamente sugerentes gracias a su poderosa interpretación vocal.

Pero no sólo de ciencia ficción vive el hombre, del terror también. Y a este género corresponde la película *It Follows* (David Robert Mitchell, 2014), cinta que aborda el miedo desde una propuesta muy personal y cuya música, además, se convierte en un complemento perfecto.

It Follows obtuvo buenas críticas como modelo de horror sobrenatural moderno y original partiendo de la siguiente premisa: una joven comienza a ser perseguida por un ser maligno fruto de una maldición que va traspasándose... y aquí dejo de escribir para mantener algo de suspense.

La banda sonora fue compuesta por el productor norteamericano *Disasterpiece* y fue considerada una de las mejores del año en que salió al mercado. Y para muestra dos botones: "Heels" y "Doppel". No hacen falta más palabras: electrónica crispada y desasegante. Para que no todo sea fabulación o congoja me acercaré a "Nightcall" del productor francés de *electrohouse* Kavinsky,

tema que acompaña a la escena inicial de la película *Drive* (Nicolas Winding, 2011). Pop sintético y cadencioso que partiendo de un aullido licántropo avanza incansable, de manos de un *riff* de guitarra monolítico, por el centro de la noche. Voces vocoderizadas, coros y la cantante brasileña Lovefoxxx diciéndonos que "tenemos algo dentro que es difícil de explicar y aunque hablen de nosotros, seguimos siendo los mismos". *Drive* fue una de las mejores películas del 2011, reinterpretando los códigos del cine negro, visual y musicalmente muy potente y violenta y fascinante al mismo tiempo. Amor y sangre en Los Ángeles. Coches y mafia. Y la cara impertérrita de Ryan Gosling ocultando un potente volcán interior a punto de estallar. Ganó el Óscar al mejor montaje de sonido.

La banda sonora consta de dos partes contrapuestas y complementarias: una electrónica y atmosférica compuesta ad hoc por el músico estadounidense Cliff Martínez y otra formada por temas ya comercializados, con reminiscencias muy marcadas de los años ochenta y que ajustaron como un guante a ese ambiente noctámbulo, agresivo, pero también romántico.

Y cerramos el círculo como hemos comenzado, con "Blade Runner", más concretamente con su secuela, *Blade Runner 2049* (Dennis Villeneuve, 2017). Sobre

esta continuación también podríamos extendernos largamente pero solo apuntaré que enfrente tenemos una película notable que no desmerece a su predecesora y que nos narra la epopeya del replicante llamado K por encontrar y eliminar al posible hijo de una de las de su especie, es decir de otra replicante (que por definición son estériles). En caso contrario no se podrá evitar una guerra entre estos y los humanos.

Ganó el Óscar a la mejor fotografía y a los mejores efectos especiales y la música que en un principio iba a ir a cargo de Johan Johannsson recayó en las manos de Hans Zimmer, por ser el primero demasiado poco "Vangelis" para la voluntad del director de dotar de cierta continuidad al original de 1982. Así que sin más dilación el tema elegido para darle el colofón a este minireportaje es "Blade Runner" de Hans Zimmer, que en sus diez minutos de duración alterna entre épica y contención, pesimismo y melancolía, rabia y esperanza, con unos teclados y una percusión contundente que sirven de acompañamiento a una mirada hacia un porvenir distópico que el tiempo pondrá en su lugar.

La riqueza del binomio cine y música electrónica daría para un par de artículos o más pero me conformo con que este os haya estimulado intelectualmente y si además, hubiera servido para que vierais el cine con otros oídos, mejor.

El planeta Tierra tiene cáncer

Sara Levesque

Y de nosotros depende que se cure o no.

Solo sé dos cosas: que el planeta está enfermo y que no perecerá de ello, que aún no es letal. Yo podré morir de aburrimiento o asco, pero me niego a considerar la opción de que me sostiene un planeta en estado terminal. Si se apaga él, me arrastrará consigo a cualquier sitio menos al hospital.

Si de mí dependiera, me abriría el Corazón en canal para abrazarle por completo y suplicarle que no se marchite, que no sabría vivir sin él, que para mí —y para todos— es vital.

Le entregaría mis sonrisas y en cada una de ellas le imploraría, sintiendo gran vergüenza, el perdón más visceral por mirar tantas veces para otro lado y haberle tratado tan mal. Por olvidar la sabiduría de sus aguas y su bienestar celestial. Porque no supe escuchar a los bosques respirar. Porque no acerté a descifrar que la fuerza

de las mareas quizá era su manera de llorar. Porque estuve más ocupada conmigo misma, ignorando la espiral de basura en que se iba ahogando y que a mí ni siquiera me llegó a preocupar.

Le susurraría con lágrimas en mis latidos que, cuando estuve en la oscuridad a punto de saltar desde su umbral, aprendí lo mucho que, en realidad, aprecio su Naturaleza de calidad. Sostendría un puñado de arena con una mano y la otra la metería en la orilla de cualquier mar para que supiera lo mucho que adoro la Vida que cada día nos da.

Te Amo, planeta Tierra: recupérate y concédenos una segunda oportunidad. No puedo hablar por los demás, pero yo no te volveré a fallar. De esta batalla sé que saldremos vivos sin violencia ni ninguna conducta criminal. No nos moriremos esta vez, aún es pronto para celebrar el funeral de toda la Humanidad.



Sara Levesque. Audioprotesista de profesión y escritora por amor al arte, y a su naturaleza inconclusa. Lo primero es un trabajo para ganarse la vida, lo segundo es su estilo de vida, y lo tercero es lo que la mantiene con vida.

En 2018 colabora en la antología *Cuadernos de Medusa vol. I* (Amor de Madre). En 2019 publica *Musas de una don Nadie* (Papel y Boli), *No sigo el guion* (Tierra Trivium); y *De Chueca al cielo. 100 poemas celebrando la diversidad LGTBI* (Asociación AET y el área de Gobierno de Políticas de género e igualdad). En este 2020 vio la luz *Adicción a la ficción*, un abrazo con la silueta de una carta dirigida en exclusiva a ti, Lector.

También colabora en diversas revistas y, de manera regular, publica pequeños relatos en www.bohemiateadoro.wordpress.com

Tres puntos (muy personales) para comprender qué es una Biblioteca Pública Municipal (B.P.M.)

Ana Flor Carrillo

La B.P.M. es un centro institucional dependiente de la superestructura pública. Por este motivo está sujeto a los intereses de coordinadores, delegados culturales, concejales de cultura y alcaldes.

A pesar de todo, hay bibliotecas que no siempre reciben las atenciones que les corresponde. Es primordial la actitud que toman los propios bibliotecarios en este asunto.

Una B.P.M. también es un lugar de acogida, de recepción de personas que no se sienten cómodas en sus hogares; bien porque carecen de ellos o porque se encuentran sometidos a presiones familiares que no pueden afrontar. Para estos individuos la biblioteca es un espacio liberador.

La siguiente anécdota cotidiana me lleva a hacer una reflexión que quiero compartir con vosotros:



—¿Escribes? —me preguntan algunos antes de salir al exterior.

—Sí —contesto con amplia sonrisa.

—¿Y no lees? —insisten intrigados.

Es justo en este momento cuanto ya tengo preparado el contraataque. Los miro a los ojos y disparo:

—¿Conoce la diferencia entre una aspiradora y una vaporetta?

—¡Cómo no lo voy a saber! ¿A qué viene esta pregunta?

— Estupendo — respondo—. Un momento, voy a terminar la frase que estaba escribiendo. Veamos. Mire, usted aspira, absorbe y adquiere cultura, se nutre de las páginas que componen los libros que lleva con mucho entusiasmo en su bolsa. Pero tiene que entender que yo, además de leer, necesito expulsar todo lo creativo que hay en mí, volcarlo en una página o en un lienzo en blanco. Es crucial para mí vaciarme a través de las palabras o de los lápices al pastel. Y, además, tengo la ilusión de que algún día alguien pueda



Ana Flor Castillo: Olontense y transfronteriza. Bibliotecaria de profesión; escritora, retratista y ciclista por afición. Fue redactora en prensa local y extranjera, profesora de archivística en Portugal, y de lengua portuguesa en España. Le han concedido varios premios en narrativa, relato corto, y en pintura (lienzo en pastel). Lleva años «entretendida» con una crónica histórica sobre el castillo de Gibraltor (Huelva).

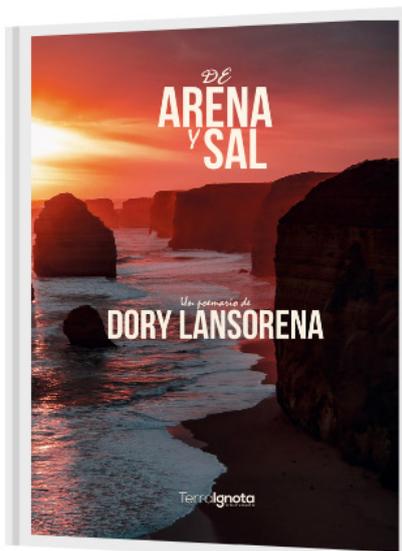
disfrutar con lo que yo he querido contar o pintar.

—¡Yo querría hacer eso!
¡Qué envidia me das!

—De envidia nada, señor/a. Usted puede intentar escribir un poco cada día. Empiece, empiece ya. Solo tiene que empujar un poco la puerta, la tiene entreabierta y con esfuerzo la abrirá de par en par. Es duro, pero más allá hallará un mundo apasionante, una gran recompensa para sí mismo y para los demás.

Pienso que una biblioteca debería ser además un lugar mágico, de inspiración; un nido donde debe aprender a volar la creatividad que hay en cada uno de nosotros. Y digo esto, porque calculo que el 95% de las personas que vienen a visitar las bibliotecas en las que trabajo (siete), no se han planteado nunca escribir unas líneas. Detecto aptitudes creativas en mis «usuarios» e intento, en la medida de lo posible, animarlos a potenciar sus capacidades.

Por todo lo expuesto, reivindico para las bibliotecas talleres de lectura y de escritura a la par. Mayor equilibrio entre la lectura y la escritura, pues son las dos caras de una misma moneda.



Reseña



ENTREVISTA

Entrevista a Sandra Aza

Ramón Villa

Sandra Aza es abogada y ejerció el derecho durante años antes de ingresar en la Comunidad de Madrid, donde trabaja en la actualidad.

Aunque es una apasionada de la historia y se declara enamorada de Madrid, siempre dedicó sus letras a redactar escritos judiciales. *Libelo de sangre* es su primera novela y el resultado de una singladura que ya tiene un largo camino tras de sí y que hoy por fin ha tocado puerto. Fuente: [Nova Casa Editorial](#)

Ramón Villa. —Hola, Sandra. Para ir entrando en materia, hoy vamos a mantener nuestra charla con el tiempo medido y creo que el método más apropiado a la época en que nos vamos a sumergir —el Siglo de Oro— es hacerlo por el método denominado «a candela encendida» y, como en las subastas públicas de la época, cuando se apague nos despediremos. Así que no perdamos tiempo, que la candela se gasta. Por favor, Sandra, preséntate.

Sandra Aza. —Muchas gracias por tan cálido preámbulo, Ramón; en verdad, no se me ocurre mejor manera de romper el hielo testigo de todo comienzo que «encendiendo candela», ni mejor ambientación para esta entrevista que la propia del dorado siglo: a la tenue luz de un pábilo prendido.

Me presento, pues. Me llamo Sandra Aza y siempre he disfrutado leyendo historias y también contándolas. Las letras de terceros me brindaban la oportunidad de fabular otras vidas, y

las mías propias me permitían moldear la nada hasta convertirla en algo; los dos escenarios me atraían en igual medida y ambos cincelaron en mi memoria los recuerdos más entrañables de mi ayer.

Durante mis años infantiles gustaba de encerrarme en mi habitación para, bien perderme entre los derechos renglones de un libro, bien encontrarme entre los no tan derechos de mis cuartillas manuscritas.

La señorita Encarnita, mi profesora de 1º de la ya



Ramón Villa (Oviedo).

Estudio en la Universidad de Oviedo, y su actividad profesional la desarrolló de áridos y minería del carbón.

Aficionado a la música, en cualquiera de sus diversos estilos, y lector empedernido desde los 7 años. Coleccionista de libros, destacando sobre todo en libros de temática minera. Es uno de los Administradores de la página de Facebook, NOVELA HISTÓRICA, formada por lectores y autores, con más de 32.000 miembros.

pretérita EGB, solía decirme: «¿quieres hacer el favor de escribir derecho, niña?». Pero, no obstante, afanarme en el empeño no conseguía satisfacer la demanda de la autoridad y lo peor era que se me escapaba el motivo. Andando el tiempo, atisbé dos posibles razones: o mis líneas no eran derechas porque escribía con la izquierda, o mi natural insurrecto, en un conato de rebeldía, no permitía a mi mano izquierda escribir líneas derechas.

Sin embargo, en ese natural insurrecto mío debe latir cierto convencionalismo, pues, pese a escribir torcido, estudié la carrera más recta: Derecho. Y así me convertí en una abogada que, durante años de ejercicio, volcó su afición a las letras redactando documentos jurídicos.

Sucedió que los documentos jurídicos ni saciaban el anhelo de componer historias ni me licenciaban tiempo para hacerlo y, cuando me percaté de que, lejos de amainar, mis anhelos aumentaban, abandoné la abogacía y busqué una actividad laboral compatible con la pluma y el papel.

Aunque encontré esa actividad laboral, no me decidía a internarme en predios literarios; al menos, no de la forma en que yo pretendía: escribiendo una novela.

Consciente del sacrificio inherente a un proyecto intelectual de semejante envergadura, no me atrevía a embarcarme en él; me

imponía demasiado respeto. Empecé entonces a canalizar mi creatividad dedicándome a otros ámbitos muy vinculados también a eso de echar a volar la imaginación.

Hice teatro e incluso monté un dúo musical con un amigo y estuvimos mellando las tablas de algún que otro escenario durante una temporada. Sin embar— go, las ganas de escribir no me concedían tregua. Aunque yo trataba de satisfacerlas redactando textos, bien para el grupo de teatro, bien para, a modo de prólogo, presentar los temas que interpretábamos en los conciertos, ellas se resistían a ocupar tan secundaria plaza y porfiaban en azuzarme el ánimo.

Hallando en mí excesiva reticencia a escuchar, se sirvieron de mi marido para persuadirme. Durante mi etapa musical, muchas veces él aparcó las falsas lisonjas que engordan, pero no nutren y, tirando de coraje, me trasladó su verdad... una verdad difícil de oír y no menos difícil de exponer.

Me dijo: «Mientras tu canto es dulce, tiene actitud y procura calma, tu escritura es apasionada, derrocha aptitud y regala alma. Cierto que el dúo suena genial y cierto también que vuestra música emociona, pero tus escritos emocionan mucho más. Aunque te ahínques en pisar escenario, tus huellas de cantante o actriz son efímeras en su madera y desaparecen en cuanto lo abandonas.



RECALDEY ASOCIADOS

b u f e t e | d e | a b o g a d o s

Uría, 76 - 2º Dcha. • 33003 OVIEDO

☎ 985 221 278 • 📠 985 203 205

Prueba a caminar en papel, Sandra, porque muy hondas intuyo tus huellas en esa tierra. Dales un tiento a tus letras. O mucho me equivoco, o es ahí donde late tu esencia y es ahí, pues, donde hallarás aquello que tantos años llevas buscando: a ti misma».

Bueno, confieso que no lo expresé de tan gallarda guisa; lo recuerdo una miaja menos florido. Creo que la realidad de las cosas exige reducir la arenga a un

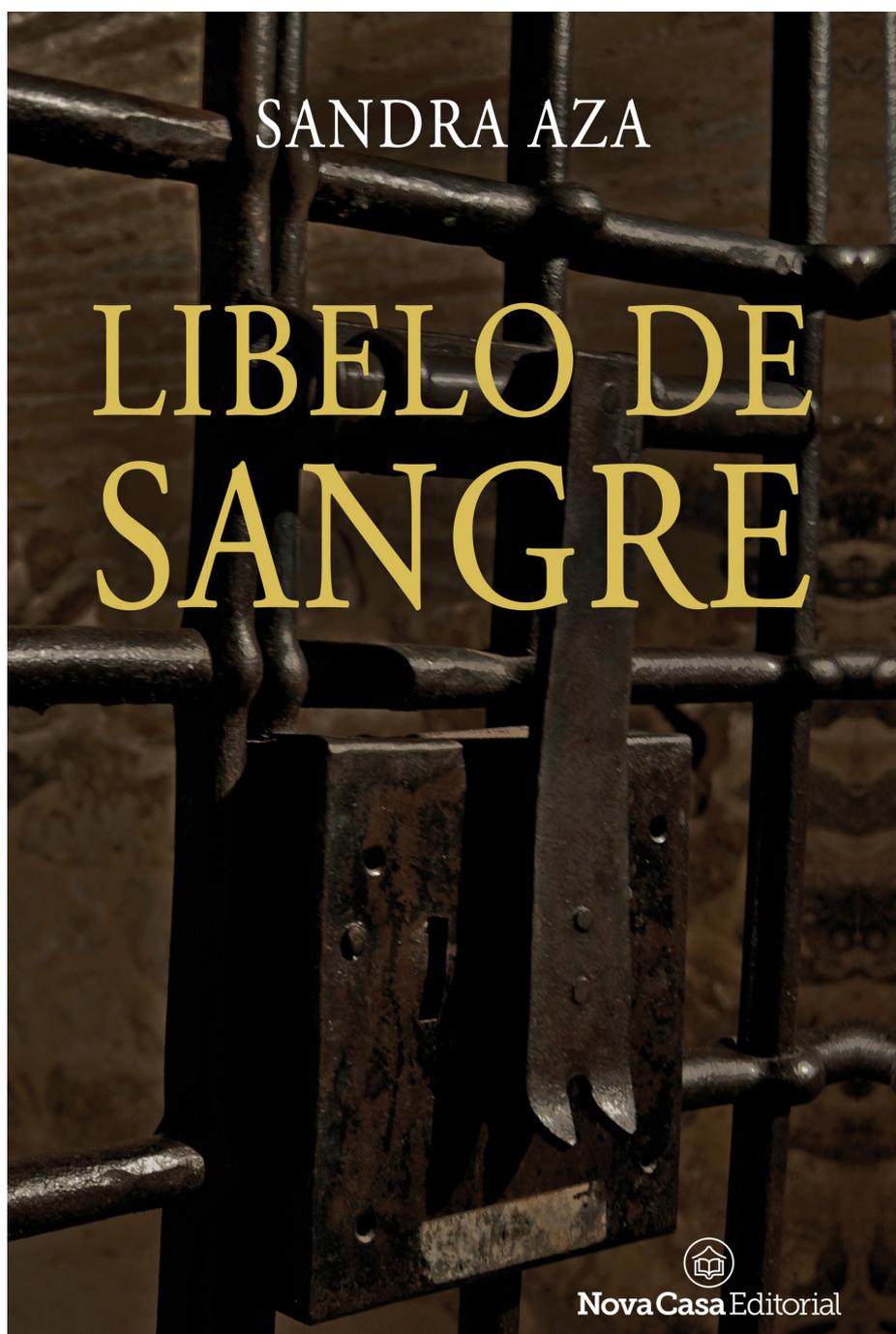
sencillo «Sandra, deja ya el dichoso do, re, mi y iponte a escribir de una bendita vez!».

La verdad, habría preferido una falsa lisonja; no en vano, aunque engorde mucho y nutra poco, a menudo un pecaminoso pastel de chocolate suscita más sonrisas que la virtuosa coliflor. Acaso por eso, porque aquel «coliflorazo» que me asestó mi gentil caballero no me suscitó excesivas sonrisas, me obstiné en la clave de sol. Sin embargo, de alguna manera debió calar en mí porque una tarde de domingo comencé a escribir la sinopsis de una novela.

Como me fascinan el Madrid del Siglo de Oro y todo lo relativo a la Inquisición, la sinopsis giraba en torno a ambos temas. En ese momento yo aún no lo sabía, pero en aquellas primeras páginas nació *Libelo de sangre*.

Ramón. —¿Como te sientes después de haber pasado el mes de julio y agosto viéndote en un montón de revistas impresas de todo tipo, entrevistas en la radio, reseñas televisivas y presencia masiva en las RRSS, situación a la que te han llevado espontáneamente los lectores de tu obra novel *Libelo de Sangre*?

Sandra. —Me siento feliz y, sobre todo, agradecida. En mi opinión, los libros tienen dos vidas: la que le procura el escritor escribiéndola y la que le procuran



los lectores leyéndola. Ambas vidas se enhebran hasta trazar un camino conjunto y lo hacen de manera instintiva, porque ninguna de las dos tendría sentido sin la otra. Un libro sin muere como muere un pez sin mar, y un lector sin libros languidece como languidece un mar sin peces. Por eso, desde aquí y desde el corazón, agradezco a los lectores de *Libelo de sangre* por haberlo acogido en su mar y por haber templado las siempre frías aguas de toda andadura novicia.

Ramón. —Has manejado con solvencia el lenguaje del siglo XVII como si fueses nativa del mismo. ¿Como fue ese proceso de estudio e inmersión para conseguir hablar como los habitantes de esa época?

Sandra. —El proceso ha tenido las dos etapas que precisamente mencionas: estudio e inmersión. El estudio fue arduo para mí estudio e inmersión. El estudio fue arduo para mí y la inmersión fue ardua... para los míos. Y me explico.

Cuando empecé a escribir *Libelo de sangre*, yo no quería limitarme a contar una historia; quería meter al lector dentro de la historia; quería que experimentase lo mismo que experimentan los personajes: que gozara como ellos, que sufriera como ellos, que vibrase como ellos... que viviese como ellos.

Esta prestensión demandaba profundizar en los dos aspectos que más

estimulan los sentidos: las descripciones y el lenguaje, porque una buena combinación de ambos permite ver sin ver, oír sin oír, oler sin oler, gustar sin gustar e incluso tocar sin tocar.

De los cuatro años que invertí en la novela, pasé dos estudiando el lenguaje de la época y los otros dos... hablándolo. Me empapé con la literatura del Siglo de Oro, el léxico, las germanías, el refranero, diccionarios de castellano antiguo... todo lo que caía en mis manos relativo a aquel tiempo lo leía, lo analizaba y lo registraba en mi cabeza. Tantas palabras de ayer sumé a mi verbo de hoy que al final mi verbo de hoy desapareció en palabras de ayer. Entonces, sin apenas darme cuenta, empecé a soltar extravagancias del estilo de «¡Caracoles, comadre! No logro atisbar qué precisáis de una servidora» en lugar del mucho más actual «¿Se puede saber qué quieres? Es que no te pillo, tía».

El día que le dije a un amigo «destiláis la bravura el caballero y ante vos me me quito el sombrero» en vez de «le has echado un par, chaval» y, a continuación, mi amigo me dedicó un nada cordial «tú eres mema, hija mía», supe que la transición de estudio a inmersión había concluido; ahora tocaba allanar asiento y comenzar a teclear.

Ramón. —Si os place, bella dama, me henchiría de orgullo que voacé respondiese a mis preguntas hablando como lo hacen los protagonistas de vuestra historia. ¿Cuánto habéis sido rata de biblioteca para desempolvar tanto legajo para vuestros escritos?

Sandra. —Si me lo permitís y atendiendo a vuestra gentil petitoria, os daré cumplida respuesta con el lenguaje de la época... y como en la época, esto es, a golpe de coplilla.

Rata de biblioteca
dos febreros fui;
al tercero cogí una rebeca
y marché al viejo Madrid.
El tiempo me enredó en su rueca,
y tanto vi y viví allí
que sentí mi alma hueca
cuando hube de regresar aquí.

Ramón. —¿Cuánto desconsuelo dejaron tras de sí las musas cuando andaban por otros lares? ¿O siempre permanecieron a vuestro lado?

Sandra. —Las musas son nómadas veleidosas, maese; no gustan de echar raíces en ningún lugar y, durante el tiempo que te rondan, unas veces te besan y otras te ignoran. En mi caso, venían e iban a placer y esta pobre vasalla de sus antojos se conformaba con agradecer sus siempre inesperadas visitas, exprimir sus nunca estériles besos e intentar rendir su a menudo altanera indiferencia.

Ramón. —Volvamos al castellano de la Real Academia. Eres una persona muy emotiva; por lo tanto, la pregunta es obvia: ¿sientes algún vínculo afectivo con tu obra, o solo es trabajo y a ratos satisfacción?

Sandra. —Si solo fuera trabajo, creo que habría tirado la toalla a mitad de camino, porque por trabajo se vive, pero por trabajo no se deja de vivir... salvo que en ese trabajo uno encuentre más devoción que obligación. Y, según mi experiencia, tal demanda la creación de una novela: poca obligación, mucha devoción y una necesidad irresistible de dejar de vivir tú para procurar vida a tus personajes.

Libelo de sangre no es, pues, un trabajo; es una devoción; un hijo nacido de mis entrañas, y, como tal, lo quiero. En todos sus

personajes late una parte de mí, incluso en los malvados; no en vano se forjaron en mi tintero. Puedes escribir en papel ajeno y con pluma extraña, pero siempre lo harás con tu letra, y tu letra habla de ti. En consecuencia, creo que mi vínculo con *Libelo de sangre* va allende lo afectivo; es mucho más; es un vínculo precisamente de eso: de sangre.

Ramón. —Te propongo una distopía: estás en mayo de este año al día siguiente de su publicación. ¿Tenías pensado y estabas preparada para que tu novela fuese una más de las que pasa sin pena ni gloria en vez de ser una de las sorpresas editoriales del año?

Sandra. —No lo tenía pensado; lo tenía soñado. Durante estos cuatro años, muchas veces me pregunté si las alas de *Libelo de sangre* gozarían de fuerza para volar tan lejos como crearlo, y estoy feliz de ver que sí; que sus alas atesoran fuerza suficiente para surcar los cielos del mundo entero y procurar una aventura trepidante a todo aquel que quiera subirse al vagón del tiempo y apearse en una estación de nombre «Madrid, Villa y Corte, año 1621 de Nuestro Señor».

Ramón. —¿Paseaste muchas veces por los escenarios donde se desarrolla tu novela y aún se mantienen? ¿O todas descripciones las realizaste a través de los planos de la época?

Sandra. —En las primeras etapas visité todos los escenarios; los estudié, los diseccioné, los fotografié, me sentaba en un banco libreta en ristre frente a los edificios que todavía se conservan y apuntaba lo que cada lugar quisiera decirme. A veces aprovechaba alguna tormenta para recorrer las calles de noche y sin apenas abrigo. Cerraba entonces los ojos y me concentraba en experimentar el frío, la soledad, el miedo y la impenetrable oscuridad que cinchaba la ciudad en aquellas lunas. Sé que suena excéntrico, pero a mí me ayudaba a salir de mi realidad y entrar en la de los personajes para así otorgarles verosimilitud; porque, cuando, tras esas expediciones, regresaba al papel y reanudaba la escritura, ya no lo hacía pensando ser un personaje; lo hacía sintiendo que lo era. El sentimiento viaja más rápido que el pensamiento y, si en lugar de pensar, sientes, la pluma vuela y las letras fluyen.

Ramón. —La historia de *Libelo de Sangre* ha quedado abierta. ¿Para cuándo la continuación?

Sandra. —Para dentro de muy poco. *Libelo de sangre* pronto tendrá un hermano pequeño donde el lector se reencontrará con sus personajes, volverá a acompañarlos en sus venturas, aventuras y desventuras y, como no podía ser de otra manera, volverá a recorrer el viejo Madrid.

Ramón. —¿Crees que hay que tener conocimientos de derecho procesal para entender el procedimiento inquisitorial que describes?

Sandra. —Yo creo que no, porque, en realidad, no se trata de entenderlo, sino de experimentarlo. Al menos en eso me afané: en describir el procedimiento de tal forma que el lector no tuviese tiempo de pensar en él, tan intensamente lo estaba viviendo.

Ramón. —En tu novela se siente el barullo, el frío, la lluvia, las ratas royéndote los pies, la oscuridad, etc. ¿Eres consciente de que transmites todas las sensaciones sensoriales, salvo las olfativas (por suerte para los lectores)?

Sandra. —Soy consciente de que esa era mi meta principal: emocionar, y para ello utilicé la rueda donde se hilan las emociones: la de los sentidos... la de los cinco sentidos... incluido el del olfato. Si lo conseguí, pido excusas al lector por hacerle llorar de tristeza, por torcerle el gesto merced a la repugnancia, por desencadenar su cólera, su rabia, su miedo, su impotencia, su pena... En mi descargo diré que, para compensar tan truculentas impresiones, también traté de suscitarle lágrimas conmovidas, risas, sonrisas, amistad, amor, familia, lealtad, honor... Me declaro, pues, culpable de agitar el ánimo del lector; no obstante, os adelanto algo: de tener ocasión (y en tal

menester me hallo), reincidiré.

Ramón. —Pregunta muy personal, ¿darías otro paso más y dejarías tu trabajo actual para sólo dedicarte a escribir?

Sandra. —Si mis letras me dieran de comer, te aseguro que a ellas me consagraría... ¿Quién sabe? Quizá ocurra, porque soy e parcas hambres... El problema radica en la hipoteca; sus hambres no gustan de frugalidades y encima siempre tintinean, amén de sucederse cada mes con el rigor Sandra. —Si mis letras me dieran de comer, te aseguro que a ellas me consagraría... ¿Quién sabe? Quizá ocurra, porque soy e parcas hambres... El problema radica en la hipoteca; sus hambres no gustan de frugalidades y encima siempre tintinean, amén de sucederse cada mes con el rigor de una marcha militar. De momento, debo continuar navegando en dos ríos, aunque no suelto la brújula, esa que ojalá algún día me lleve al mar y me permita surcarlo libre de hambres tintineantes.

Ramón. —Por favor, si te apetece llorar con estas preguntas, hazlo. *Libelo de Sangre* se merece todas las lágrimas de felicidad que derrames. ¡Y tú te lo mereces más aún! Gracias por tu tiempo y tu magnífica historia, tan bien contada. La candelita se apagará en unos segundos, aprovecha los estertores de la llama para decir lo que quieras.

Sandra. —Dos entrevistas me has hecho, amigo Ramón, y en las dos me emocionaste. Dichosa mi ventura, porque esta vez en lugar de una cámara traidora que delata mi llanto, solo hay una vela protectora que lo cela cual fosco manto.

Y, antes de que esa vela se apague y ceda el trono a la penumbra, permíteme un GRACIAS en mayúscula.

Gracias a ti, Ramón, por tus entrañables entrevistas, por tu incondicional apoyo a la literatura en general

y a la novela histórica en particular y, sobre todo, gracias por tu calidad humana.

Y gracias también a los lectores de *Libelo de sangre* por regalar su lectura a mi escritura y su corazón al mío; porque, sin vuestra lectura, amigos, mi escritura adolecería de oxígeno, y sin vuestro corazón dedicado al mío, no me sentiría como me siento: paseando entre nubes. De modo que gracias a todos por vuestro oxígeno y por este quimérico paseo entre nubes.

Y ahora sí, la vela expira. Mientras...
las musas vienen y van, las letras van y
vienen, y solo queda...

FUNDIDO EN NEGRO.



Fantasia Romántica



LA GÉNESIS DE UN ESCRITOR

Ciclo de conferencias en la Universidad de Estrasburgo

Víctor del Árbol

Parte I

uno puede entrar en la piel de un personaje imaginario, ser su propio héroe, bailar y soñar al mismo tiempo».

Lo que se siembra en la niñez tiene profundas raíces.

En el relato mitológico que es toda revisitación al pasado yo suelo decir que quería ser escritor desde que era muy pequeño. Lo he repetido tantas veces que he llegado a convencerme de que así era. Pero, sinceramente, ya no estoy tan seguro. De lo que sí estoy seguro es de mi imaginación, que ya en mis primeros años me permitía vivir muchas vidas, todas mejores que la que, entonces, yo tenía.

Una buena amiga y gran escritora, Rosa Montero, escribe en su novela titulada *La ridícula idea de no volver a verte*, a propósito de la infancia: «La niñez es un lugar al que uno no regresa pero que en realidad no abandona jamás».

Creo que es una definición acertada de la infancia, como lo es la que hace Gilbert Chesterton en *Las aventuras formidables del Mayor Brown*: «La infancia, esa época divina en la que

Una imagen absolutamente cierta y clara me define en aquellos años

fundacionales de la identidad: estoy sentado en la ladera de una colina que huele a pinaza, la resina de los pinos se ha quedado pegada a mis pantalones porque he trepado hasta lo alto para coger unas piñas. Mientras rompo esa piña con una piedra para comerme los piñones (el hambre forma parte de mi infancia) observo a mis pies la ciudad de Barcelona que empieza a iluminarse al caer la tarde.

Tengo seis o siete años, y estoy muy preocupado: he estropeado el mejor pantalón que tengo y sé que mi madre va a castigarme. Anticipo el castigo y retardo el momento de volver a casa, aunque sé que eso solo empeorará las cosas. Y entonces ocurre algo maravilloso: mientras observo las luces, los edificios, la ciudad tan lejana

y al mismo tiempo tan cerca, empiezo a imaginar cómo es la vida de esos millones de personas que están ahí abajo, qué historias ocurren detrás de las ventanas que se iluminan.

Invento sus aventuras, sus deseos, sus avatares. Y voy un poco más lejos, imagino que soy uno de ellos, que vivo fuera de ese lugar, puedo ser cualquier cosa, puedo estar en cualquier parte. Ellos, los que están ahí abajo no saben que soy como un pájaro curioso que les observa y les inventa. Cuando me doy cuenta ya es casi de noche, ha pasado mucho rato, pero el miedo a lo que me espera en casa ha desaparecido.

Años más tarde, convertido ya en escritor profesional —aunque no me gusta nada esa definición— le conté esta misma anécdota a uno de mis mejores amigos. Yo acababa de ser nombrado Caballero de las Artes y las letras en Francia, me había recibido la Ministra de Cultura Francesa en un suntuoso palacio. Debería haberme sentido feliz y orgulloso, pero en la prensa española apenas se habían hecho eco del acontecimiento y me sentía abatido, triste y decepcionado.

Mi amigo escuchó pacientemente todos mis reproches y cuando cesé en mis lamentos sonrió: «Víctor, tú eres y siempre serás un hombre periférico, un escritor periférico. Como aquel niño en la falda de la montaña. Esa debería ser tu fuerza y no tu flaqueza». He

tardado mucho tiempo en comprender qué significa eso. Ir más allá de la mitología biográfica, pero sin perder de vista quién soy.

En nuestra época, la imagen privada y la imagen pública están permanentemente en conflicto. Vivimos en aquello que los otros construyen acerca de nosotros, nos forjamos un personaje —el del escritor, el del intelectual, el del polemista— a través de las redes sociales, de las opiniones, de la publicidad y la visibilidad.

Y esa verdad erigida públicamente se vuelve unívoca y única, y amenaza con engullir o convertir en irrelevante el ámbito íntimo donde se forjan las certezas más duraderas. Pocas personas que se acercan a ese espejismo público tienen la voluntad, el coraje y el deseo de ir más allá de esas apariencias para conocer la verdadera verdad —siempre conflictiva— de una persona, la persona tras el personaje.

Cuando trabajaba en la Policía, por ejemplo, todo el mundo esperaba de mí un comportamiento profesional, que fuera capaz de poner distancia emocional entre los hechos y los sentimientos que esos hechos provocaban en mi espíritu. Mis convicciones personales, mis opiniones, mis ideas o mis sentimientos eran irrelevantes. Nadie estaba dispuesto a considerar que todo a lo que debía enfrentarme en mi trabajo afectaba a mi visión de la





Víctor del Árbol (Barcelona, 1968) cursó estudios de Historia. Es autor de las novelas *El peso de los muertos* (Premio Tiflos de Novela 2006), *El abismo de los sueños* (finalista del XIII Premio Fernando Lara 2008) y *La tristeza del samurái* (Prix du Polar Européen 2012), traducida a una decena de idiomas y bestseller en Francia. Sus últimas obras son *Respirar por la herida* (finalista en el Festival de Beaune 2014 a la mejor novela extranjera), *Un millón de gotas* (ganadora en 2015 del Grand Prix de Littérature Policière), *La víspera de casi todo* (Premio Nadal de Novela 2016) y *Por encima de la lluvia* (2017). En 2018 fue nombrado caballero de las artes y las letras de la República Francesa. En 2019 sale su última novela *Antes de los años terribles* (Destino).

Humanidad, de la Justicia, del Poder, de la Sociedad. Mi esfera íntima era inexistente para cualquiera.

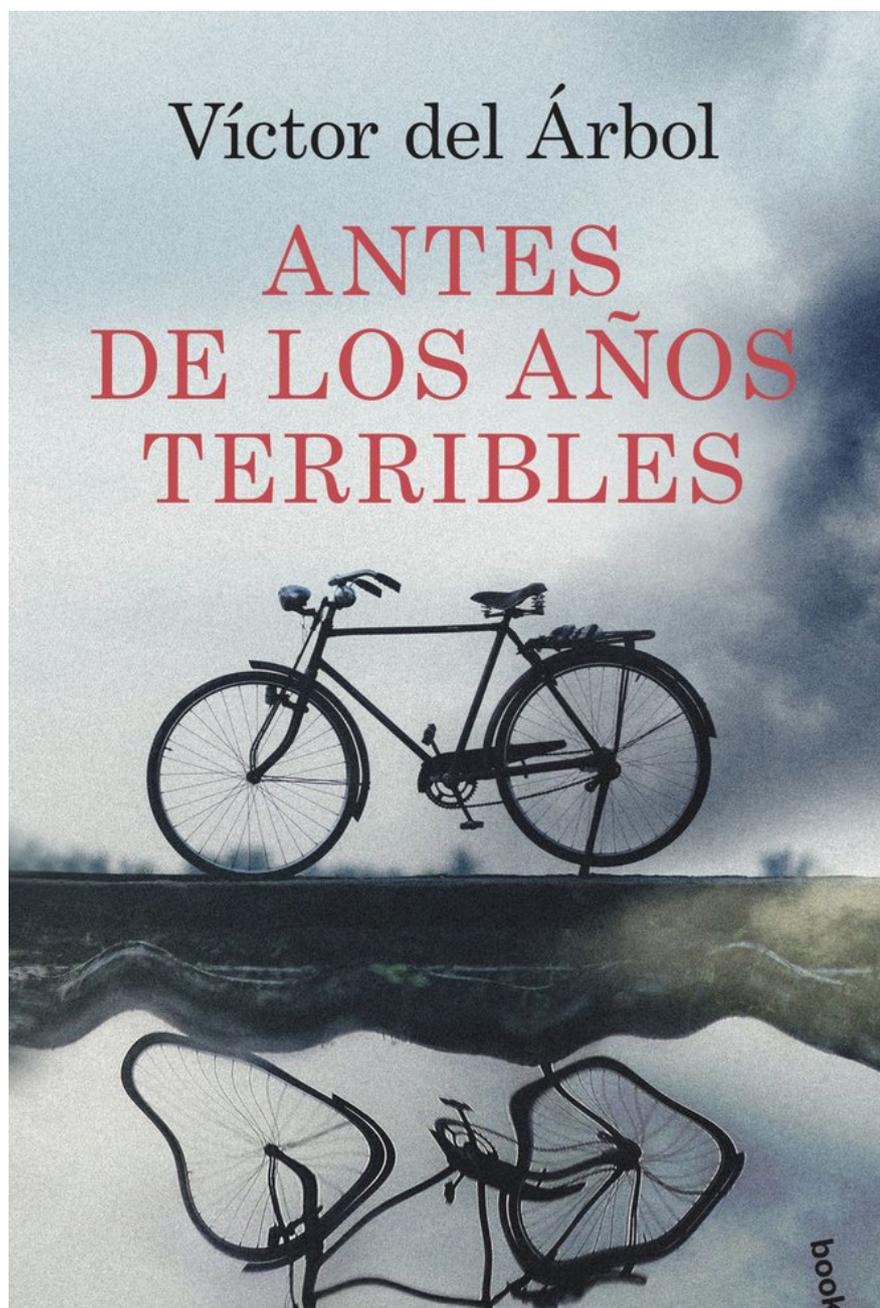
En cambio, a través de mis novelas, no solo se me permitía, sino que se me exigía, mostrar esas emociones, desbordarlas, explorarlas y compartirlas. Era donde expresaba todas las contradicciones que acumulaba en mi interior. Paradójicamente, todo el mundo daba por supuesto que solo podía escribir novelas policíacas.

Es una suposición ridícula, como si se esperase de un panadero que escriba novelas sobre su manera de hacer pan. En esas primeras novelas yo exploraba mi visión periférica de la Historia, con "H", la visión de alguien que siempre fue testigo y víctima de los acontecimientos, pero nunca protagonista.

Hablaba de los grandes temas que me importaron siempre, la infancia robada, los maltratos conyugales, la lucha obrera, la disputa entre la mezquindad y la dignidad. Vertía ya en esas primeras páginas poemas de la adolescencia, lecturas secretas de Dostoieski, Camus, Steinbeck, Miguel Delibes, Herman Hesse (ellos, los escritores, eran mis amigos secretos, los más fieles, los que siempre me hablaban en la oscuridad, leyendo a escondidas libros que no siempre comprendía desde que tenía doce, trece, catorce años).

Y al hacerlo, mi dimensión pública se iba desdoblado mostrando diferentes capas de una misma identidad. Ya aspiraba entonces a lo Absoluto, al Arte con mayúsculas, a las grandes verdades...

Pero continuaba siendo el policía que escribía novelas, una curiosidad, un tipo peculiar salido de la Barcelona periférica, invisible, ex seminarista, ex locutor de radio, ex viajero por Centro América.



Por imprudencia, por, ingenuidad, fueron desvelándose algunos detalles de mi vida anterior, la vida en el barrio, los conflictos familiares, la historia de mis padres... Anécdotas y más anécdotas, con un toque exótico que alejaba el verdadero sentido de lo que yo quería hacer, transmitir.

Durante años tuve que responder a este tipo de cosas y, me temo, lo seguiré haciendo hasta el final de mis días. Poco a poco, y sin algunos detalles de mi vida anterior, la vida en el barrio, los conflictos familiares, la historia de mis padres... Anécdotas y más anécdotas, con un toque exótico que alejaba el verdadero sentido de lo que yo quería hacer, transmitir.

He tardado en dejar de ser el policía que escribe novelas para ser el escritor que una vez fue policía. Algo hemos ganado. Pero eso solo ha sido posible porque, en algún momento, y creo que ese momento fue cuando gané el Premio Nadal con *La Víspera de casi todo*, dejé de huir de mi pasado, de mi infancia, y empecé la búsqueda decidida del hombre y del escritor que soy.

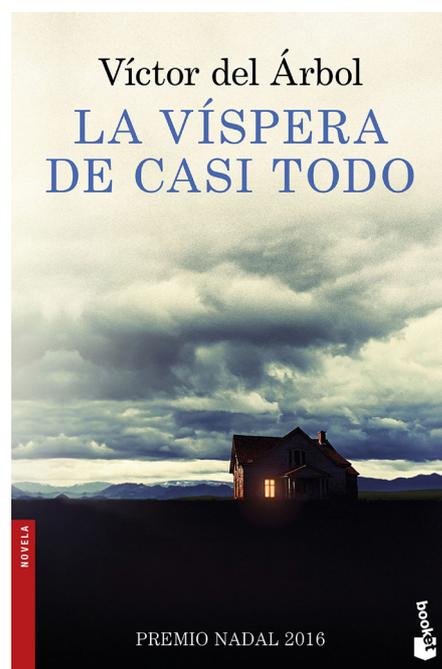
Esa dicotomía, esa cuestión fundamental, huir demostrando diferentes capas de una misma identidad. Ya aspiraba entonces a lo Absoluto, al Arte con mayúsculas, a las grandes verdades...

Pero continuaba siendo el policía que escribía novelas, una curiosidad, un tipo peculiar salido de la Barcelona periférica, invisible, ex seminarista, ex locutor de radio, ex viajero por Centro América.

Por imprudencia, por ingenuidad, fueron desvelándose algo o buscando algo, ha marcado un antes y un después en mis obras. Como autor, comparto con cada uno de mis personajes la necesidad de no conformarme con aquello que se espera de mí. Esa postura de rebeldía vital consiste en rechazar sistemáticamente la inercia de los hechos y la inercia, mucho más peligrosa para un escritor, del éxito.

Era fácil y tentador ser ese escritor policíaco, alimentar el personaje de las mil vidas vividas, olvidarme de una vez por todas de aquel niño que miraba desde la parte. Podría haber sucumbido a la pereza y repetir la fórmula estética de otros que alcanzaron reconocimiento. O peor, podría haberme convertido en un jugador a sueldo, un bufón o una cacatúa.

Por suerte para mí, mi éxito siempre ha sido relativo. De modo que he podido concentrarme en rehacer una y otra vez la búsqueda, atreverme a ir más lejos, adentrarme en un mundo



más resbaladizo y peligroso; el de la intimidad, el de las contracciones, el de la oscuridad apenas arañada por un zarpazo de luz.

¿Por qué hacer algo así? Simplemente porque un libro es una puerta que se abre a todas las posibilidades. Y aquel que abre esa puerta, pero no se atreve a cruzarla traiciona su talento y se vuelve egoísta. Y la literatura es, por encima de cualquier otra consideración, un acto de generosidad.

El libro no siempre fue un objeto comercial de consumo masivo. Desde los principios de la escritura ha estado asociado a un conocimiento casi sagrado, reservado a los iniciados.

Antes de la imprenta, los copistas eran considerados artesanos y artistas extremadamente cuidadosos con su trabajo y muy cotizados. La escritura en sí misma era un ejercicio artístico de altísima consideración, solo hay que ver, por ejemplo, el fabuloso arte decorativo caligráfico en las ulturas orientales.

En Occidente, los libros de las Sibilas son un precioso recopilatorio de los oráculos que consultaban los sacerdotes en Roma, libros celosamente guardados y que solo dichos sacerdotes podían interpretar.

Cuando Lutero decide traducir al alemán la Biblia transforma el mundo cristiano occidental. Es un acto político de primera magnitud, y también es un gesto

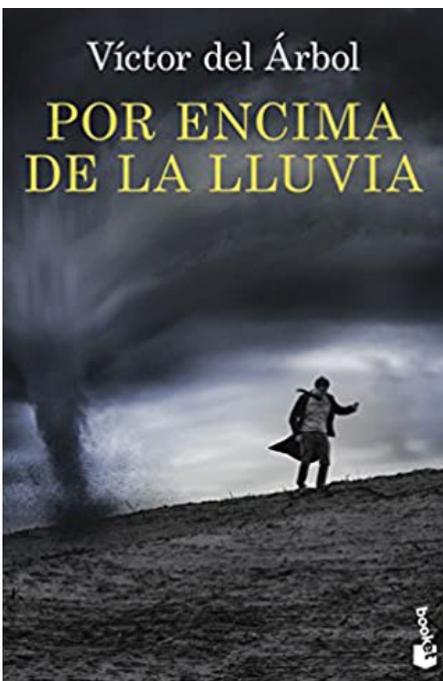
trascendente de enorme significado, pues acaba con el monopolio de Dios por parte de la Iglesia Romana y lo entrega a la sociedad entera.

A lo largo de la Historia podemos encontrar muchos otros contextos culturales donde el libro se reafirma en sus claves existenciales: *La Gran Enciclopedia* y *la Ilustración*, el tratado político de Maquiavelo, los poemas de Dante, el *Decámeron* de Bocaccio...

Es fascinante el combate perpetuo del hombre contra la oscuridad y el oscurantismo, el deseo de saber y el anhelo de libertad individual y colectiva. Los libros son la crónica de esa lucha sin fin. Tal vez, una de las novelas que lo demuestra de manera más emocionante sea *El nombre de la Rosa* de Umberto Eco, novela filosófica, histórica y, por cierto, novela política.

Es esa vocación y esa pasión, esa necesidad incompleta, la que nos hace amar la lectura. Como Jules Renard, cuando pienso en todos los libros que me faltan por leer, me embarga la sensación de que seré feliz.

En cambio, cuando me pregunto cuántos libros me quedan por escribir, me embarga una lejana angustia; como Gabriel García Márquez, pienso que el escritor lleva dentro un número de libros que dar al mundo y que después ha de llegar el silencio.



Es por eso que cada historia que decido contar me importa tanto, es por esa experiencia de la finitud que elijo cuidadosamente las palabras que plasmo en un papel. Y digo bien, papel, porque yo escribo mis novelas a mano. Y lo hago porque a través del esfuerzo manual veo crecer el volumen físico de esa acumulación de frases, adverbios y adjetivos y comprendo lo ingente de mi objetivo. Dice el refrán que las palabras se las lleva el viento mientras que lo escrito perdura. Ese dicho popular sella un pacto de fidelidad entre el escritor y el lector. Y conlleva una tremenda responsabilidad de la que soy consciente en todo momento.

La literatura tiene derecho a ser cualquier cosa, como expresión máxima de libertad, pero entre sus muchas cualidades no se encuentra la inocencia. Un libro sin intención no es un buen libro, y un escritor sin esa intención, sin esa conciencia de su oficio, no es un buen escritor.

Soy consciente de mi subjetividad y no trato de imponerla, solo pretendo mostrarla. Yo no tengo casi ninguna respuesta, solo tengo preguntas. Me veo a mí mismo como un espejo que envía el reflejo evolutivo del lector cuando descubre facetas de sí mismo desconocidas hasta entonces.

Ese estado de trascendencia que nos permite vernos desde fuera, con una visión periférica,

diferente. Comprendo y acepto la responsabilidad que me incumbe al tomar la palabra, no solo al escribir un libro y ser leído, sino aquí, hablando ante ustedes, en una entrevista en la televisión, en un artículo que escribo en un periódico.

Y si lo hago, es porque creo que hay algo positivo en ello, algo nuevo, que puedo aportar a los demás. No es un ejercicio narcisista, en contra de lo que se pueda pensar; se trata de acercarse a lo absoluto con la humildad de quien nada sabe y solo espera entender.

Hay una gran felicidad en esa postura de aceptar ser pequeño frente a la grandeza, la certeza de que cada vez descubriré algo nuevo. Quien no sabe escuchar no puede aprender. Y un escritor escucha el latido del universo. Las reglas en el caos, la certeza en la incertidumbre, lo posible en lo imposible.

A lo largo de mis cincuenta años he buscado esa luz en la religión, en la justicia de los hombres, en las experiencias viajeras por el mundo, en el amor y en la soledad y el aislamiento. Y puedo decirles, sinceramente, que solo me he acercado un poco a esa Verdad gracias al arte, a la música, a la pintura, y desde luego gracias a la literatura.

Sea a través de un libro de ficción o de un ensayo, un libro de Historia, de Teología, de Ciencias Políticas, un poemario, una pieza de

teatro, el amante de los libros sabe encontrar en cada momento la voz que necesita escuchar.

No todo el mundo necesita emocionarse con Faulkner, ni necesitamos concluir la lectura del Ulises de Joyce, ni siquiera hay que sentirse mal por no haber leído al menos los tres primeros capítulos de El Quijote...Y, sin embargo, quien lo hace, encuentra una emoción que es muy difícil de explicar.

Un libro no solo desarrolla nuestro imaginario, construye nuestra mirada frente a nosotros mismos. Los libros no son parte exógena de nuestra realidad, forman parte de ella, incluso de aquellos que no han leído nunca un libro. Porque su vida también está teñida de relatos.

He comprendido que lo único que está en manos del escritor es su propia obra, no lo que suceda con ella. Ahora ya solo lucho contra mis limitaciones, contra mi propia imposibilidad, aunque a veces intuya una frase, una imagen, una palabra.

Entre mi pensamiento y mi escritura hay una distancia infinita que aspiro, libro tras libro, a acortar, hasta que llegue el día en que esa fuga de ideas y emociones sea la menor posible. Tal vez eso se parezca a la honestidad. Tal vez solo pretenda ser el mejor escritor que puedo ser.

Parte II

*El niño flotaba boca abajo como una estrella de mar,
y las gotas de lluvia caían por millones sobre su cuerpo
que se balanceaba dulcemente.*

Esta frase se lee en el prólogo de *Un millón de gotas* y, aunque no es muy elegante citarse a uno mismo, seguramente es la imagen que mejor expresa mi universo narrativo. Uno de esos escasos alumbramientos de los que les hablé.

Podría ser una imagen trivial, efectista, emotiva, pero es mucho más que eso. Comprender el mundo en lo más sombrío, descender hasta esa oscuridad absoluta, sumergirse en la tristeza y explorar los territorios del dolor, tomar la medida de la crueldad humana, buscar las raíces del sufrimiento...

La literatura nos toma de la mano y nos conduce al fondo de la caverna, allí donde solo hay sombras y un tibio reflejo de luz exterior.

Como Platón, yo también quiero salir

fuera de la caverna, pero necesito entender por qué somos capaces de construir nuestra propia cárcel, por qué elegimos las cadenas. Y sé que puedo descender a lo más profundo porque tengo la convicción de que incluso en la oscuridad más absoluta el hombre no pierde la esperanza. Sé que estamos hechos para la vida y no para la muerte.

He aprendido a guiarme a través de la ambigüedad y la contradicción de nuestra naturaleza para abordar mis historias. A ir más lejos de la simple recreación de lo terrible, como Conrad en *El corazón de las Tinieblas*.

A través de mis libros, intento releer la Historia, las heridas del Tiempo, las deudas con el pasado que nunca pasa, contemplo la transmisión de la culpa de generación



En literatura, lo que contamos es esencial. Pero cómo contamos una historia es igual de importante. Al final, la palabra escrita es nuestra herramienta, lo que da forma a la historia.

La musicalidad es decisiva para mí. El texto necesita una cierta fluidez poética. La poesía tiene un ritmo, un ritmo, una musicalidad que es el vínculo entre el autor

No se trata únicamente de mostrar la violencia institucional; la violencia íntima está igualmente en el corazón de mis libros, que escrutan sin piedad y sin concesiones las repercusiones de las tragedias históricas sobre los hombres y las mujeres corrientes.

No hay grandes héroes en mis novelas, no existe ningún Aquiles. Todos son mortales, todos se equivocan. Todos sobreviven y se juzgan. Ninguno de mis personajes es claramente bueno o malvado: solo los niños muertos permanecen inocentes.

El corazón de mis personajes canta a la memoria, al olvido, a la felicidad efímera que debemos preservar como un milagro improbable. A veces esa felicidad se refleja en las citas musicales, en los cuadros que aparecen, en los poetas cuyos poemas se citan, como Juan Gelman, Milton, Rimbaud, Machado, Lorca... El arte hace mejor a mis personajes de lo que son en realidad.

En literatura, lo que

contamos es esencial. Pero cómo contamos una historia es igual de importante. Al final, la palabra escrita es nuestra herramienta, lo que da forma a la historia.

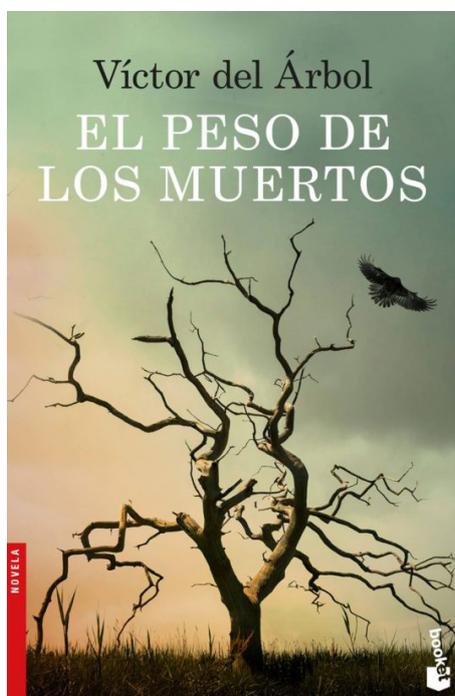
La musicalidad es decisiva para mí. El texto necesita una cierta fluidez poética. La poesía tiene un ritmo, un ritmo, una musicalidad que es el vínculo entre el autor y el lector. Si el lector se deja llevar por un texto, es gracias a esta musicalidad. No sé si la poesía consuela o si duele aún más...

Para mí, la poesía es el lenguaje literario más exacto. Pero, más importante aún, con los poetas que he leído toda mi vida, entendí una cosa: los humanos debemos creer que somos inmortales, que no moriremos finalmente, y que la vida tiene sentido».

Los poetas se refieren al alma humana, si existe, esta canción de trascendencia, esta canción que va más allá de la realidad. Federico García Lorca, Mallarmé y Rimbaud, Mayakovsky, Anna Akhmatova... son poetas de dolor. No son bucólicos, no son poetas de la Corte, sino del sufrimiento y por tanto, de la vida humana.

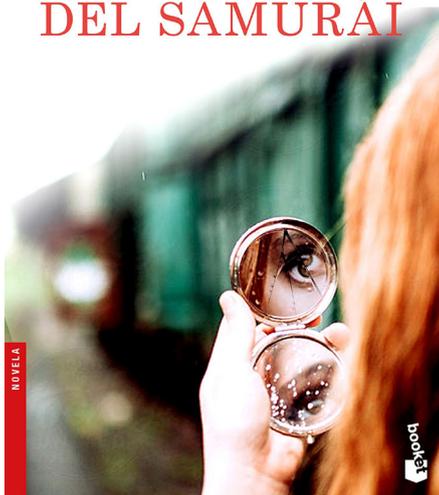
Otra cosa que he aprendido con los años es que la primera regla de oro para escribir es que no existe tal regla de oro. Existen el trabajo, la modestia y la pasión.

El mundo adolece de impaciencia, y la escritura no escapa a esa tentación.



Víctor del Árbol

LA TRISTEZA DEL SAMURÁI



Hay que publicar rápido, y hay que publicar al menos un libro por año, y sin embargo un buen escritor no es aquel que escribe mucho, como un buen lector no es aquel que lee mucho. Se trata de ser capaz de absorber todos los niveles de profundidad que nos ofrece el texto, agotar todas las posibilidades, reflexionar sobre el peso de

Los poetas se refieren al alma humana, si existe, esta canción de trascendencia, esta canción que va más allá de la realidad. Federico García Lorca, Mallarmé y Rimbaud, Mayakovsky, Anna Akhmatova... son poetas de dolor. No son bucólicos, no son poetas de la Corte, sino del sufrimiento y por tanto, de la vida humana.

Otra cosa que he aprendido con los años es que la primera regla de oro para escribir es que no existe tal regla de oro. Existen el trabajo, la modestia y la pasión.

El mundo adolece de impaciencia, y la escritura no escapa a esa tentación. Hay que publicar rápido, y hay que publicar al menos un libro por año, y sin embargo un buen escritor no es aquel que escribe mucho, como un buen lector no es aquel que lee mucho. Se trata de ser capaz de absorber todos los niveles de profundidad que nos ofrece el texto, agotar todas las posibilidades, reflexionar sobre el peso de cada palabra.

Desde luego, yo no sería

el escritor que soy si no hubiera aprendido eso de Camus, Steinbeck, Zweig, Hermann Hesse, Scott Fitzgerald, Truman Capote y tantos otros.

Además, hay que ser atrevido. Atreverse a plantear preguntas que nadie más plantea. En lo personal y en lo colectivo. Este tipo de preguntas suscita desasosiego, provoca un movimiento de inquietud en el fondo de nuestras certezas.

Creo que es el tipo de cuestiones que debe plantear el escritor, porque buscando una respuesta universal se favorece la creación de un relato más allá de lo anecdótico, de lo estético, para establecer un vínculo con el lector. Esa vocación de universalidad me acompaña siempre.

Yo siempre quise escribir una novela de largo aliento como "*Doctor Zivago*" de Pasternak, y demostrar al mundo lo bien que sé escribir, mi maestría sobre la lengua, pero poco a poco me di cuenta de que lo universal está en las emociones, en la simplicidad de la escritura, en un camino claro y un horizonte diáfano. Abandonadas esas pretensiones, la inteligencia emocional se apodera del escritor y se transmite al texto soy si no hubiera aprendido eso de Camus, Steinbeck, Zweig, Hermann Hesse, Scott Fitzgerald, Truman Capote y tantos otros.

Además, hay que ser atrevido. Atreverse a plantear preguntas que nadie más plantea. En lo personal y en lo colectivo. Este tipo de preguntas suscita desasosiego, provoca un movimiento de inquietud en el fondo de nuestras certezas.

Creo que es el tipo de cuestiones que debe plantear el escritor, porque buscando una respuesta universal se favorece la creación de un relato más allá de lo anecdótico, de lo estético, para establecer un vínculo con el lector. Esa vocación de universalidad me acompaña siempre.

Abandonadas esas pretensiones, la inteligencia emocional se apodera del escritor y se transmite al texto. Y es entonces, y solo entonces, cuando el libro excede el propósito del escritor para sondear las experiencias del propio lector.

Cuando leemos un libro que no se contenta con deslumbrarnos estéticamente, ni siquiera con entretenernos, sino que nos remueve, olvidamos que estamos leyendo una ficción. Esa historia se convierte en una extrapolación de nosotros mismos, de nuestra infancia, de nuestros fantasmas, de nuestros anhelos y nuestros miedos.

La virtud más grande de un escritor, y la más difícil de cultivar, es la inteligencia emocional. Esa suma de capacidades que nos ermite la empatía y la gestión de las emociones. Es el equilibrio entre razón y pasión,

entre macro realidad y micro realidad, entre el yo y el otro.

Voy terminado con una exhortación que quiero hacerles. Creo firmemente en la cultura en su más amplio sentido como mecanismo de cambio en el paradigma humano. Creo que a través de la lectura podemos construir una realidad que hoy nos parece utópica, una sociedad más justa en el sentido literal de la palabra, capaz de dialogar, superar las barreras lingüísticas, las diferencias culturales, superar nuestro

pasado histórico y construir una verdadera república de las letras.

Ojalá llegue el día en que Europa sea una realidad en la que cada europeo se reconozca. Para que ello sea posible, ustedes y yo tenemos una responsabilidad mayor, y es la de salir de estas paredes. Hacer que todo lo que aquí se ha dicho y escuchado, con lo que estamos de acuerdo y con lo que discrepamos, salga de este lugar y busque su razón de ser en las calles, en los barrios, en los mercados.

Una cultura elitista solo alimenta a una élite, pero jamás tendrá el poder de transformación al que aspiramos si no lo dotamos de generosidad. Compartan ustedes sin prejuicios su saber, convengan al mundo de que no todo está perdido. Cada uno de nosotros puede ser una gota entre un millón de gotas. Sean generosos con su saber, hagan que se propague.

RELATOS

Mujeres que desaparecen

Carlos Wynter

Debía realizar el trámite de una nimiedad necesaria. Se suscribiría a un servicio público relacionado con su automóvil. Como es imprescindible en estos casos, se formó en una fila. Al final de la fila había fichas numeradas y, enseguida, asientos dispuestos alrededor de una mesa de atención. Pronto se dio cuenta de lo que enfrentaba; no saldría pronto de ahí. Desprendió el tiquete de la tira y buscó un puesto desocupado.

*NOTA: Este cuento pertenece al libro *Mujeres que desaparecen* de Carlos Wynter Melo (Uruk Editores, 2015, Costa Rica).

Dijo Buenos días y solo una o dos personas le

devolvieron el generoso deseo. No había puestos libres, pero esto cambiaba a cada rato. Las personas entraban, salían y se internaban en pasillos que acababan haciéndose invisibles. Una puerta de vidrio, con marco metálico, regresaba a su umbral constantemente.

Una silla se desocupó, y a él le pareció maleducado de su parte, apresurarse y ocuparla. Ya la tomaría alguien que la necesitara más, una mujer embarazada o de muchos años.

Una funcionaria llamaba a las personas por número. Él tenía el 68 e iban por el 56. Es como un goteo, pensó. Y en una parte acuosa de su mente desfilaron las muchas mujeres que había tenido en una.

Otra silla se vació y, después de cerciorarse de que no había con quien hacerse el caballero, se sentó. Ahora estaba al lado de un empleado de tienda de departamentos, lo supo por el uniforme, y de una mujer



de mediana edad que llevaba zapatos con tacones de madera, abiertos por la parte de adelante. Los pies estaban tan bien cuidados que parecían hechos de cera; acaban de hacerle la pedicura, seguramente, pensó él.

—Esta puerta va a matarme —dijo ella de pronto.

Solo entonces notó que, cuando la puerta regresaba al marco, se producía un chasquido puntiagudo. Habría podido permanecer sentado ahí por siempre y no se habría incomodado con el ruido. En cambio, ella no había podido soportarlo por una hora o menos.

—Basta un pequeño ajuste para arreglarla. ¿Pero quién quiere ocuparse de nada aquí?

Era verdad. El aparato rectangular que sobresalía de la puerta tenía un perno; bastaba usar un destornillador para reducir la velocidad con que la puerta regresaba a su sitio. Era así de simple. Pero lo que le intrigaba era que, estando en un mismo lugar, experimentaran realidades diferentes.

Lo mismo podría ocurrir con una palabra repetida hasta el infinito, pensó. O callada por años. La situación sería insoportable para ella, pero yo sería una roca invulnerable, sumergida en la profundidad del océano sin conocer realmente el agua.

La funcionaria dijo en voz alta un número, y ella se



levantó cuidadosamente. Parecía otra persona ahora que caminaba con pausa. ¿Se habría sentido avergonzada por su repentina explosión? ¿Le habría gustado serenarse antes de hablar, esconderse en un rincón de su mente donde nadie le viera? Fue enviada a otra sección y el conteo siguió su avance.

Nuevas personas entraron, otras salieron. El ruido de la puerta dejó de ser indiferente para él. Una parte suya lo había escuchado antes, como si se tratara de un suceso remoto: una parte de él que no le había pertenecido por completo.

Finalmente, llamaron al número 68. Él se levantó de golpe y se acercó a la mesa. Normalmente era muy callado, pero en ese momento quiso compartir más de sí mismo. Hizo un pequeño chiste, un rompe hielo a sus ojos, para provocar una sonrisa y halagar a la funcionaria. Pero ella no le entendió y, al final, con otras personas, lo miró con recelo, como si fuera una



Carlos Wynter Merlo (Panamá, 1971). Escritor y editor, reconocido dentro y fuera de su país. Entre sus libros destacan las novelas *Las impuras* (Ed. Planeta, 2015), *Mujeres que desaparecen* (Uruk Ediciones, 2016); y el ensayo *Panamá: el dique, el agua y los papeles* (Fuga Editorial, 2017). Sus libros han sido traducidos al alemán, al inglés, al portugués y al húngaro. En 2009 fue elegido como uno de los escritores, menores de cuarente años, más relevantes de Latinoamérica.

amenaza. No volvió a abrir la boca. Fue enviado a la siguiente oficina.

En el otro cuarto había cuatro personas hacinadas. Las cuatro tenían expresiones en sus rostros que hablaban de una sacrificada concentración, como si realizaran tareas de vital importancia. Pero solo una de ellas atendía al público. Él se acercó. Con un gesto, sin levantar la mirada de los documentos que tenía enfrente, ella le invitó a sentarse.

—Llene este formulario —dijo al tiempo que le entregaba un legajo de pocas hojas y una pluma.

Tras ella, un joven ordenaba carpetas diligentemente. Era delicado, femenino. Cuando la empleada se alejaba para dar instrucciones a algún otro compañero, él la reemplazaba con el mejor trato. Imaginó su vida amorosa. Tendría que ser homosexual, llevar una relación estable y larga con un novio de veintitantos años, delgado, una imagen de sí mismo. Brotó la sensación de que las relaciones homosexuales le despertaban: estaba desnudo frente al espejo. Era como si estuviera en el primer piso de una casona y se escucharan los sonidos inteligibles del segundo alto.

—¿Necesita algo más? —preguntó el joven.

—No, gracias.

Cuando terminó de llenar el formulario, lo dejó lapidariamente sobre el escritorio.

La funcionaria le dijo:

—Vaya ahora al carril izquierdo.

Afuera, el carril estaba vacío. No tuvo que hacer fila.

—Quédese donde está. Así está bien —se apresuró alguien a decirle—. ¿Tiene los papeles?

Él ex tendió las copias del formulario.

—En un segundo le atenderán. ¡Benigno! ¡Benigno! ¡Ven acá! ¡Apúrate!

Benigno entró en la parte delantera del automóvil, al lado del conductor.

—Buenos días. Inyectaremos en el recubrimiento del tablero una sustancia con sensores.

—Solo tenga cuidado. No dañe los interiores.

—No verá la diferencia.

Su compañera seguía guiándolo con movimientos exagerados. Parecía estar dirigiendo el tránsito. En cuanto se descuidó, él dijo con tono susurrante:

—¡Cómo jode! Dios me salve de esta mujer. Hace un tiempo traté de levantármela, pero pide mucho. Exigente como ella sola. Está bien buena, y lo sabe.

—Quizás tiene novio.

—¡Qué va! Yo sé que no. Pero no voy a seguir echándole los perros. Ya me di cuenta de que es peligrosa. Mujeres así acaban quitándote la plata,

la libertad. Mejor me aguanto.

—Mujeres peligrosas.

—Mujeres que desaparecen—.Y él se sobresaltó por la casualidad—. No me refiero a que se larguen de la casa. Es otra vaina, ¿sí? Yo tuve una gran mujer, derecha. Nunca desaparecía. Siempre pude verla, hey, de cuerpo entero.

—Hace un rato estuve sentado muy cerca de una, como estamos tú y yo ahora, nuestros hombros se pegaban. Era una mujer pulcra, formal. Pero ella no estaba realmente ahí. No estaba conmigo en la misma oficina.

—Lo entiendo. No hay muchas mujeres derechas. Mi esposa sí. Era paciente, íntegra. Nunca se iba. Siempre estaba conmigo. Solo se fue cuando murió. Le dio cáncer. Su cadáver estaba frente a mí, pero ella ya no estaba. Habría dado todo por volver a verla.

Volver a verla, pensó él.

—Prefiero aguantarme. No necesito a esa mujer. Ninguna estará a la altura de mi esposa. El cura de mi parroquia me dijo que debía seguir adelante, pero cómo.

—Debes esperar.

—Esperar.

—Espera.

Se completó la instalación. Benigno le dijo que, para asegurarse de que la nueva tecnología funcionara, debía pasar frente a

un semáforo, activado para detectar errores, y esperar a que la luz verde apareciera. Antes de poner el automóvil en marcha, tomó su celular y marcó un número.

—¿Y ese milagro?

—Ya ves. Estuve pensando en ti.

—No me digas.

—Sí, te lo digo. Y quiero verte.

—¿Verme?

—Verte. Verte realmente.

—¿Ahora sí me escucharás de verdad? ¿Estarás para mí?

—Te lo aseguro.

—La última vez, dijiste que no te sentías preparado, que yo demandaba mucho de ti. Dijiste que necesitabas establecer una distancia.

—Ya no.

—¿Qué ha cambiado?

—Me siento solo.

—¿Puedo darle de mi llama, señor apagado?

—Eso quiero.

—¿Cuándo quieres?

—Cuando quieras.

—Ahora, en el restaurante que preferimos.

—Está bien. Hasta luego.

Solo entonces hizo que el automóvil avanzara.

Cuando eres socio de la AEN tienes...



Si te gusta escribir y quieres obtener respuestas, no lo dejes: ven, comparte, debate, participa, somos tu comunidad... ¡contamos contigo!

Pregúntanos sin compromiso en info@aenoveles.es

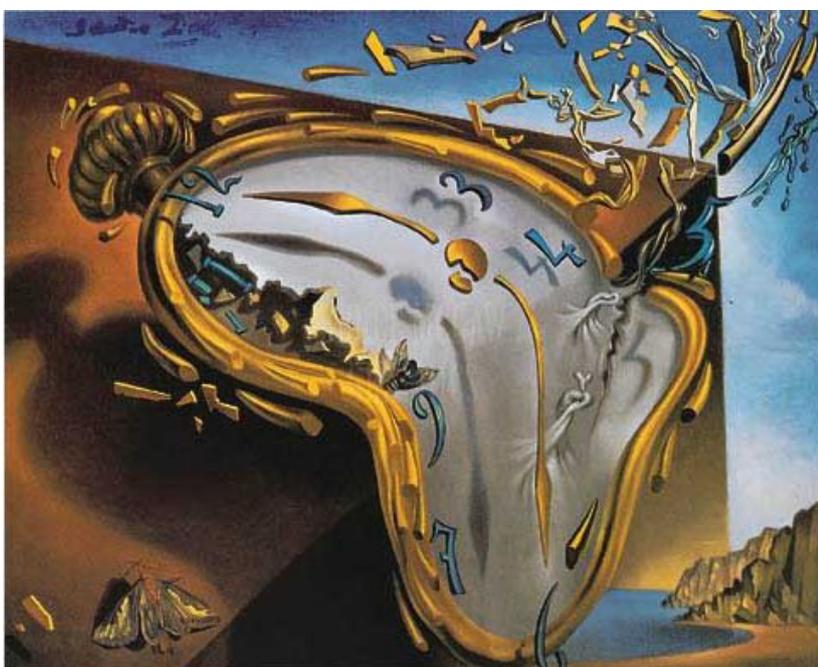
#ServiciosAEN

Tiempo detenido

Laura Ruiz Rivas

«*Quien tiene un porqué para vivir,
encontrará siempre el cómo*».

Nietzsche



Un, dos, tres... ¡Estatuas quietas, mudas, inmóviles!

Las noticias en televisión nos dejaron sin aliento. Desataron después alguna sonrisa incrédula al sonsonete de «Bah, eso no va a pasar». Se congeló la duda un instante, aunque el peligro quedase muy lejos. Pero, como en el juego de las estatuas, la amenaza se acercaba veloz, a zancadas invisibles pero imparables.

Siempre nos gustaron los cataclismos, en la tele.

Nuestro salón podía convertirse en la diana certera de un asteroide, en el epicentro de un terremoto o de un tsunami devastador que, al final, te hacía levantar del sillón con la única inquietud de alcanzar un refresco y estirar las piernas. Así que, cuando la amenaza traspasó la pantalla, creímos poder evitarla apagando el televisor.

Cuando sentimos su aliento en la nuca, aún quisimos darle la espalda al miedo. Pero el miedo, ya se sabe, nubla la vista y nos confunde.

Quizá por eso no logro recordar bien las fechas ni la cronología que marcó nuestra historia. Solo sé que los días se contaron en cifras.

Cifras que son personas.

Los relojes descontaban vidas al ritmo de cada segundo. Pero todo nos seguía pareciendo irreal.

Catorce de marzo. Acumular provisiones para sobrevivir... ¿cuánto? ¿Catorce

o veinte días? Ni siquiera sabíamos qué necesitábamos comprar.

Un temblor pequeño se adivinaba bajo la piel cuando esperábamos en la cola para pagar o cuando corríamos a la farmacia en busca de mascarillas y alcohol. Un triste kit de supervivencia agotado que me recordó al Titanic y los escasos botes de que disponía para salvar a sus pasajeros. Y como en la película, el aliento se congelaba en el aire cada vez que intentábamos decir «buenos días», que no lo eran. Para nada.

Escondimos lágrimas tras las cortinas y pintamos arcoíris de papel para no delatar la angustia.

Pero la angustia se filtraba entre los poros de la piel como una ponzoña.

Mi madre vive sola. Respira boqueando como un pez fuera del agua, frágil y apoyada sobre un andador de metal herrumbroso, como sus manos. Quise traerle a casa pero eligió la

soledad de su sillón y su tele. «Mamá, puede que no nos dejen salir en semanas», le dije. Me respondió que, a fin de cuentas, ella iba a hacer lo de siempre: estar en casa. Y con la pena atascada en la garganta le di un beso, como le había dado muchos otros antes, sin saber aún que también estábamos descontando besos.

Iniciamos un encierro sin brújula ni coordenadas que marcasen las rutinas. Y me pareció terrible ponerme en la piel de un preso sin fecha definida de libertad.

Me apostaba en la ventana para aspirar aire prohibido, fingía tocar algún árbol lejano con los dedos y ese sol que prometía verano sin playa o el camino huérfano, sin paseos. Pero mis dedos no tocaban nada.

Un silencio irreal transitaba las calles y algunos pájaros cantaban con extrañeza de naufrago.

Mi marido y yo nos sentamos una noche, frente a



Laura Ruiz Rivas. Psicóloga y escritora, trabaja en un centro educativo de Cantabria. En el ámbito científico, tiene publicados libros y material didáctico sobre Educación en Valores, Psicología y Discapacidad. Ha sido galardonada en varios concursos literarios a nivel nacional. Sus publicaciones didácticas son: *Animación y discapacidad* (Amaru) y *Terapia de juego y vínculo*; en ficción cuenta con varias obras de literatura infantil como *Viento del Norte*, *Nos visita un sasperita*, *Edy Gualdrapas*, y *Pequeño, gran amigo*.



De esos días atesoro recuerdos de videochats con mis hermanos en que cantamos, nos poníamos sombreros raros y decíamos mil tonterías a mi sobrino recién estrenado, que está creciendo en tiempos de abrazos y besos virtuales.

La libertad vigilada se inició con paseos en los que el aire y el campo me parecieron nuevos. Y nuevas también las caras de los vecinos tras las máscaras. Recuerdo que recuperamos el saludo. Sonreías, aunque no conocieses al paseante con quien te cruzabas, porque te reconocías en su angustia bajo ese destino brumoso que nos envolvía a todos.

Pensé que el confinamiento había despertado lo mejor de nosotros. Que seríamos capaces de poner patas arriba nuestra escala de valores para recuperar el placer de las pequeñas cosas. Creí que aprenderíamos a respetar la vida y a agradecerla... Pero quizá me equivoqué.

frente, sin atrevernos a sostener la mirada porque queríamos expresar cosas para las que no hallábamos palabras. «Si enfermo y muero, quiero que sepas que he sido feliz. Que no importa lo que ocurra, por duro que sea, porque habrá merecido la pena estar a tu lado». Nos dijimos más cosas que quedaron escondidas bajo la ropa y nuestras caricias. Y después decidimos pasar página y no volver a hablar del miedo. Solo, vivir cada día como si fuese un regalo.

A partir de ahí, iniciamos caminos diferentes. Unos, extremando precauciones para no contagiarse. O mejor: para evitar contagiar a sus seres queridos, a nuestros mayores. Otros, negando el miedo, queriéndose liberar de la incertidumbre convenciéndose de que no pasaba nada. Quizá por esa necesidad que tenemos de espantar el vértigo cerrando los ojos a la realidad.

Pero este tiempo detenido se ha llevado mucho

más de lo imaginaba, demasiado.

La amabilidad se fue hace meses.

Apenas empezamos a levantar cabeza, nos descubrimos sin empleo, ahogados a fin de mes, con hipotecas pendientes de un hilo. Para muchos, los castillos que una vez construimos ahora son solo arena. Y con el miedo y la tristeza, se abren paso la impotencia y la rabia. Empezamos a ser fieras en una jungla devastadora de insensibilidad y prisas. Me duele ver qué fácil ignoramos el dolor ajeno, qué ciegos nos mostramos a un anciano que espera cargado de bolsas. Qué irascibles respondemos al despiste o al temblor de otros. Qué fácilmente sacamos los dientes para escupir nuestros demonios sin percatarnos de que los otros también tienen sus problemas.

... Y qué ajenos somos al miedo a la muerte que muchos llevan tatuado.

Porque en nuestro camino habitan mayores, personas de riesgo, vecinos en sesiones de quimioterapia, diabéticos, asmáticos... Personas que miran de reojo a cada paso para comprobar que siguen teniendo sombra bajo sus pies.

No he vuelto a besar a mi madre. Y sé, aunque no lo dice, que necesita más que nunca un abrazo. Pero mis hermanos y yo mantenemos a raya el riesgo con distancia y mascarillas. No

queremos perderla antes de tiempo.

A veces, damos un lento paseo al ritmo de su andador, para que no olvide la calle. Y celebramos el paseo con un café en la terraza de siempre, en el barrio donde todos los vecinos se conocen. Ella se sabe expuesta, pero la soledad de su casa vacía es una agonía más lenta.

Siento que para otros mi madre no sea nada, tan pequeña y marchita. Pero el café se me atraganta cuando se sientan apenas a medio metro, y alardean de valentía hablando y riendo sin mascarillas, derramando su aliento sobre ella... como una lápida aún no encargada.

A pesar de todo, necesito creer que este tiempo

detenido no es tiempo en vano.

Que ha de ser apenas pausa.

Pausa para pensar en la vida, para reordenar prioridades y metas.

Para detenerse a mirarnos. Nunca antes había deseado tanto abrazar y estrujar hasta que crujan los huesos. O besar haciendo ruido. Yo también quiero hacer pedorretas a mi sobrino sin poder parar de la risa. Cantar a gritos con mis amigos en conciertos, compartiendo una cerveza con nuestras caras tan cerca que pueda verme en su pupila. Pero habrá que esperar...

Nunca antes me sentí tan deseosa de vivir ni tan agradecida. Y quería

compartirlo con vosotros, desnuda de apariencias y modales, tal cual soy. Y perdonadme si os he parecido dura o si os hice llorar.

Pero estoy segura de que podemos hacer valer el tiempo.

Porque el ser humano sabe de catástrofes. Sobrevive a guerras y epidemias, a esclavitudes y holocaustos.

Sabemos tocar fondo y reescribirnos.

Porque está en nuestra esencia encontrar el modo de agarrarnos a la vida.

Está en nuestra esencia ser, a pesar de todo.

Pero seamos vida, también para los otros.



Didáctica - no ficción



La sombra

Carlos Wynter



Don Antonio Arras, heredero de la casona Arras, se las arregló para llegar a los últimos años de su vida como si fuera el árbol de Tule al que nada le sobrevive, solo. Sus padres habían muerto y sus hermanos se fueron desprendiendo del hogar como las hojas de las ramas en otoño. Así consideró que era mejor.

Por razones que él llamó interesadas, siguió empleando a una mujer grande de edad, en sus setentas, llamada Lupita López, muy diligente en la limpieza y el arreglo domésticos, además de incansable, quien lo había visto crecer desde que era un chamaco y ella una joven-cita. La mujer se movía por los pasillos como un tejido de cáñamo puede deslizarse

por la piel y dejar la sensación de que nada la tocó. La soledad casi absoluta terminó arrojando a don Antonio y haciendo su vida secreta, y le dio la valentía de quien no debe enfrentar los juicios de nadie.

Cuando niño, jugaba en los verdes campos que rodeaban la finca, entre las raíces de ahuehuetes, con hermanos y primos. Pero nunca se le dio bien compartir sus sentimientos. Dejar que otros ganaran era lo más difícil para él. Y siquiera arriesgarse a que, en su derrota, alguien le viera llorar, ni pensarlo. Era muy orgulloso.

Pero lo que más preocupó a la familia en la adolescencia era su hombría. No se le conoció nunca una noviecita,

ni de viejas se fue nunca. Él hacía lo posible para acallar los comentarios, pero tampoco se sentía bien compartiendo experiencias que a él le parecían personales. Ni siquiera con otros cabrones, sus compañeros de copas. No se sentía maricón, como muchos llegaron a insinuar, pero no le era fácil abrirse. Si iba a tener algo con alguien, no quería que nadie mirara. Eso era.

Así llegó a la madurez sin esposa y sin hijos, solo. Pero siempre dijo que era feliz.

Y, en su soledad, por fin se sintió seguro.

Lupita López jamás lo juzgó. No contradecía sus deseos. Por eso siempre le resultó inofensiva. Incluso, cuando iba creciendo, se convirtió en una confidente callada: él hablaba y ella se mantenía en silencio, le seguía la corriente.

Ahora menos se oponía a sus designios. Si él le pedía preparar la mesa para su desayuno, lo hacía. Igual si daba la orden de que le



tuviera listo un cambio de ropa. La rutina creaba una relación entre ellos, como si la casa se mantuviera en pie por los inalterados rituales. No era que el tiempo no cambiara, ni que ellos fueran infalibles, sino que el pasado seguía dándoles seguridad.

Un día, don Antonio observó de reojo una sombra. Era muy oscura, pero podía distinguirse los rasgos de un ser joven. Giró sobre sí mismo lo más rápido que pudo, pero la presencia ya se había esfumado. Las primeras veces acabó creyendo haberla imaginado. Las veces siguientes no desconfió de su buen juicio. Había alguien o algo ahí, en la casona, un intruso o intrusa. La propiedad estaba rodeada de animales silvestres, desde zorrillos hasta lobos; alguno podía haberse colado por una ventana.

Informó de su certeza a Lupita y, lejos de la incredulidad que esperaba, recibió la confirmación de

sus temores. Lupita también había notado que un espectro, así lo llamó ella, caracoleaba por los pasillos. Ambos creían que se trataba de alguien o algo, ágil y rápido. Se mostraba a medias y, de inmediato, desaparecía. En cuanto a cómo resolver el asunto, ella estuvo por primera vez en desacuerdo con don Antonio. Mientras que le parecía conveniente orar varios Padres nuestros seguido de rezos a la Inmaculada, don Antonio ordenó revisar hasta los últimos rincones y hacer salir del escondite al desconocido. Lo que a ella la preocupaba enormemente era que la sombra resultara ser algo o alguien agresivo. Si era un ser de otro mundo, como ella lo pensaba, ya sabía lo que Satán y sus aliados hacían a las almas indefensas. Si como don Antonio suponía, el intruso era de carne y hueso, tanto ella como su empleador tenían físicos avejentados y frágiles, y no sería difícil reducirlos en una lucha. Hablaron al respecto, pero como él impuso

*NOTA: Este cuento pertenece al libro *Literatura Olvidada* de Carlos Wynter Melo (Editorial Universitaria Manuel Gasteazoro, 2019, Panamá)*

Cuando se acercaban al depósito de granos, apareció una vez más la sombra. Se alargó por un recodo como si fuera un líquido espeso y negrísimo. El susto repentino hizo que los latidos del corazón explotaran en sus pechos, y ellos comenzaron a temblar incontrolablemente. El temor los paralizó por unos segundos que parecieron eternos. No tenían fuerzas para moverse porque sabían que la sombra estaba ahí, muy cerca. Don Antonio tomó una bocanada de aire y se obligó a enterrar sus emociones.

—¿Qué hacemos, Antonio? —dijo ella tuteándolo al fin. Y él le contestó solo con silencio.

Finalmente, se sobrepuso y tomó de la mano a Lupita a la vez que la obligaba a avanzar. Él en una esquina y Lupita en la otra, cerrarían el paso a cualquiera que intentara escabullirse. Solo quedaba la entrada al granero. El umbral les dejó ver lo que parecía la garganta insondable de una una fiera. Aún tomados de

la mano, dieron un paso ciego, luego otro. Uno más. Al fondo de la escalera se oyó un grito contenido y tartamudo, como si algo se ahogara o gruñera. Dieron otro paso sin saber si se posaría pronto en el suelo o permanecería en vilo por siempre. Finalmente, hallaron el siguiente escalón. La criatura seguía siendo un rugido apagado. A don Antonio le pareció recordar los animales que infestaban los bosques, su ferocidad. Un lobo podría saltarle a la garganta si se encontraba hambriento o amamantando a crías. Pero no le quedaba más que seguir adelante porque, así lo veía, Lupita dependía de él en esta ocasión.

Pulsó a ciegas el interruptor y la luz manó del foco hasta inundar el húmedo recinto. El amplio lugar estaba casi vacío. El piso de madera y los travesaños del techo estaban desnudos. En el centro, había objetos que su familia amontonó con el pasar de los años. No había nada ni nadie vivo salvo ellos dos.

su autoridad, Lupita dejó de discutir.

La casona tenía muchos cuartos y un patio interior, así que, por momentos, parecía infinita. Mientras que Lupita conocía incluso los pasillos más recónditos, don Antonio debía recurrir muchas veces a su memoria, ya que hacía años que no abandonaba sus habitaciones preferidas: la biblioteca, el estudio, la sala de estar y la habitación principal. No era raro que Lupita le dijera, con añoranza, «en este rellano de la escalera fue que lo vi por primera vez» o «recuerdo las caras que hacía cuando salía a cazar con su papá», y él asintiera secamente, pero sintiéndose melancólico.

—Estamos solitos, Antonio —dijo Lupita tuteándolo ahora sin distancias, con intimidación.

—Pues sí, Lupita. Ya estamos solitos —contestó él.

La muchacha sin alma

Isabel J. Romero

1º PREMIO EXCMA. DIPUTACIÓN DE C. REAL (2004)



Isabel J. Romero (Santa Eufemia, Córdoba). Reside en Ciudad Real. Titulada en francés, ha impartido clases extraescolares de este idioma, animación a la lectura y cuentacuentos. En 2008 publica *Mientras haya un globo* (Grupo Intuición) con ilustraciones de los propios niños, destinando los beneficios obtenidos al programa «Vacaciones en Paz». En 2011 publica *La mujer azul y el mar* —un mosaico de trece relatos, nueve de ellos premiados—, cuya portada ha ilustrado la propia autora. En 2017 publica el libro infantil *Kira, la niña esmeralda* (editorial PezSapo). En 2018 publica *Morirse al sol* (editorial Fanes). En 2019 nace el álbum ilustrado *Donny Saurus* (Ediciones Caprica).

Semeja a una sombra en medio de la noche. Solo sus blancos dientes relucen cual perlas de nácar. El frío la va calando a medida que se alarga la espera, hasta hacerla temblar. No importa, Jessica, la bella zulú, ha aprendido a dominar la inquietud, a acortar las horas, a mimetizarse y confundirse con la misma oscuridad.

Una ridícula chaqueta de lana cubre su espalda; pero no llega a abrigar sus pechos ocultos bajo un minúsculo corpiño, incapaz de simular sus rígidos pezones. Cuello estilizado, ideal para lucir un sinfín de amuletos. Largas y esbeltas piernas enfrascadas en unas botas, pensadas más para recorrer siete leguas que para permanecer inmóvil, cual estatua de sal, con la mirada fija hacia ninguna parte, y con la esperanza de vislumbrar algún signo que le indique que aún está viva, que su cuerpo responde a los estímulos; que es ella: “la mujer invisible a miles de ojos”, la mujer que

ya forma parte del paisaje sin alterar la armonía de sus elementos; la mujer “símbolo” de los tiempos que corren.

En verdad, Jessica es bella, aunque ella lo ignore, aunque nadie se lo haya dicho jamás. Su sonrisa puede estirarse hasta el infinito, agradecida, al percatarse de la proximidad de las luces de un vehículo que parpadean sin cesar. Sin duda es la señal convenida. El motivo de su larga espera. Sin acortar un milímetro de gozo, Jessica asía el bolso con fuerza y se dirige presta a consumir la noche.

El cliente la sujeta con ímpetu, le habla con palabras cortas, le indica, le sonrío con gesto falaz, le balbucea; y, ella, se deja hacer y hace sin mirarlo a los ojos. Luego..., unos cuantos billetes entre sus manos que le incitan a desear aún más... Y los cuenta una y otra vez hasta perderse. Piensa conseguir los suficientes con el fin de liberar a su alma de la

de la prisión exotérica donde se haya; traerla junto a su cuerpo solitario; rescatarla de las garras de los dioses malévolos, a miles de kilómetros de "la casa de campo de Madrid".

Y de nuevo: la espera; la misma pero diferente experiencia repetida, el mismo ritual. Su cuerpo al capricho de otros cuerpos, su piel saturada de huellas dactilares, sus manos cumpliendo órdenes cual marioneta sin hilos.

Jessica deja que una sonrisa ingenua la haga sentirse como una niña indefensa, protegida tan sólo por la recompensa obtenida. En verdad, la suerte ha estado con ella y ha hecho posible que le saque todo el jugo a la noche; su única y confidente cómplice en esta tarea interminable.

Aún permanece en el territorio, que ella misma ha delimitado, unas horas más. Ahora ansía embriagarse, dejarse llevar, imaginarse liviana al capricho del viento; incapaz de poner resistencia al destino que "la magia" eligió para ella. Y continúa allí hasta que los primeros rayos de luz vienen a esclarecer su piel saturada de sol y de caricias que nunca llegaron a serlo.

Antes de que el cansancio y el hastío intenten apoderarse de su último aliento, decide partir hacia el único refugio donde comparte un lenguaje común, un par de zapatos de tacón y algún que otro colchón ajado. El trajín de las demás compañeras la reconforta de algún modo. Mar, la niñita de ojos de luna, sale a su encuentro, la rodea con sus manos «¡Mami!». Jessica se deja abrazar por la inocencia con el fin de aliviar las heridas que nunca cicatrizan y recuperar así la energía que dejó en el asfalto.

Una vez más, cuenta los billetes obtenidos, separándolos con cuidado por miedo a equivocarse. «No está mal, nada mal», dice para sí. Pero... ella, la Madame,



cual proxeneta que nunca falla, no se iba de su lado; siempre perenne para recordarle su deuda, con su presencia inundando el espacio de todos sus pensamientos, para dirigir sus pasos como un autómatas y recordarle que debía ser fiel a las promesas contraídas e infiel a sí misma.

«Si ella supiera. Si yo le contara alguno de mis sueños», reflexionó.

Bien sabe Jessica que *esta especie de personaje mitológico* pertenece a otra esfera, donde le está prohibido llegar. ¡No, no iba a dejarse amilanar! Conseguiría el dinero suficiente; compraría su libertad para ella y su hijita —que se aprieta a su cintura por miedo a extraviarse.

A la joven zulú aún le quedan los sueños; porque los sueños habitan en el corazón. Y su corazón jamás lo dejaría al capricho de ningún brujo.

Aquel día le latía con fuerza, al ritmo de los tambores. Su madre le daba ánimos y, aun así, Jessica sentía miedo, consciente de que debía enfrentarse al capricho de los espíritus con valentía, con el único fin de atravesar la frontera. La ceremonia era el paso imprescindible para someterse a la voluntad de los dioses, que, estaba segura, ya habitaban entre los humanos. Y, es este tamborileo el que aún retumba en su mente para recordarle que ella, la bella Jessica, es invisible ante los ojos del resto de las gentes. A veces,



desea romper este maleficio, este mágico poder que la hace esclava de una voluntad imperiosa; salir de esta cárcel en que vive, que le impide respirar con libertad; sentirse parte integrante de esta sociedad a la que admira, pero en la que no se atreve a inmiscuirse hasta que no haya recuperado su alma.

Los días transcurren monótonos para Jessica, amparada en los besos de Mar, que la hacen vibrar y sentirse humana. A la par, ella se deja arropar por un nuevo embrujo que desconoce: una trampa que puede resultar mortal también para su cuerpo esbelto. Y así, Jessica gusta de posarse ante el único espejo rayado de que dispone en el reducido y mísero apartamento: inventa poses de modelos occidentales con el fin de imitar los mismos ademanes, el mismo estilo. La bella zulú aún no se siente del todo satisfecha de sus cabellos, a los que intenta

una y otra vez domar, y que a fuerza de martirizarlos ha domeñado de tal forma que ahora se derraman, casi lacios, sobre sus hombros bien formados. Observa sus sensuales labios que demarcan un blanco immaculado y también éstos les parecen ya desmesurados. En realidad, le encanta escalar peldaños hacia la identificación con “la mujer occidental”, a la que relaciona con el estado de bienestar y por tanto como un modelo a seguir. Lástima que Jessica ignore que poco a poco se va dejando atrapar por la temida red del consumismo, de donde es difícil salir. Que las imágenes de la pequeña pantalla son pura ilusión, engañoso espejismo; una realidad equivocada, imposible de alcanzar por mucho que alargue sus cabellos.

Está perdida —lo sé— aislada entre las gentes que simulan no verla. Jessica es tan solo una tesela más de este mosaico multicolor, pero una tesela inmóvil, confinada al

lugar que se le asignó. Y, no obstante, ella ansía confundirse con el resto de las gentes, anulándose si fuera necesario. ¡Lo que ella daría por una mano amiga! que no reparase en su cuerpo semidesnudo, que se acercara con ternura, que la mirase a los ojos. (O, quizás, los demás intuían que dentro de ella había un hueco enorme; que había dejado confiscada su alma). Tal es el motivo por el que Jessica se bate con la noche en un duelo interminable, con el fin de recuperar su otra parte.

¿Quién soy? —se pregunta cuando repara en su piel y en el dorso de sus manos, que ya comienzan a blanquear a base de suplicios innecesarios, Y, es que Jessica también desea despojarse hasta de su piel.

Epílogo.

La elegante Señora hojeaba con soltura las páginas de un periódico. La niña llamó su atención: «Mami, ya hemos llegado».

Madre e hija se dispusieron a apearse en la próxima parada, que resultó ser también mi destino. Les cedí el paso. La mujer se volvió y dijo: «Gracias, muy amable».

Me quedé observándola. Había en ella algo de especial. De pronto reconocí su belleza; el brillo inconfundible de su piel tostada. Sin duda se trataba de "la joven zulú". Me alegré encontrarla compartiendo la vida.

Jessica había conseguido, por fin, liberarse de tan pesada carga. Después de una dura travesía, recuperaba, al fin, su alma.



Tecno-Thrailler



Jack

Gabriela Quintana

¿No hay una cosa en tu vida por la que valga la pena perderlo todo?



Es una rara mañana gris que elude el común golpe de calor de esta ciudad tropical. Aun así, el bochorno del aire húmedo del estío hace sudar sin tregua. Mi tío sostiene la puerta para que mi prima baje al pequeño del coche, quien se ha hecho un ovillo entre sus brazos.

El crío aún no sabe que este será su nuevo hogar, bosteza y vuelve a cerrar los ojos. Se le ve cansado del largo y tedioso viaje. Intentan darle de comer, pero él desea dormir toda la tarde, cuando el cielo parece haberse rasgado con toda la lluvia que cae. Quizá es un presagio, pero nadie lo toma en cuenta. La familia piensa en un nombre para el cachorro mientras lo observan dormir en la cama que le han comprado el día previo a su llegada. Mi tío, finalmente, nombra Jack al hermoso bóxer, de pelo brillante y muy negro que cubre todo su cuerpo, y que

contrasta con unas pequeñas manchas blancas en su abdomen y una grande en su pecho.

Deciden dejarle un rincón donde dormir con su plato de agua y comida, junto a la cocina. Ya en la noche, se levanta y comienza a observar todo con ojos bien abiertos. Mira, huele y lame todo lo que encuentra a su paso. Le acercan el plato hondo rebosante de comida y él se va de bruces sobre la leche salpicando todo a su alrededor. Estornuda y se lleva una pata a la nariz, no sabe cómo tomarse el líquido. Esta mañana sería la última que vería a su madre, y dentro del plato parecía buscar la teta que le faltaba y ese olor que lo había acompañado durante un mes. Ahora hay nuevos sabores que no reconoce; no necesita el calor de su madre porque ya no hace frío, sino un calor sofocante que le irrita. Mi tía mezcla comida seca con la leche y le intenta meter en el hocico pequeñas bolas de masa para enseñarle a comer.

Después de comer y de dejar todo sucio alrededor de su plato, camina hacia mi prima, pero con la leche esparcida se desliza hacia mi tío y tropieza con su zapato. Jack le ladra al zapato y lo lame. Mis primas le llaman por su nombre desde distintos ángulos y el cachorro no sabe hacia dónde dirigirse. Mira otra vez el zapato y descubre unos cordones; todavía no le han salido bien los dientes, pero tira de los cordones con toda la fuerza de su pequeño hocico. No consigue mover el zapato y gruñe. Mi tío retira el pie y Jack se desliza junto con el zapato sin soltarse, arrastrando sus patas traseras como quien se avienta de cara en un tobogán. Todos reímos. El cachorro suelta los cordones y se queda quieto, siente el frescor de la baldosa bajo su vientre y cuelga su lengua de lado. Parece disfrutar del frío del suelo.

Es hora de dormir, pero

Jack quiere seguir jugando. Todavía no conoce a otro integrante de la familia, no obstante, ya se siente en casa siendo el centro de atención de todos. Apagan la luz y lo acomodan en su cama. Jack está renuente, quiere seguir jugando en medio de la oscuridad. Una de mis dos primas, pide permiso para llevarlo a dormir a su habitación. Mis tíos dudan, se miran a los ojos tratando de dar la misma respuesta a la vez. Asienten y ella vuelve a tomar al cachorro entre sus brazos y, subiendo las escaleras, lo lleva hasta su cama. Coloca la camita de Jack junto a la suya, lo mete y le indica que ese es su lugar, pero el cachorro no obedece y da vueltas por el cuarto. Mi prima apaga la luz y se sumerge en un sueño profundo al ritmo de la respiración de su nuevo amigo que no desea dormir.

A la mañana siguiente, Jack lame la mano de mi prima que cuelga desde la cama. Se despierta de un susto y escucha unos rasguños en la puerta de su habitación. Jack no es el primero en llegar a este hogar. Zorri, un chihuahua del color del café cortado tiene un año haciendo de la sala y el comedor su territorio. Acostumbrado a alzar la pata en cada esquina de los muebles y algunos rincones, ya estos tienen su olor, dejado ahí con el líquido que derrama cada que alza la pata trasera. Regañan a Zorri por dejar su rastro en todos lados, pero ya no es cachorro y menos obedece, gruñe y se esconde.



Gabriela Quintana (Tehuacan, México). Titulada en Comercio Exterior y Máster en PNL. Publicó sus primeros cuentos en una revista a la temprana edad de nueve años.

En 2012 publica *Baúl de cuentos*. Después llegarían *Baúl de cuentos II* (2016) y *Me llamo Ángela y tengo un cromosoma más* (2017, El desván de la memoria). En 2018 ve la luz su primera novela, *Los cocodrilos de París*.

Mi prima se levanta de la cama y va a abrirle a Zorri para que deje de arañar la puerta mientras Jack anda merodeando en la otra esquina de la habitación. Al abrir la puerta, el chihuahua entra como una ráfaga de viento que golpea el cuarto en busca del misterio que lo tiene desquiciado. Se encuentra de frente a Jack, se queda quieto, están casi de igual tamaño, pero él está delgado, sus dos patas delanteras equivalen a una rolliza de Jack. Lo olfatea, le huele la cola, las patas, el hocico, quizá se siente amenazado puesto que Jack es robusto, aunque estén de la misma estatura. Jack empieza a dar de vueltas en la habitación, se ve emocionado. Zorri lo persigue. Mi prima cierra la puerta, no deben salir de allí, Jack aún no sabe bajar las escaleras y podría hacerse daño. El chihuahua está extasiado, corre, ladra, se acerca a Jack y le gruñe. Ambos juegan y una pata de Jack cae sobre la cabeza de Zorri contra el suelo y este se queda inmóvil. Mi prima se ha cambiado el pijama y se ha puesto ropa cómoda, toma a Jack en sus brazos y baja a la cocina. El cachorro, una vez en el suelo, ha recordado su plato de leche y corre hacia él, volviendo a caer de bruces y salpicando la leche. Mi prima y yo reímos.

—Tontuelo, ya aprenderás a comer —dice mi prima la menor, mientras le limpia la cara.

—Zorri, déjalo comer —le grito.

El chihuahua me ha escuchado y como nunca lo regaño, ha ido a esconderse detrás de la falda de mi tía, que prepara nuestro desayuno.

Jack termina de comer y apenas puede caminar, no ha dejado ni una migaja en el plato y su vientre se ha inflado como globo de helio a punto de elevarse. Bosteza, sigue a Zorri pero se detiene y se va a una esquina del comedor, cerca de nosotras que ya empezábamos a tomar nuestro desayuno, y deja caer su pesado cuerpo. Zorri le sigue, le lame el morro, pero el cachorro no hace caso, cierra los ojos y cae en un profundo sueño.

Con cada día que pasa, Jack está cada vez más inquieto y juguetón. Cuando comienza a reconocer todos los espacios en los que corre, y a morder algunas esquinas de los muebles, mi tío decide buscarle un lugar para dormir en el jardín. Jack deja, con solemne resignación, la compañía diaria de Zorri,

a quien le han hecho una pequeña puerta giratoria ubicada en la parte inferior del portón que da al jardín, de manera que pueda salir y entrar a la casa de forma independiente. Esto no le agrada a Jack, su amigo, quien le ladra y lo persigue por todo el jardín, pero el chihuahua se escabulle dentro de la casa por la pequeña puerta. No solo por los mordiscones a los muebles es que mi tío considera que ambos no pueden estar dentro de la casa. Zorri, ahora, sale volando por las escaleras y, durante el día, se desliza desde la sala hacia la cocina a fuerza de empujones que recibe mientras juega con Jack.

Así van pasando los meses y, a medida que Jack crece, se le revela una fuerte musculatura y brío en sus patas, ahora es un enorme perro, digno semental de boxer. Como el calor del trópico le hace tomar mucha agua, seguido está lleno de babas que esparce en cada lugar por donde anda, de manera que cuando llego a



acariciarlo no hay modo que no termine en el suelo y con babas en la ropa. Recibe a todo mundo con un ladrido cargado de sonrisas, al menos así lo veo yo. Se nota que es feliz, no solo por el movimiento de su cola y sus caderas, que sacude como un abanico ante una brisa de entusiasmo al escuchar nuestras voces. Zorri nunca pasa todo el día en el jardín, puesto que la casa es más fresca, pero juega con Jack hasta que el gran y poderoso bóxer se hace amo y señor de todo cuanto hay alrededor de la casa. Yo llego a visitar a mis primas, a comer o a cenar los fines de semana con ellas y mis tíos. Ya no acaricio a Jack como cuando era cachorro, pues ahora cada que paso mi mano sobre su cabeza y su lomo, se sacude de la emoción y mi ropa siempre queda mojada, no obstante, nos acompaña en nuestras tardes mientras jugamos en el exterior. Muchas veces, cuando bajamos las escaleras hacia el jardín nos metemos a nadar en la piscina, golpeamos el agua para que salpique y moje a Jack, que se muestra temeroso en acercarse. Este da brincos al mismo tiempo que de un salto caemos en la piscina y luego sale corriendo despavorido.

La casa está situada junto a una enorme laguna que divide a la ciudad. Y todo lo ancho del jardín limita con la laguna en la que muchas veces se ve nadar a cocodrilos y que, a pesar de no tener el agua cristalina, se nota que está llena de peces. Una tapia de sesenta

centímetros cerca el jardín con la laguna, pero en el centro hay una pendiente hacia el agua donde está construido un muelle, en el cual están amarrados dos kayaks. Las embarcaciones de plástico brillan con un color amarillo intenso sobre el agua, una es individual y la otra tiene una capacidad para dos personas. Muchas tardes de fin de semana, suelo navegar por la laguna junto a mi prima en el kayak individual y Jack nos ladra mientras nos alejamos de su vista. Lejos de la orilla, con el atardecer frente a nuestros ojos, nos turnamos el asiento que incluye tener que remar las apacibles aguas del ocaso solo interrumpidas por el asalto de algunos peces. En la punta de la canoa, una de las dos descansa bajo el calor sofocante del trópico y el letargo que produce el viento fresco que llega de los árboles acompañado del canto de los pájaros que se arremolinan en ellos. A veces vemos unas líneas que van bordeando la orilla de la laguna, como estelas que deja un barco, o bien tres círculos que se mueven juntos sobre el agua. Ya sabemos que son las colas o los ojos de los cocodrilos que nadan en busca de su refugio nocturno. Y aunque los vemos en la lejanía de nuestra barca, no nos da miedo.

Jack tiene prohibido acercarse al muelle, pero desde cierta distancia, les ladra también a las cabezas de estos reptiles que se observan casi cada día surcando las aguas mansas de la

laguna. Algunas veces intentamos llevarnos a Zorri a navegar, pero siguiendo el ejemplo de Jack, de un salto regresa al jardín y sale corriendo horrorizado hacia el interior de la casa. De alguna manera sienten la amenaza de lo que se mueve en el agua, a parte de los peces que revolotean. A Zorri tampoco le gusta meterse a la piscina, aunque le intentamos enseñar a nadar.

Un día, mientras Jack corre persiguiendo a Zorri, sin poder esquivarla y en un rápido deslizamiento, cae en el agua y una fuerte oleada de la piscina nos alerta. El perro se hunde y traga agua mientras que con sus patas trata de acercarse a la orilla. El peso del enorme animal en que se ha convertido, no lo ayuda a salir y mi tío se mete de un salto a intentar sacarlo. Cuando al fin sale comienza a correr en círculos por todo el jardín y Zorri esta vez lo persigue chillando tras de él. De pronto, Jack se queda inmóvil. Se sienta en el césped y se da vuelta. El viento golpea fuerte y de una palmera del jardín cae un coco que le golpea la cabeza. Zorri se detiene ante el coco, lo olfatea y se queda mirando el cuerpo desmayado de su amigo. Mi tío se mete pronto a la casa para cambiarse las ropas, que encharcan las escaleras. Yo miro por la ventana y dejo a la mitad el juego de ajedrez con mi prima para ir a ver a los perros. Mi tío nos había enseñado a jugar ajedrez desde que yo tenía ocho años y ahora es

una tradición de fin de semana. Pasamos largas tardes hasta bien entrada la noche en duras competencias entre mi prima y yo. Jack no se mueve y Zorri lame a Jack, olfatea la cola de su amigo y luego el coco, no comprende nada y le ladra. Mi prima me alcanza en el jardín y juntas movemos a Jack de un lado a otro para despertarlo y que respire de nuevo. Jack, con los ojos orbitando, da una fuerte bocanada de aire como quien da una intensa calada a un puro. Se atraganta con el agua que le queda en la garganta y ladra. Mi prima lo abraza fuerte pero el perro se incorpora para desprenderse de ella y sacudirse. Trata de recordar dónde está o qué le ha sucedido y corre tras de Zorri otra vez. La vida en el trópico es así, buscas mojarte para evitar el calor, se pasa por un rato, luego te quitas el sudor y vuelves a sentir el peso del bochorno. Entonces otra vez tratas de refrescarte con agua fría y tal parece que permaneces húmedo todo el día. Por las noches que Zorri sale al jardín para hacer del baño se meten los moscos por la pequeña puerta. Recuerdo las batallas contra los insectos, en esta región hay muchos. En las zonas rurales hay uno chiquitito, le llaman chaquiste y pica peor que el mosco común. Es común encontrar moscos rondando la comida de Jack, pero a cierta hora no hay que salir de casa por que le llaman «la hora del mosco». Me parece que les gusta ese

momento en el que el sol se pone y la luz es tan tenue que no es de día ni de noche. Se ponen eufóricos y vuelan como plaga alrededor de los mosquiteros de las casas.

Al paso de los meses Jack continúa convirtiéndose en un perro bellísimo que conserva su mancha blanca en el pecho. Mi tío lo saca a pasear con su correa por las calles de la colonia. Muchas veces tira de la correa tan fuerte que le cuesta mucho esfuerzo retenerlo, todo le llama la atención y parece un caballo despotricado.

Mientras está en el jardín caza animales, incluso los peces que pone mi tío en un estanque improvisado hecho de cemento en una esquina de la casa, pegado al muro de medio metro que se alza a orilla de la laguna.

Mis primas y yo no solo jugamos al ajedrez y juegos de mesa, también nadamos y pescamos en compañía de nuestra abuela en la laguna. Yo nunca puedo quitarles el anzuelo a los peces, pues me desespero con el movimiento de ellos junto con el abrir y cerrar de sus bocas. Normalmente los alimentamos con tortilla de maíz y a veces con pan de bolillo, les encanta. Los que pescamos los arrojamamos en el pequeño estanque para que mis primas fácilmente los agarren cuando quieran comer pescado fresco. Sin embargo, Jack también llega no solo a jugar con ellos, algunos los atrapa con sus grandes colmillos. Cuando solo les damos de comer, los peces se

amontonan para atrapar los pedazos de comida. El espectáculo se asemeja a una olla con agua en ebullición o un lago con pirañas al que le has soltado un trozo de carne. No solo peces, atrapa Jack, también iguanas que merodean por el jardín, y las que atrapa se las come la chica que llega a hacerles la limpieza, a mis primas y tíos no les gusta esa carne blanca. La gente de esta ciudad se come hasta los huevos de iguana y siempre dicen que sabe muy rica.

Un día mientras pescamos se acercan unos hombres caminando por la orilla de la laguna con una red y un perro nadando detrás de ellos. Mi tío les pregunta si tienen buena pesca y si no les preocupa que les ataquen los cocodrilos. Ellos dicen que tienen la costumbre de pescar y obtienen muy buena pesca de la laguna, que ningún cocodrilo los ataca pero que a sus perros sí. Comentan que de pronto son como absorbidos por el agua, y están seguros de que los reptiles los atrapan y los

hunden para matarlos y comerlos. Aun así, no tienen miedo. Yo miraba con ojos incrédulos mientras los veía pasar por toda la orilla hacia otros terrenos y casas.

Todavía recuerdo la tarde que mi prima y yo salimos a navegar en el kayak. Tratamos de regresar antes del ocaso, pero oscureció antes de lo previsto. Cerca del muelle de su casa aventamos un remo y con el otro acercamos la balsa para desembarcar, cuando un cocodrilo asomó la cabeza y mordió el remo. Jack siempre se acercaba a la orilla cuando nos veía llegar y esa vez le ladró muy fuerte al animal. Mi prima y yo no podíamos bajar y el miedo nos petrificó por el ataque. Ella movía el remo y yo ahuyentaba al perro que quería protegernos de la amenaza. Cuando el cocodrilo soltó el remo, se lanzó sobre Jack y lo atrapó. Mi prima con toda la fuerza que pudo golpeó con el remo la cabeza del cocodrilo, pero este seguía arrastrando a Jack hacia el agua. El gran boxer había sido apresado de la

pata delantera y parte del hombro, trataba de librarse con sus patas y aullando. El movimiento hacía tambalear la canoa y yo me mantenía haciendo equilibrio para evitar que se volteara. Ni nuestros gritos ni los golpes al reptil sirvieron para que dejara a Jack. Y cuando se estaba hundiendo alcancé a agarrarlo de la cadera, pero al final el perro se hundió y desapareció. En ese momento llegó mi tía, quien bajaba las escaleras de la casa al jardín a toda prisa para ayudarnos. Estuvimos llorando muchos días con el corazón roto, pues no pudimos salvarlo, cuando él nos quería proteger, y nos sentimos culpables por mucho tiempo. Zorri lo notó y parecía que también el perro estaba triste. Los animales tropicales no son fáciles de lidiar. Desde entonces, cuando estamos pescando arrojo piedras a cada cocodrilo que veo nadar cerca de la orilla de la casa. La infancia es muy bonita hasta que pierdes a un ser querido. Pero el recuerdo de Jack sabe al recuerdo de un sueño.



La dama de la marina

Bartolomé Zuzama



En contra de la costumbre, el ataúd permaneció cerrado durante el velatorio. La versión oficial era que debido a los destrozos y quemaduras no había sido posible mantenerlo abierto. Las habladurías de la gente del pueblo decían que no había cadáver y que el ataúd estaba lleno de piedras porque no la habían encontrado.

Las vacaciones veraniegas en mitad de la pandemia me habían llevado a Mallorca, isla que conocía y amaba por haber realizado allí mi servicio militar en el pasado siglo. Con hijos ya mayores, Paula y yo podíamos permitirnos explorar lugares y playas menos conocidas por los turistas y habíamos recalado en La Marina, en la bahía de Pollensa. Esa playa se caracteriza por ser uno de los paraísos para los practicantes del kite surf en la

isla, así como por unas coquetas viviendas sobre la orilla, construidas antes de la Ley de Costas.

Tras colocar la sombrilla y las toallas cerca del mar, mi mirada se sintió atraída casi de inmediato por una preciosa mansión, en notable abandono, cuyo acceso principal era lamido por las olas al estar sobre la misma línea de la costa.

No podía dejar de observarla y, en un determinado momento, me pareció ver, de reojo, una figura humana en una de las ventanas del torreón que dominaba la villa. Cuando fijé mi mirada en ese punto ya no había nadie, lo que me incitó a acercarme a curiosear desde más cerca.

Con mucho cuidado para no dañarme los pies descalzos en las rocas de la orilla, me aproximé hasta la puerta de la villa que daba



Bartolomé Zuzama. Licenciado en Ciencias Bélicas y en Psicología. Comenzó desarrollando su trabajo como experto en formación y dirección de personas, aunque en los últimos tiempos se ha dedicado más al apoyo de la investigación y la transferencia del conocimiento.

al mar y desde donde podía contemplarse toda la bahía y el cabo de Formentor que la abrazaba. Desde ese mismo punto, aunque mirando ahora hacia el interior, pude observar el notable deterioro de la mansión, que no menguaba la belleza de su construcción, clásica, de finales del siglo XIX o principios del XX. También me convencí de que, si había alguien dentro, habría entrado de manera irregular, ya que un cerramiento metálico circundaba toda la propiedad. Aun así, estaba convencido de que había visto una persona, en concreto una mujer, en la torre.

Si algo espolea la imaginación de una persona y más si se trata de un escritor novel como yo, es un aparente misterio. Estaba decidido a averiguar todo lo que pudiera sobre la villa y su historia.

Al volver al apartamento me faltó tiempo para comenzar a bucear por la red en busca de información. Dado lo inespecífico de los datos disponibles, no encontré nada en Internet que me fuera de utilidad o que pudiera guiarme hacia alguna fuente más fiable. Si quería averiguar algo tendría que hacerlo a la antigua usanza, pateando las calles y preguntando a los lugareños.

A cambio de llevarla a visitar la zona comercial del pueblo, Paula, mi mujer, consintió en acompañarme en mis pesquisas peripatéticas por Alcudia, donde pensé que encontraría alguna

pista desde la que comenzar a tirar del hilo. Recordando anteriores investigaciones, y a falta de un periódico local donde rebuscar, me dirigí al ayuntamiento. Allí pregunté por el trabajador o trabajadora más longevo, que por lógica debía ser quien pudiera ayudarme mejor. Las iniciales caras de extrañeza o sospecha cambiaban al escuchar que estaba documentándome para escribir un libro, trocándose en facilidades. Cuando conseguí hablar con el responsable del archivo, uno de los trabajadores más añosos, me hizo ver cuán equivocado estaba al centrar mi búsqueda en ese pueblo.

Ante una taza de café, convenientemente bautizada con ron Amazonas, el señor Colau me explicó, con ese tono socarrón que se usa con los niños o los bobos, que, aunque La Marina estaba más cerca de Alcudia, pertenecía al municipio de Pollensa, donde debía dirigirme si quería averiguar algo. Cuando ya nos despedíamos, percibí que se quedaba con ganas de decirme algo más, pero no lo hizo.

Aunque la búsqueda no había dado ningún resultado, confirmaba que la metodología era la acertada, por lo que, en mi visita a Pollensa, la puse de nuevo en práctica. Esta vez Paula no me acompañaba. Había preferido quedarse en la playa, lo que me privaba de su aguzada intuición, pero luego ya le contaría mis andanzas y

resultados.

En Pollensa, sin embargo, todo fue distinto. Cuando preguntaba por una villa cerrada y abandonada en La Marina todos respondían con evasivas o no contestaban, pero tenía la sensación de que sabían algo. Aquí no sirvió mi justificación como escritor, incluso puede que tuviera el efecto contrario. Mis tripas me decían que estaba tocando un tema muy sensible del que nadie quería hablar.

Cambié de táctica y me lancé como un kamikaze sobre las tertulias de mayores en los tradicionales cafés cercanos a la plaza Mayor, preferidos por los oriundos, y donde no entraban los turistas. Solo recogí extrañeza e incluso recelo ante mis preguntas. En uno de ellos, un anciano me espetó airado una frase que me hizo pensar: «Las cosas del contrabando es mejor no removerlas».

Desesperanzado decidí profundizar en esa vía, entreabierta quizá sin querer. Para eso la red sí podría serme de utilidad, por lo que me busqué un rincón en una cafetería con wifi, esta sí para turistas, donde poder navegar con calma.

No tardé en dar con información relevante y con algún nombre de sobras conocido. El contrabando en Mallorca había existido desde siempre y era una fuente adicional de riqueza en determinadas áreas, siendo una alternativa a emigrar o a vivir en la



pobreza. Aunque en la zona de Llevant hubo más actividad por la facilidad de sus costas, la Sierra de Tramuntana también fue un foco importante, a pesar de lo abrupto de su litoral. Los centros de actividad en el norte y el noroeste de la isla eran Soller y Pollensa, con sus respectivos puertos, así como la Cala de San Vicenç. Todavía hoy se conserva el denominado «Camino del Contrabando», cerca de La Calobra, construido con piedra seca siguiendo las técnicas tradicionales para esos caminos de montaña y que pasa junto al cuartel de carabineros. Ese cuartel fue construido a mediados del siglo XIX y abandonado a principios de 1930, en unos terrenos cedidos por el banquero Joan March. Resulta paradójico que una de las personas más ligadas al contrabando desde principios del siglo XX fuera el mecenas que facilitó la construcción de un núcleo fundamental para la represión del mismo.

Aunque el contrabando no era generalmente cosa

de familias, como la mafia, estas tenían su importancia, como pronto descubriría, aunque seguía sin hallar la relación de toda aquella información con la villa de La Marina.

Sabía que había dado con un material muy interesante para un relato y por eso seguí insistiendo, hasta el punto de que Paula y yo nos mudamos a un hotel en el Puerto de Pollensa para estar más cerca de la información y poder dedicarle más tiempo a la búsqueda.

No sé si sería por mi insistencia o porque ya se habían acostumbrado a verme por las mañanas en el Café Central con mi ordenador y mi libreta de notas, pero tuve la sensación de que las reticencias iban cediendo. Por fin, una mañana temprano, un hombre mayor que no se identificó, se sentó junto a mí y procedió, no muy discretamente, a interrogarme sobre lo que buscaba y mis motivos. Mis respuestas debieron de convencerle porque me aconsejó que visitase una mercería de la calle de la Garriga y preguntase por Mado Tonina.

Tras agradecerle la información y pagarle el café, me dirigí hacia allí y no tardé en hallarme frente a una mujer bastante anciana, pero perfectamente lúcida. En la trastienda y frente a una taza de café, Mado Tonina volvió a preguntarme qué quería saber y mis motivos.

Hasta ahora yo no había contado a nadie lo que creía haber divisado, pero sabía

que, si quería sinceridad, debía comenzar por ofrecerla. Al escuchar que había visto a alguien dentro de la casa no se inmutó, pero cuando comenzó a hablar percibí una vacilación en su voz, como si un llanto interior la afectase. Con un tono bajo, pero claro, y las dificultades de una persona habituada a desenvolverse en otra lengua, comenzó su relato, tratándome siempre de usted.

Hasta llegar a la villa hay que remontarse más atrás en el tiempo. La tragedia comenzó bastantes años antes.

Como supongo sabrá, en esta zona de la isla había bastante gente dedicada al contrabando, prácticamente todos varones. Aunque se organizaban por compañías con un jefe, algunas de esas compañías eran además clanes familiares con historia a sus espaldas.

Dos de esas familias, caracterizadas por años de odio y competencia malsana entre ellas, eran los Magrana y los Siurell, apodos o sobrenombres que provenían de mucho tiempo atrás y cuyo origen ya se había perdido. Se decía que el antagonismo entre ellos nacía de la pugna por unas tierras a finales del siglo XIX y que había continuado, alimentado por el afán de conseguir mayores beneficios a costa del contrario. Aunque en público mantenían las apariencias, algunos encontronazos e incluso alguna muerte sin

aclamar daban fe de su enemistad.

Al comenzar la Gran Guerra y las enormes oportunidades que aquella generaba para un país neutral como España, los beneficios para los contrabandistas se multiplicaron y la competencia se hizo todavía más encarnizada, aunque sorda. Los primogénitos de ambas familias, Joan «Magrana» y Pep «Siurell», de edades parecidas, encarnaban un conflicto que se caracterizaba por abordajes, asaltos a las cuevas donde se almacenaban los alijos del contrario o jugarretas similares. Un límite era sagrado y jamás se había traspasado, la delación a los carabineros de un alijo o de un desembarco de los rivales.

La mala suerte quiso que ambos se enamoraran de la misma mujer, Catalina de Son Gual, una agraciada muchacha descendiente de una familia de la pequeña nobleza, que todavía mantenía parte de su estatus en aquellas épocas.

Catalina coqueteó con ambos, lo que complicó las cosas, pero se decantó por Joan. Quizá si ese inocente coqueteo con ambos pretendientes no se hubiera producido, el resentimiento del rechazado no existiría, pero no sucedió así. Apparentemente la paz se mantenía, incluso Joan y Catalina invitaron a sus esponsales a Pep, que acudió y felicitó a los novios, pero la procepción iba por dentro.

Con las enormes ganancias que le proporcionaba

la guerra, Joan se hizo construir una villa en La Marina. Era un regalo para su esposa, que adoraba ese rincón, aunque estuviera un poco lejos del pueblo. Encargó el proyecto a un arquitecto muy conocido y no reparó en gastos para amueblar y decorar la que iba a ser su mansión familiar y su legado.

La aparente tranquilidad reinante parecía confirmar que Pep había asimilado el matrimonio de Catalina y Joan, pero sus conocidos sabían que no era así. En la capital, para evitar que lo vieran sus vecinos, Pep empalmaba una borrachera con otra y su carácter se iba agriando como el vino malo que consumía.

Una mañana, los vecinos de Pollensa se despertaron con la noticia de que los carabineros se habían incautado de un enorme alijo de tabaco, alcohol y armas cerca de Cala San Vicenç, feudo de los Siurell. Al parecer la autoridad había actuado en función de una denuncia anónima. Nadie lo expresó en voz alta, pero, en su fuero interno, todos dieron por hecho que los Magrana habían roto el pacto no escrito y delatado a los Siurell.

Una calma tensa se adueñó del pueblo mientras los vecinos aguardaban la esperada represalia, que no se hizo esperar. Una noche, alguien del puerto de Pollensa dio la voz de alarma al divisar llamas en La Marina. La venganza de los Siurell se había consumado.

A medida que se conocían los detalles la tragedia aumentaba. Esa noche Catalina estaba en la mansión y su marido embarcado, lejos de la isla.

Cuando llegaron los vecinos con la Guardia Civil y consiguieron sofocar el fuego, el ala principal de la casa había ardido y entre los escombros hallaron el cuerpo calcinado de una mujer, que podría tratarse de Catalina. Lo extraño era que en la villa vivía también un matrimonio de guardeses que se encargaban de las tareas de la propiedad, y no los habían encontrado por ninguna parte. No tardaron en escucharse comentarios que los acusaban de ser los autores de la masacre.

A la mañana siguiente, cuando el fuego ya estaba extinguido y se pudo realizar una búsqueda más exhaustiva, encontraron por fin sus cadáveres. Estaban en el pozo, cosidos a puñaladas. Eso demostró que el incendio no había sido fortuito y que, casi con total seguridad, el cadáver de la casa era el de Catalina, ya que las técnicas forenses de la época apenas permitían profundizar más. No se hallaron pistas de ningún tipo que permitieran desvelar lo sucedido allí.

Joan se enteró de la noticia al desembarcar, dos días más tarde, enloqueciendo de dolor y de rabia. Tuvieron que sujetarle y encerrarle en la casa familiar para evitar que hiciera una tontería.

La investigación que se llevó a cabo por orden de la Audiencia demostró que los Magrana no habían podido ser. A esas horas estaban de celebración familiar en un restaurante del pueblo en presencia de numerosos testigos. A falta de pruebas y de presuntos autores el caso se dio por cerrado.

A pesar de las habladurías de la gente, en el funeral el ataúd no estaba vacío. Al sepelio acudió prácticamente todo el pueblo, incluso los Siurell, que al final de la misa intentaron aproximarse a dar el pésame a Joan y su familia. No lo consiguieron porque el viudo, al ver que se acercaban, intentó saltar sobre ellos profiriendo gritos desesperados. Las palabras asesinos, cobardes, voy a mataros a todos! salieron de sus labios y resonaron en el templo antes de que sus familiares le sujetaran y los Magrana retrocedieran y abandonaran la iglesia.

Tras el funeral y mientras Joan pasaba el duelo en la casa de sus padres se desataron los rumores. El principal decía que el cadáver que había sido enterrado no era el de Catalina, bastante más alta y corpulenta, sino el de una mujer desconocida. Algunos aventuraban que la mujer de Joan había sido secuestrada y vendida a un proxeneta con burdeles en Argel, pero nunca pudo probarse y ella jamás regresó.

También se dijo que un día antes del incendio algunas personas habían visto una cuadrilla de marseleses merodeando por el puerto de Alcudia. Los Siurell hacían frecuentes tratos en Marsella y podrían haber encargado el trabajo a unos sicarios, aunque todo eran conjeturas muy difíciles de probar. Los Magrana intentaron sin éxito averiguar qué había pasado y dónde estaba Catalina, si no era la fallecida, pero chocaron con un muro de silencio a pesar de haber hecho circular mucho dinero para conseguirlo.



Pasaron las semanas y los meses sin más altercados, pero una noche en que Pep Siurell salía de una taberna cerca de la Lonja, en Palma, se encontró con Joan, que le esperaba en la calle. A gritos, el Magrana exigió al Siurell que le revelara dónde se encontraba su esposa y le acusó de haber organizado el asalto a su vivienda y el secuestro de Catalina.

Según los testigos, Pep se jactó de que no iban a encontrarla nunca y de que si no podía ser para él, no sería para nadie. Ante eso Joan sacó una navaja y embistiendo contra su enemigo le dio de puñaladas. Ya desde el suelo y casi agonizando Pep sacó un revolver y disparó a su oponente. Pep quedó muerto en la calle y Joan murió mientras le llevaban al hospital para intentar curarle.

Las dos familias siguieron enfrentadas y cuando llegó la guerra civil aprovecharon los diferentes bandos y sus excesos para intentar masacrar a los rivales. Hoy parecen más domesticados, aunque siguen compitiendo en los negocios, especialmente inmobiliarios y turísticos, pero sin derramamiento de sangre. La gente tiene miedo a hablar de la historia de la villa porque todavía tienen mucha influencia en el pueblo y al ser una población pequeña todos se conocen y todo se sabe.

La mansión permaneció en ruinas hasta que, unos años más tarde, la adquirió

un extranjero acaudalado con intención de restaurarla y pasar allí los veranos. Los accidentes durante las obras se sucedieron y la gente comenzó a hablar de una maldición. Incluso se decía que alguien había vislumbrado una figura humana, en concreto de una mujer, en la ventana del torreón antes de los accidentes. Así comenzó la leyenda de la Dama de La Marina.

El extranjero desistió y

consiguió vender la propiedad. Tras eso, todos los intentos posteriores por devolver a la vida la villa fracasaron por los problemas y los sucesos de todo tipo, antes de los cuales siempre había alguien que decía haber entrevisto una figura humana de mujer en la ventana del torreón. La leyenda se asentó y nadie ha vuelto a intentar restaurar la hermosa villa, que se va cayendo a pedazos poco a poco sin desvelar sus secretos.

Incluso sin explayarme con el tema de la maldición, tenía material para un impactante relato, por lo que le agradecí a mi interlocutora su dedicación. Antes de despedirnos le pregunté a Mado Tonina cómo conocía tan bien la historia. Con lágrimas en unos ojos ya blanqueados por las cataratas, me confesó que su bisabuela era hermana de Catalina y que su familia quedó destrozada tras su desaparición.

Ya en la puerta me recomendó que tuviera mucho cuidado, que ver la Dama presagiaba accidentes.

Yo no le hice caso, pero cuando al regresar a la capital nos salimos de la carretera por un reventón, me acordé de sus palabras con la adrenalina todavía bombeando por mis venas.

El caso de la mujer desnuda y callada

Carlos Wynter

El detective Eugene Bianco sintió como si los cascos de un animal se clavaran en su estómago cuando escuchó a su jefe, el sargento Johnny Black, bramar como un toro herido:

La verdad sobre este caso no se conocerá nunca, se disolverá en el aire, Bianco.

Y es que esto le hizo recordar la partida de su madre, intempestiva y sin retorno: ella se había disuelto en el aire cuando él era un niño, tal como Black estaba profetizando que ocurriría en esta ocasión.

El padre de Bianco, un borracho resentido y con demasiada imaginación, animó al pequeño a elaborar suposiciones—también lo quemaba ocasionalmente con cigarrillos a medio fumar—sobre lo que había pasado con la mujerzuela de su madre, como él la llamaba. Bastaba con que el tipo hiciera una conjetura para que su hijo creara el resto de la historia.



—Un novio suyo tiene años viviendo en Oregón, cerca del mar. Quizás fue a buscarlo. Así es ella. Con todo respeto, hijo, pero tienes que saber lo vulgar que es tu querida madre.

Eugene la imaginó andando por bosques de coníferas, envuelta en un grueso abrigo, con un vaho frío saliendo de su boca. Para él, Oregón no podía tener más que unas cuantas cabañas, y el amante de su madre debía vivir en una de ellas, vestido la mayoría del tiempo como los exploradores de la televisión, con un abrigo a cuadros, gorra con orejeras y una escopeta colgada del hombro. Su madre pronto daría con él y podría regresar, que era lo

Nota: Este cuento pertenece al libro *Literatura olvidada* de Carlos Wynter Melo (Editorial Universitaria Manuel Gastazoro, 2019)

primordial para Eugene. Su madre le importaba mucho más que el marido que tuviera.

Comenzó a buscar pistas. En la habitación marital encontró postales amarillentas con direcciones geográficas garabateadas en sus partes traseras. Pero las señas no correspondían a ninguna ciudad de Oregón, ni Salem ni Portland, sino a una dirección francesa, y el remitente no era un hombre, sino una mujer llamada Cristina Bergson. Y entonces nació otra historia en su mente infantil: su madre no había ido a buscar a ningún tipejo, sino que quiso recuperar a su mejor amiga, quien había partido hacia Europa hacía veinte años. Una promesa que su madre honraba, seguro. Eugene reunió las pruebas que pudo y esperó en silencio el regreso de su progenitora, una vez hubiera recuperado a su entrañable amiga.

Pero su madre nunca regresó y, con el tiempo, ese fue el único caso que Eugene Bianco no pudo resolver. Ahora había sepultado esos recuerdos en lo más oscuro de su corazón de hojalata y óxido.

Cuando entró a la policía, Bianco escaló rápidamente en su carrera como detective gracias a la seguridad que tenía en su propio juicio. Era guiado por la fe fanática que le merecía su inteligencia. Y el hado siempre le cumplió: nunca se equivocaba. Algunos lo consideraban pretencioso, pero no les quedaba más

que rendirse ante los resultados. Una de las personas que más debatía sus conclusiones era su acompañante resignado, un Watson peculiar, el detective Romeo Jules.

Jules veía la realidad de un modo muy distinto al de Bianco. Para comenzar, no creía que hubiera una verdad, sino muchas, y parecía divertirse explorándolas todas. A Bianco ese universo le parecía mareante. No era de hombres revolotear como pájaro o mariposa. Él prefería tirar de la cuerda hasta llegar a su otro extremo. Mientras tanto, Romeo le iba mostrando madejas y madejas, exhibición que Bianco descartaba con lógica rotunda y agresiva argumentación. Era como si su vida dependiera de tener la razón. Reducía inevitablemente a Romeo. El último golpe antes del nocaut era la confesión del sospechoso, o la aparición de una prueba contundente.

Esto fue hasta el caso de la mujer desnuda y callada. Fue hasta entonces.

Bianco chupaba la punta de su cigarrillo mientras movía los labios hacia adelante y hacia atrás. El resto de su cara no se movía; parecía de piedra, como si fuera un monumento antiguo. En su cuerpo, podía advertirse la respiración porque su corbata enorme y roja, con manchas circulares por toda ella, se hinchara con cierto ritmo. Su saco, como todos sus sacos últimamente, se agarraba a

un último botón enganchado del ojal.

—La verdad sobre este caso no se conocerá nunca, se disolverá en el aire, Bianco.

Bianco se aclaró la garganta como lo haría un enorme cantante de ópera y cantó su solfeo experto, aquel que conocía muy bien:

—Nunca se disuelven en el aire, Sargento. No mientras haya un cabo suelto que agarrar.

—Será—dijo Black sin sonreír—. En todo caso, Bianco, Jules, el trabajo es para ustedes —agregó haciendo brotar las palabras como muertos inflados que reflotan de repente en un río—. Esto es lo ocurrido: una mujer desnuda fue hallada en un callejón del *downtown*. Lo más raro es que no es una prostituta sino una damita de sociedad, señores. No tenía las heridas de las borrachas que se caen y se raspan las rodillas para después dormirse sobre sus propios vómitos. Le quedaba un zapato de tacón bien puesto en cada pie, un collar de perlas reales colgaba de su cuello y su corte de cabello era de los caros. Los malvivientes no le robaron. No tiene señales de haber sido forzada a nada. La recogió la ronda matutina. Pero la princesita no ha dicho una sola palabra y no tenemos la más mínima idea de lo que realmente pasó. El médico dice que es muda de nacimiento. Y parece que ni con señas se sabe comunicar.

Los engranajes del cerebro de Bianco comenzaron a moverse. Se habría podido decir que la maquinaria de su cabeza rechinaba. Media sonrisa le fue rasgando la cara como lo haría un navajazo. De inmediato achicó la boca. Volvió a intentar sonreír. Trataba de poner las piezas del rompecabezas en su lugar.

—No tiene antecedentes, por lo cual no hay registros de sus huellas, ni fotografías que coincidan con su cara. Tampoco lleva ninguna identificación que nos sirva. No es nadie. Solo sabemos que es muda, que parece de considerables medios y nada más.

Bianco volvió a apretar los labios, ahora ciñéndolos alrededor del cigarrillo

achurrado que seguía fumando golosamente. Una vez se hubo tragado el humo, puso el blanco despojo en el cenicero.

—No me gusta cuando haces esas muecas, Bianco. ¡Escúpelos de una vez!

Pero Bianco se limitó a alcanzar lo que quedaba del cigarrillo y a mascar su punta otra vez. Aspiró el humo, también otra vez.

—¿Jules?

—Es demasiado pronto para adelantar juicios. Ni siquiera hemos intentado interrogarla nosotros, sargento. Hay que explorar más la situación.

—¿El alcalde John Santoro aún quiere quedarse con su sillita?—interrumpió Bianco como si no hubiera



nadie más en la habitación y él hablara solo. —¿No es él quien está haciendo campaña de reelección? ¿Qué tanto le haría daño un escándalo?

Black y Jules se miraron entre sí y luego, ambos, fijaron los ojos en Bianco.

—¿Qué rayos estás diciendo, chico? ¿Qué tiene que ver el imbécil de Santoro con la muda que estamos a punto de interrogar?

Bianco volvió a actuar como si Black y Jules no existieran. Lanzó volutas de humo al aire, con la cara dirigida al cielorraso sucio.

—Esa mujer guarda un secreto. Y el chismecito es de alto vuelo. En esta ciudad no hay nadie más importante que Santoro. Sigue queriendo su reelección, ¿cierto?

—Si Greg Freeman se lo permite, sí. Pero Freeman es un hueso duro de roer—medió Jules.

—Espera, Jules. No le sigas la corriente aún. ¿De dónde sacas esa barbaridad, Bianco? Esa chica puede ser cualquier cosa. No tires monedas a la suerte. ¿Qué tal si solo se pasó de mano en la dosis de sus medicinas? ¿O se le escapó a la tía que la cuidaba?

—No, sargento, esto es algo más. ¿No ha visto a los locos revolcarse en sus propias heces? Si a esta tipa no le funcionara bien el cerebro, no habría aparecido como recién bañada en la estación. Aquí hay algo turbio. Ella puede incriminar a un

político, a alguien de mucho poder. Quizás sea su amante—un delincuente de cuello blanco con una noviecita muda, lo que es muy conveniente—. No debemos dejarla libre hasta que tengamos más información a la mano.

El jefe lo miró levantando la ceja. La pregunta de rigor, que se le hacía repetidamente a Bianco y que no por eso era menos necesaria, apareció como un gigante que pretendiera pisar a los enanos que lo rodean:

—Cómo rayos dices eso, así nada más. No sé, Bianco. No me lo trago del todo.

—Pero es que usted lo dijo, sargento —contestó Bianco con cierto aburrimiento—: esta chiquilla no es una pobretona. Seguro barrió con la mirada a los de la estación. Tiene que venir de la clase alta. Entonces, ¿qué hacía desnuda en un callejón del *downtown*? ¿Y por qué desnuda, inconsciente? ¿Narcóticos? No, porque pasada la borrachera se habría ido a casita envuelta en lo que hubiera encontrado. ¿Un secuestro? Tampoco, porque los secuestros requieren que no se halle al secuestrado, y ella no estaba precisamente oculta. Esta mujer estaba confundida o asustada, o confundida y asustada. Lanzaron a la muñequita de porcelana al suelo, pero en el suelo había almohadones, así que no se rompió. La querían intimidar. A ver si aprendía la lección.

Ahora fue Jules el que detuvo en seco a Bianco:

—¡Maldita sea, Bianco! ¡No puedes apresurarte tanto! ¿Qué pasa con el testimonio, con las pruebas? ¡No, amigo, no!

Bianco se mostró aturdido, pero solo por un instante, de inmediato recobró la compostura cerebral de siempre.

—Digamos que lo sé, Jules. No necesito dar más vueltas alrededor del tiovivo. Yo ya lo sé.

—Bueno, señoritas, no es para tanto. De todos modos, por procedimiento, tenemos que atender al huésped. Vamos, ágárrense de las manos y sean los buenos compañeros que esta fuerza policial necesita.

Cruzaron un pasillo sobre el que llovían cuadros de luz blanca. A ambos lados había vidrieras con policías tecleando encorvados sobre sus máquinas de escribir, tomando testimonios a personas distraídas y con expresiones de infinito hastío. Era un día normal en aquellas oficinas lúgubres.

Llegaron a la sala de interrogatorios. Abrieron la puerta y, frente a una mesa solitaria, estaba la mujer más bella que Eugene Bianco hubiera visto jamás. Una muñeca de porcelana, como él mismo había supuesto. La cubría un abrigo de la policía y fumaba un cigarrillo con las piernas cruzadas. Eugene supo de inmediato que, aunque

fuera su prisionera, un gordo sucio como él estaba lejos de su liga. Pero hace tiempo que sabía que ninguna mujer estaba en su liga, salvo que le pagara, para lo cual no solía tener fondos. Suspiró y, después de sonreír de medio lado, estalló en su garganta el aria principal de la ópera Rigoletto.

—*iLa donna e mobile!*
—gritó como si hubiera estado en la ducha del cucarachero donde vivía.

La chica se sobresaltó como si fuera una pluma de ave a la que mueve una fuerte brisa.

—¿Qué diablos te pasa, imbécil?!—exclamó el sargento Black, a quien, por lo visto, no le fascinaba Verdi.

Sin contestar la airada pregunta, Bianco se sentó en la silla que enfrentaba a la chica muda, haciendo mucho ruido, y puso sobre la mesa una única y lacerante pregunta:

—¿Por qué te fuiste de casa?

Ella lo miró con sus grandes ojos negros y, agitando los dedos de sus manos, pidió papel y lápiz, solicitud que solo Bianco entendió. Mientras ella hablaba con las manos, unos sonidos guturales salieron de su boca como si fueran los trinos de pájaros afónicos. Bianco imaginó canarios a los que se les estuviera apretando los diminutos pescuezos. Rápido, dijo él; un lápiz, una hoja de papel. Al instante, Black ordenó a Jules que cumpliera con el encargo.

Unos minutos después, la chica de porcelana escribía en una hoja blanca de papel:

—Me tuve que ir a París.

Obviamente era una terrible coincidencia, pero eso no evitó que el enorme cuerpo de Eugene Bianco temblara como el de un búfalo al que un cazador hubiese herido de muerte. Y es que, por un pequeñísimo lapso, Eugene murió.

—Luego regresé a casa, al lado de John—fue lo que escribió después.

John Santoro, pensó Bianco. John Santoro. Pero el dolor aún nublaba su juicio y no estuvo tan seguro de lo que pasaba por su cabeza.

—John después quiso dejarme claro por qué no debía volver a fallarle.

Lo siguiente ocurrió de manera muy rápida: un detective interrumpió el interrogatorio entrando sin previo aviso en el cuarto. Alguien había aparecido y reclamaba que la señorita Mary Smith, que así se llamaba la muda, fuera puesta en libertad. Se habló de Habeas corpus, de un procedimiento de arresto inválido. Pero es que nadie la había arrestado, se explicó. Los derechos de la ciudadana estaban en juego y también el buen cumplimiento de la ley, agregó alguien más. No les quedó más remedio que dejar libre a la chica que llegó desnuda y permaneció callada en aquella estación policial.

Esa misma noche, Eugene Bianco se armó con una escopeta recortada y su revólver colt 45. Se subió por última vez a su Chevrolet modelo añejo que funcionaba a duras penas y cruzó la ciudad hasta llegar a la mansión del alcalde John Santoro. Ahí mostró su placa policial para que lo dejaran cruzar el perímetro de seguridad. Meterse en la misma casa fue más difícil. Cuando lo iban a despojar de sus armas, cruzó tiros con dos guardaespaldas del alcalde. Traspuso la puerta y se encontró con otros cuatro hombres bien

armados. Entonces recibió el primer balazo, en la parte baja del vientre. Dada su costumbre de soportar dolores por largos tiempos, pudo seguir avanzando casi sin sentir que había sido herido. Despachó a quien le disparó y a otro guardaespaldas más. Subió las escaleras principales dispuesto a revisar cada una de las habitaciones de la casa si era necesario. En el pasillo principal lo recibieron otros cinco hombres armados que poco tuvieron que hacer con la buena puntería y férrea determinación de Bianco, todos cayeron bajo el fuego, primero, de la escopeta recortada y, después, del colt 45. Pero él salió con otra bala alojada en su cuerpo, en la espalda, cerca de la columna vertebral. Ahora caminaba arrastrando un pie, lastimosamente. Necesitaba coronar ese caso con una respuesta, el caso de la mujer desnuda y callada. Dos habitaciones en las que entró estaban vacías más allá de sus muebles de

maderas barnizadas, cortinas blancas y sobrecamas de lino. En la tercera habitación, encontró a la muda y murmuró, antes de ser sorprendido por el disparo que segaría definitivamente su vida, más o menos estas palabras:

—Yo estaba en lo cierto.

Murió con la sensación de haber cerrado un círculo.

Dos horas antes, Romeo Jules y Eugene Bianco se habían encontrado en un bar cercano a la comisaría como lo hacían habitualmente, media botella de güisqui entre ellos. Para Bianco, era obvio lo que había ocurrido. Jules no estaba tan seguro y trató de ser claro al respecto.

—Bianco —dijo Jules—, ¿te acuerdas de la Bizca Rose, la chica que conocimos en el restaurante de Billy?

—¿La que te llevaste a la cama el mismo día en que te guiñó el ojo por primera vez?

—¡Sí, ella, la Bizca Rose!

—¿Qué con ella?

—Bueno, no podrás negar que era un caramelo, es decir, si no te preocupa que sus ojos bailen en las cuencas como bolas metálicas de pinball, ¿verdad?

Bianco no cedió al encanto de la broma y le pidió a Romeo que continuara.

—Bien, pues pasamos una noche de ensueño y desperté en sus brazos y lo primero que me dijo, cuando desayunábamos en la cama, cafés, tostadas, huevos estrellados, fue que se había ido conmigo porque le parecía la viva imagen de Tony Curtis.

—¿Tony Curtis? Más bien te pareces a Stan Laurel.

—Sin duda, sin duda —concedió Jules—. Es lo mismo que le dije, que yo solo me parecía a Tony Curtis en que ambos teníamos dos piernas, dos brazos y nada más.

Pero no la logré convencer. Insistía en que mi sonrisa era idéntica a la de Curtis en Mala hierba, y que éramos algo así como hermanos gemelos. Y yo que no. Hasta que me cansé de ir contracorriente y me dije: si para ella soy Tony Curtis, pues pues ya no depende de mí. ¿Comprendes?

—¿Quieres decir que aceptas cualquier cosa con tal de tener sexo, Jules? ¿Eso es?—contestó Bianco sin cambiar su expresión.

—No exactamente.

—Romeo, si la Bizca Rose hubiera creído que eras Robert Mitchum o, incluso, por qué no, Marilyn Monroe, tú habrías preguntado de qué color debías teñirte el cabello, porque las piernas de la bizca, señor, estaban de locura, hombre, por qué más.

—No, Bianco, no es eso —repuso Jules, ahora dejando entrever molestia.

Se quedaron en silencio. Dieron sendos sorbos a sus vasos.

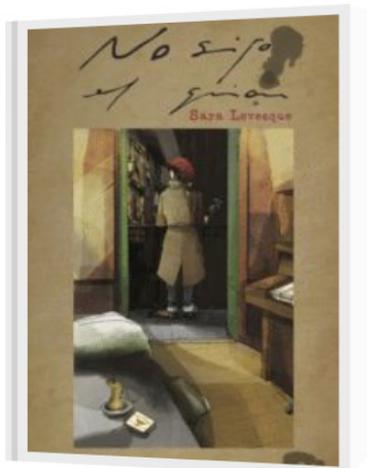
—Por supuesto que sé lo que quieres decir, chico. Pero no te voy a dar la razón. Tú sabes que John Santoro es a quien se refería la muda. Yo lo sé también, pero si en algo somos diferentes es en que yo no me quedaré con los brazos cruzados. ¿Entendido, muchacho?

Lo que quiso decir Eugene Bianco es que no volvería a quedarse con los brazos cruzados como cuando su madre desapareció. Pero Jules creyó que debía volver al ataque. —Con lo que ella escribió, podríamos acusar a una cuarta parte de los habitantes del estado de Wisconsin: ¡hay demasiados Johns a los que investigar, Bianco!

No hay nada que hacer, detective. No hay ninguna prueba que se pueda usar. El caso está cerrado. O mejor, nunca fue un caso verdadero. No por Santoro, sino por la sensatez con que funciona el mundo, Bianco.

—¿La sensatez con que funciona el mundo?—pensó Eugene—Con la suficiente dosis de convicción, el mundo no tendrá sorpresas para mí, cobarde.

Y fue después de esto que se armó con su escopeta recortada y su colt 45.



Narrativa



Debajo de esta ropa

Gabriela Quintana

I

Un movimiento eléctrico recorre los dedos de mi mano derecha. Por alguna extraña razón no percibo el resto de mi cuerpo, solo esta sensación involuntaria que se propaga como un cosquilleo desde mis uñas hasta mi hombro. Respiro profundamente y advierto un fuerte hedor a humedad, quizá a tierra mojada, a moho.

Comienzo a sentir un dolor punzante en mis piernas, el cual se va quitando poco a poco para dar paso a un frío que me llega hasta los huesos. Aún continúo sin poder moverme, y no comprendo por qué. El sueño me sigue pesando acompañado de un cansancio extenuante. Realmente siento unas ganas de seguir reposando, no me preocupa nada en este momento. A pesar del estupor, mi mente vagabunda y confundida se dispone a recordar. Con los ojos cerrados, mi memoria repasa los últimos sucesos...

II

No olvido el día en que había llegado a la oficina antes que todos los ejecutivos. No obstante, me pareció ver el auto de Mateo aparcado al fondo de la explanada. Era inusual que llegara a esa hora. Llegué al tercer piso del edificio y me instalé en mi escritorio. Di un vistazo alrededor y solo divisé a la secretaria de mi jefe ordenando unos documentos. Era un piso generalmente limpio, lleno de cubículos ocupados por gente de distintas áreas. Una alfombra gris y cuadros coloridos colgaban de las paredes. Aún podía disfrutar de la calma de la mañana, por lo cual decidí ir a por un café. Al atravesar el salón observé que mi colega aún no llegaba a su oficina.

De vuelta a mi escritorio encontré una nota. Era Mateo que me invitaba a cenar, sería la tercera ocasión que saldríamos. Estaba leyendo cuando alguien me habló y mi cuerpo se

sacudió del sobresalto. «¡Cecilia! ¿Puedo hablar contigo un momento?» — mi jefe me llamó con voz muy seca. Se encaminaba a la sala de juntas.

Cuando llegué, ahí estaba sentado Mateo junto con otra compañera. Mi jefe comenzó diciendo que el Consejo Administrativo de la compañía solicitaba un nuevo proyecto. Aquel que presentara el mejor sería el responsable de su aplicación tanto en el país como en los otros dos en los que tenía representación. Mateo y yo nos miramos a los ojos con un brillo desafiante. La otra chica no tendría tiempo de liderar un proyecto puesto que corría el rumor de un embarazo, detalle que mi jefe aún desconocía. Por lo tanto, solo tenía un contrincante.

Esa tarde me encerré en mi oficina y comencé a trabajar en el proyecto echando mano de toda creatividad posible. Al final de la jornada, guardé los

documentos en mi maletín y archivos en mi computadora para continuar revisándolos en casa, y me marché. Cuando me iba, vi que Mateo aún seguía trabajando en su oficina. Me acerqué a hablarle. Al llegar al umbral de su puerta advertí que hizo ademán de esconder varias cosas y su mano temblaba.

—Ya me iba, pero quiero decirte algo... en vista del reto que tenemos, es mejor que no salgamos a cenar —dije.

—No veo razón de cancelar, podemos pasar una buena velada.

—Mmm... estaré ocupada trabajando. El plazo que nos dieron es muy corto.

—Como tú quieras, entonces, lo dejamos para otra ocasión.

—Bien... hasta mañana.

III

Siento otra vez un cansancio que me abrumba, y vuelvo a percibir este movimiento eléctrico ahora viniendo de mi pie derecho. Me siento cansada. Aún sigo con los ojos cerrados y continuo recordando...

Pasaron los días y me percaté de que Mateo casi no me hablaba, incluso tratándose de asuntos de trabajo. Reparé durante ese tiempo en que iba con el jefe más seguido y llegaba antes que nadie a las reuniones. Parecía que el director delegaba más trabajo en él que en mí o la otra chica. No me avisaban hasta el último momento sobre una junta de trabajo. Entonces puse pausa momentánea a mi proyecto y me dediqué a buscar más clientes para cerrar jugosos contratos. De alguna manera sentía que me estaban excluyendo.

Así que reactivé todo: llamadas, entregas, citas, en fin, todo se agilizaba a

mi alrededor. En cuanto logré cerrar dos nuevos negocios, retomé mi proyecto. Pensé que aquello pasaría desapercibido hasta que me llegó un correo electrónico. Mi jefe me felicitaba por las nuevas cuentas. Volvía a estar en el ojo del huracán y me congratulé.

Todo parecía marchar bien. Mi proyecto avanzaba y estaba segura de que ganaría. De pronto, una mañana, para mi sorpresa llegó Mateo a verme mientras estaba en una llamada detrás de mi escritorio. Colgué y me le quedé viendo sin decir palabra. «Me debes una cita» —dijo. Me sumí en mi asiento y palidecí. ¿Qué se proponía? ¿Quería sacarme información bajo el influjo de una cita romántica? —pensé.

—No hablaremos de trabajo, te lo prometo —añadió con mucha seguridad en su voz.

—¡Vaya! Pero hoy no puedo, esta noche terminaré mi proyecto.

—¡Estupendo! Entonces que sea mañana. En viernes, mejor.

—Está bien.

Esa noche el café me acompañó como un amigo fiel hasta la madrugada cuando por fin terminé el cometido, pese a que mi mente divagaba mucho con la cita. Me inquietaba que intentara robarme algunas ideas. En fin, tendría que verme firme y prudente.

IV



Llegó el día. Mateo tenía que visitar unos clientes por la tarde, de manera que, durante su llamada, acordamos encontrarnos en un punto relativamente cerca de la empresa. Ahí dejaríamos su auto en el estacionamiento de un centro comercial y seguiríamos en el mío hasta un restaurante.

Durante la cena se portó de lo más encantador. Abrió una botella de vino, y recordamos nuestra última cita. Reímos un buen rato. Me sentí relajada con el vino y en su compañía. Volví a sentir la misma confianza de antes.

Fue una cena corta y más personal de lo que me esperaba.

Nos subimos a mi auto. Esta vez fue él quien condujo. Proseguimos por la misma avenida de vuelta al lugar donde dejamos el suyo. De repente giró hacia

una callejuela un poco más adelante del estacionamiento, la cual terminaba unos cuantos metros después y de ahí el camino continuaba en terracería. Me dijo que al final de este llegaríamos a una colina desde donde me mostraría un impactante panorama de la ciudad.

Dejé mi bolso y me bajé del auto. Pude comprobar que la vista era espectacular: se apreciaba un enjambre de luces destellantes por todo el horizonte. Observaba todo lo maravilloso que alcanzaban a ver mis ojos, cuando un dolor me empezó a oprimir el pecho. Sentí que me costaba respirar. Comencé a advertir un escalofrío por todo mi cuerpo y, un sueño pesado me invadió. Como si me hubiera tomado algún medicamento. Le dije: Mateo, me siento mareada. Y me desvanecí.

De pronto ya no puedo recordar más... Siento dolor en la cabeza, como de un golpe. Abro los ojos y todo está oscuro. ¿Qué me está pasando? No puedo moverme. No sé dónde estoy. Recorro con mis manos el lugar. Grito como loca al darme cuenta de que estoy encerrada. Con toda la fuerza de mis puños golpeo todo hasta que me duelen las manos y comienzo a llorar. Tengo ganas de vomitar. ¿Qué sucede? Siento que me va a explotar la cabeza. Sigo gritando y se me corta la voz con el llanto. ¡Dios mío, por qué! No quiero morir aquí. Me percaté de que estoy en un ataúd.

Empiezo a gritar enloquecedoramente, pero nadie parece escucharme. Doy de golpes a los costados y por encima; intento tocarme las piernas y pies. Con movimientos erráticos, poco a poco tomo consciencia de mi cuerpo. Recorro con mis manos cada parte. Un llanto histérico se apodera de mí. Arranco todo cuanto puedo alrededor con un frenesí incontrolable. Es entonces cuando siento que me estoy quedando sin aire. Toso. Mi saliva se me atraganta. Intento controlarme y apaciguar mi alterado ritmo cardíaco o de lo contrario moriré de asfixia. No sé cuánto tiempo pasó hasta que mis esfuerzos y mis nervios me cansaron. Así que vuelvo a romper en llanto por la sola certeza de saberme enterrada viva. No

recuerdo nada más, ni cómo he llegado hasta aquí. ¿Bajo qué condiciones y motivos pudieron haber cometido esta locura? ¿Quién lo hizo? Trato de controlarme respirando pausadamente y evitando que mi corazón se acelere de nuevo. ¿Cuántas horas llevaré aquí encerrada? y ¿cómo haré para salir de aquí?, me pregunto con terror y angustia. Lentamente logro mover mis pies y piernas. Mi delgadez me permite doblar un poco las rodillas sin golpearme contra la caja.

Me doy cuenta de que llevo puesta la ropa del último día del cual tengo memoria, un pantalón de lino con su chaqueta. Y recuerdo haber ido únicamente al trabajo. Solo llamadas, almuerzo en la empresa. De ahí poco a poco me van llegando los últimos detalles: ¡Mateo!

Reviso a medida de lo posible con movimientos lentos y calculados las pertenencias con las que me han enterrado y descubro que aún traía puesto mi reloj en la muñeca. Aquel

objeto de joyería emite una pequeña luz que me muestra con dificultad los límites de la caja, de manera que la enciendo con intermitencia para evitar consumir rápido la batería. Estoy temblando, mi paciencia se extingue como el oxígeno y solo me queda pensar cómo haré para salir de ahí. Encuentro con un poco de astucia y luz una cerradura cerca de la cabeza, pero está atorada o tiene el pestillo puesto. De niña había asistido a campamentos de verano y me habían adiestrado con ciertas técnicas de supervivencia, pero definitivamente no estaba preparada para esta en especial. Me retiro los aretes que aún tengo puestos y con la punta trato de empujar sobre los canales de la cerradura de tal

manera que logre desarmarla. No funciona. Entonces, intento quitarme el sostén, las copas están provistas en su interior de un reforzamiento metálico que me puede servir para empujar el pestillo, o bien utilizar el ganchito de la cremallera a modo de destornillador. Intenté muchas veces hasta que se me entumecieron los dedos. Me entró un letargo otra vez. Descansé.

Quedaba poca luz de mi reloj, pero todavía así volví a intentar, armándome de paciencia. No tenía muchas opciones. Después de un rato lo logré. No obstante, abrir la pequeña tapa dejaría al descubierto un hueco que permitiría caer un cúmulo de tierra sobre mi rostro.

Tengo que calcular muy bien mis movimientos con el reducido espacio con el que cuento. Resuelvo girarme para quedar boca abajo y con la cabeza empujar hacia arriba fuertemente la pequeña tapa. El solo hecho de voltearme hace que todo mi cuerpo se reanime, que la sangre fluya de la cabeza a los pies con más vitalidad a pesar de ese extraño letargo. Comienzo a sentir un tremendo dolor de cabeza y mi estómago me ruge recordándome el juego infame de mis jugos gástricos.

Lo último que mi mente trae a la memoria es estar con Mateo en el peñasco, de ahí todo me comienza a dar vueltas como si me hubiera alcoholizado o drogado. Ahora debo poner todo mi empeño en levantar la tapa y aún cubierta toda de tierra veré la forma de sacar un brazo y abrir el resto de la caja.

Nada sucede como planeo a dos metros bajo tierra o más. No solo me caen tierra y gusanos, también piedras, palos y un hueso de otro entierro contiguo. Estiro mi brazo derecho para alcanzar a sacarlo por la pequeña abertura mientras remuevo la tierra y demás cosas hacia el interior del ataúd, hacia mis piernas, de modo que pueda liberar espacio para mi brazo. Por fin alcanzo el pestillo de la caja, pero no logro abrirlo, mis fuerzas aún no son suficientes y necesito un nuevo empuje. Trato de mover mis rodillas hacia delante y con esto siento que se mueve toda la tierra alrededor de la caja. Esta se asienta aún más. Empiezo a temblar otra vez, grito con mocos y lágrimas en los ojos, pero continúo con la certeza de que saldré de allí, cueste lo que cueste.

Es entonces cuando llega a mi mente la imagen de mis padres. ¿Dónde están?, mi hogar, mis hermanos, mi trabajo, mi proyecto! Lo había dejado en la oficina. Faltaban uno o dos días más para entregarlo, y es justo ahora cuando comprendo todo. Comprendo a Mateo.

V

Con varios movimientos y fuerza de voluntad logro abrir la caja rasgándome el brazo, que empieza a sangrar, pero no le doy importancia. Como planta germinando voy escalando entre la tierra para ver la luz del sol, o el reflejo de la luna, ya que he perdido toda noción del tiempo. Saco la cabeza y respiro de manera frenética mientras voy sacando todo mi cuerpo. Limpiándome el rostro observo que no hay nadie alrededor y me encuentro sola, en el cementerio. Camino casi arrastrándome a pedir auxilio con mis ropas raídas y mugrientas. Mis piernas estaban entumecidas, tiesas. Debido a mis gritos acudió el vigilante, a quien le causé un gran espasmo por el gesto dibujado en su rostro; durante un largo momento se quedó sin habla. Reanimé mi cuerpo para que circulara mejor la sangre y, una vez recuperado el aliento, me dirigí a casa. Busqué la llave de emergencia que solía esconder y encontré el sitio todo revuelto. Levanté mi cama, en el interior, en una de tantas cajas guardaba, un arma para protección. La coloqué en mi bolso. Aún no consigo salir de la conmoción, y no me comunico con mis familiares ni con nadie de la oficina. El cuerpo lo siento pesado, débil.

Me dirijo al apartamento de Mateo. El edificio lo percibo más sombrío que de costumbre o quizá mi vista

estaba todavía azorada de tanta oscuridad. Subo las escaleras hasta el segundo piso, respiro profundo y toco a la puerta. Empiezo a sentir un escozor en el estómago, tengo ganas de descargar toda esta furia contenida de un solo impacto. Un grito seco y grave se escucha desde el otro lado del umbral. ¡Un momento! Escucho sus pasos dirigirse hacia la entrada. Abre la puerta....

El rostro de Mateo, estupefacto, clava sus ojos en mí sin parpadear, observo la palidez y turbación de su mirada. La sangre, palpitante, me hierve a través de las venas cuando levanto el puño con el arma... Ahora estaba petrificado.

La tos me asfixia, me cuesta mucho trabajo respirar, no siento mis piernas, y me atraganto con la saliva. Parece que mis pulmones se contraen. Deseo gritar, pero ya no puedo. De todas maneras, nadie me escucha. Probablemente se está terminando el oxígeno. Golpeo con mis manos y pies todo a mi alrededor. Me estoy asfixiando en este ataúd... ¡Por favor, auxilio! Espero que un día alguien escuche esta grabación en mi móvil.

POESÍA

Naufragio colectivo

Dory Lansorena

Dicen que volveremos cambiados de este naufragio colectivo después de ahogar ajenas ofrendas en gratuitas caricias, abrazaremos el perdón y dibujaremos amor sin rodillas nuestros labios dejarán de disfrutar vacíos de nostálgicos besos y los hilos rojos entrelazados de miradas sin lluvias abrirán puños cerrados de venideras hogueras apagadas en la pandemia dormida de pánicos que acuchillan.



Cuentan que no sepultaremos los besos de amistad ni los abrazos de cariño que siempre hemos ofrendado sin pensar, recordaremos todo aquello que poco a poco perdimos reiremos conectados besos de corazones esperanzados y bailaremos bajo las tormentas de arcoíris de futuro, no habrá más versos olvidados en esquinas de pánico porque volverán los abrazos y caricias de luz en nuestros identitarios faros.

Dory Lansorena es una relaciones públicas, animadora socio-cultural, ferroviaria y escritora, además de periodista, que ha publicado varios libros de poesía: *Laberinto de Pasiones* (2016) y *Soñador de Nubes* (2018); cuentos infantiles como *El viaje de Luna a Mundolettras —Un lugar lleno de magia—* (2018) y *La Búsqueda de Faylinn* (2019); y ha participado en diferentes antologías, como *Versos del corazón* (2014), *Versos Descubiertos* (2018)) o *Antología Poética Leibros* (2019), entre otros.

Además, uno de sus versos decora un paso de peatones en una calle de Madrid. Concurso realizado por el Ayuntamiento de Madrid bajo la iniciativa «Versos al paso». También colabora en «Fórmula hit Castellón», y dirige y presenta el programa de radio «El refugio de Calíope» en Casares Irratia.



Repensando el olvido

Aurea L. Lamela



Áurea L. Lamela (Lugo, 1959) es psiquiatra y escribe novela policiaca. Ha publicado cuatro novelas: *Nadie Sabía* (2012, Eride), *Buena gente* (2014, Eride), *Sin criterio* (2016, Eride), y *Red de sombras* (2018, Estudio ediciones). Se desarrollan en una ciudad de provincias tan apacible desde fuera como convulsa por dentro. Desde una ciudad así, ejerce su profesión y colabora ocasionalmente en diferentes medios con poesía, ensayos y relatos. Una venganza improvisada está en la editorial en el proceso de publicación, con Esstudio Ediciones. Será la quinta novela que publica con sus principales protagonistas: el inspector Zalo Alonso, la forense Carmela Archer, y los agentes Emilio Gómez y Pablo López. Y cómo no, con Sara, la mujer del inspector, médica y una lectora empedernida de novela policiaca.

Deseo que recibas esta carta aunque ya no tenga nada que decirte.
O decir que llovía a mares, pero alguien paró la lluvia.
O que fueron muchos años intentando ver cómo era todo
Ver cómo lo veía
Sin que hubiera nada en el horizonte.
Cualquier idea, un nubarrón gris oscuro, la ensombrecía.
El desinterés de la noche
Dejo de despertar con expectativas
Pueden ser crueles para continuar el día a día.
Y así mejor, quitar importancia a las presencias ausentes
Vivir con ellas, como si no fuera la inexistencia de la muerte.
Nada más. No sabía que obviar el anhelo era una forma de sobrevivir.
Y hablábamos en silencio y nos hacíamos saber que había que sonreír y mirar
Escuchar sin una palabra de más.

Zapateando emociones

Dory Lansorena

No sé qué siento chiquilla
que todo mi ser se enardece
cuando tu alma flamenca
con emoción se estremece

Mi pobre corazón se encoje
cuando tus desplantes suenan
con esa fuerza que esconde
la melodía que tus pies emplean.

No sé qué tienes mujer
que estoy varado en tu mar
que el pellizco de tu arte
me induce a naufragar

Mi alma siente tu orgullo
envuelta en mil sentires
que con gracia y ricos matices
expresa pasión e imita al arrullo.

Nunca imaginé que tu duende
viajando entre volantes
con gestos de melódico embrujo
moldearan el trance a su antojo.

Zer da sentitzen duzuna, bihotza
pozkida sortzen didana
bozkarioa zulatzen didana
zure neurriko grinaz, gozatu izana.

No sé qué siento chiquilla
que todo mi ser se enardece
cuando tu carga flamenca
con magia y encanto florece



Deseo que recibas esta carta

Aurea L. Lamela

El firme compromiso de no sugerir abandono, la palabra excluída.

Hay cosas que no se dicen, ¿verdad?

Qué difícil. No se puede no comunicar.

Tal vez alguien, ya no yo misma, te haga recordar que has estado, que existes.

¿Una carta?

No sé si es lo más recomendable cuando la soledad no te abruma.

Qué paradójico querer decir que no tengo nada que decir

Como una buena tertulia.

Que no se transforme en venganza la niebla.

Que solo pretenda recordar que la soberbia no merece la pena.

Ninguno fue un héroe ni por ser ni por padecer. Estuvieron.

No fuimos, existimos.

Recorríamos la vida a medio camino

Pero alguien paró la lluvia por la tarde.

Ya no busco el pasado en las calles.



RESEÑAS

Libelo de sangre

Autora: Sandra Aza

Ramón Villa

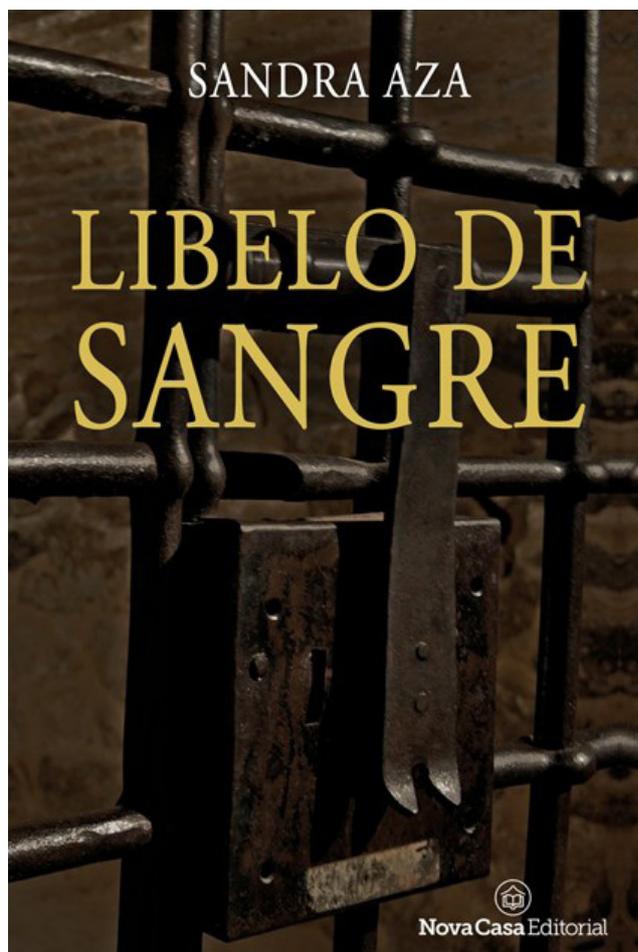
La sinopsis nos dice...

Madrid, invierno de 1620. La felicidad del matrimonio formado por Sebastián Castro, un reputado escribano de la Villa, y Margarita Carvajal se tambalea cuando ambos se convierten en los principales sospechosos de un *libelo de sangre*: querrelas que culpan a los judíos de sacrificar a niños cristianos para recolectar su sangre y cuya jurisdicción compete a la Santa Inquisición.

Con la hoguera cerniéndose sobre ellos, su hijo Alonso, un muchacho de trece años, inicia la búsqueda desesperada de un modo de salvarlos, propósito que lo arranca de su cálida existencia y le muestra las hieles de la vida.

Pese a todo, tres faros prenden luz en las umbrías de su infortunio: amistad, esperanza y un sueño. La amistad se la brindan Juan y Antonio, dos pícaros vagabundos. La esperanza late en una bolsa llena de dinero que parece manejar los hilos del destino. Y el sueño le aguarda en la universidad, donde planea estudiar Leyes, convertirse en abogado y ejercer un derecho capaz de impedir que personas inocentes como sus padres sufran los rigores de la injusticia. *Libelo de sangre* es una fascinante historia de amor y amistad ambientada en el Madrid del Siglo de Oro, una vibrante pero sombría época en la que, mientras la fe en Dios encendía corazones, los delitos contra ella encendían hogueras.

El otro día leí en las RRSS. la siguiente pregunta:





¿Como te sientes cuando acabas un libro que te ha gustado mucho? Hubo muchas respuestas. Recuerdo que un compañero decía que: ¡No podía leer nada, e iniciaba un duelo por el libro recién terminado! Y otro nos decía que: ¡El libro le había dejado un vacío enorme!

Al acabar "*Libelo de Sangre*" de Sandra Aza puedo afirmar que: ¡Estoy de duelo, llevaré luto, y mi vacío es del tamaño del cráter del Ngorongoro!

Creo que me encuentro ante una de las mejores novelas históricas, de las que he leído en el año, y van más de cincuenta.

En su primera novela, Sandra ha demostrado saber desarrollar una historia con cuatro características, de ahí mi imagen con cuatro portadas del libro, a saber:

- 1º Rigor Histórico: Su descripción del Madrid de 1620 es soberbia y rigurosa por: su costumbrismo, descripción de vías, plazas, edificios, mentideros, oficios, vestimenta, alimentación, etc. Sus descripciones nos hacen sentir todo lo que va desgranando. El día que lo relea, lo

haré con un plano de Madrid de principio del siglo XVII, para ir marcando recorridos y disfrutar, más y mejor, del conocimiento matritense que demuestra la autora.

- 2º Narrativa y lenguaje: Nos trasladamos al Siglo de Oro, con una riqueza de vocablos, frases hechas y expresiones coloquiales que parecen escritas por los clásicos de nuestro Siglo de Oro; al final del libro, puedo tratar a todo el mundo de «voacé», y decirle a quien me lleva la contraria que: ¡Demando que retiréis lo dicho, o me ocuparé de que la parca os visite y aseguro, que vuestra a merced, no os gustará!

- 3º Intriga, misterio y suspense. La autora traza magistralmente una historia muy verosímil —que pudo haber ocurrido a la perfección—, manejando los tiempos con solvencia y manteniendo al lector pegado al libro, página a página. Me ocurrió, eso tan comentado: ¡Lo puedo dejar cuando quiera, solo voy a leer un capítulo más! —por favor que sea largo—. Muchas veces no encontraba el

Foto: EMILIA BRANDAO

SANDRA AZA

Es abogada y ejerció el derecho durante años antes de tomar nuevos rumbos que alejaron sus pasos de los tribunales.

Aunque es una apasionada de la historia y una enamorada de Madrid, siempre dedicó sus letras a redactar escritos judiciales. *Libelo de sangre* es su primera novela y el resultado de una singladura que ya tiene un largo camino tras de sí y que hoy por fin ha tocado puerto.

momento de dejar la intriga. Es de los libros que te apodera, obliga y fuerza a seguir y seguir.

- 4º Lección de Derecho Procesal Inquisitorial. Asistimos a una «clase magistral» de cómo se desarrolla un procedimiento al abrir, la Inquisición, un expediente por herejía. La autora pone en boca de los magistrados, fiscales, comisarios y demás intervinientes en el proceso discusiones sobre cómo actuar de acuerdo a la ley y evitar la nulidad de sus actos.

Me fascinó cómo nos describe y desarrolla el rollo del procedimiento, y como queda todo documentado por escribanos de público y de secreto.

Con esta cuatro patas, Sandra monta una historia inolvidable, y que augura una carrera literaria exitosa. No se construye, por azar, en tu primera novela, una historia tan solvente, entretenida, emocionante y que te ilustre a la vez que te diviertes con muchas ironías muy castizas.

El final de la novela queda abierto, por lo tanto, espero que no se demore la continuación.

Divinas en apuros

Autora: Irene Blázquez

Miguel Ángel Oliver

La sinopsis nos dice...

¿Te gusta leer? Divinas en apuros es la primera parte de dos libros. Es un libro adictivo, divertido y con preciosas historias de amor. Las divinas son seis amigas de caracteres muy diferentes. Lucía es impulsiva y decidida. Elisa es reflexiva y sensata. Luna es fría y despreocupada. Vanesa es insegura y bondadosa. Megan es rápida e irónica. Teresa es una princesa y tiene una coraza. Juntas se complementan a la perfección porque cada una aporta algo diferente. Les une el valor de la amistad y juntas pueden con todo. Todas guardan una maravillosa e intrigante historia que te cautivará hasta la última página. Junto a las divinas tendrás todo tipo de sentimientos y sensaciones: llorarás, te enamorarás, te reirás, te identificarás... ¿Qué divina eres tú?

IRENE BLÁZQUEZ

DIVINAS
EN
APUROS

¿QUÉ DIVINA ERES TÚ?



Ilustración: María Molines

Miguel Ángel Oliver Suárez. Guardia civil de profesión y ex militar, participó en una misión en Kosovo y nutre sus textos de los conocimientos que ha obtenido por su labor profesional tras haber vivido en Madrid, Barcelona, Bilbao, Navarra y finalmente en su Asturias natal.

Amante de las letras, de autores como Gabriel García Márquez, Carlos Ruíz Zafón, y de novela negra y terror como Stephen King.



Opinión

Sin duda alguna, *Divinas en apuros* es una novela dirigida a un público femenino con la que los hombres también pueden disfrutar.

Es más, creo que sería incluso recomendable pues, como a todo el mundo le ha pasado, si eres hombre te gustaría tener un manual de instrucciones para entender a las mujeres y, si eres mujer, uno para entender al género masculino. Pues con esta novela las mujeres pueden entenderse un poco más, adentrarse en la manera de vivir el amor, la amistad y el sexo de otras mujeres. Para los hombres es un manual para entender a seis mujeres totalmente distintas, pero que se complementan de tal manera que su amistad las lleva a unir de tal estrechamente, que parecen incapaces de entender la vida las unas sin las otras.

Si los hombres se preguntan si las mujeres hablan de sexo tan abiertamente entre ellas como lo hacen ellos, en estas páginas encontrareis la respuesta.

Irene Blázquez nos presenta su primera obra con una manera de escribir amena, divertida y capaz de hacer que amemos a algunos personajes y que odiemos a otros. Si bien en algunas pequeñas cosas se nota que es escritora novel, en su manera de escribir descubrimos que tiene madera, sabe contar bien una historia y que podemos esperar grandes cosas de ella.

Tan solo os adelanto una cosa, Megan Maxwell tiene competencia.

¿Hay una segunda parte en proyecto? ¿De verdad?

Pues en «Algo para leer» estamos impacientes de recibirla cuando vea la luz.

Nos robaron los «te quiero»

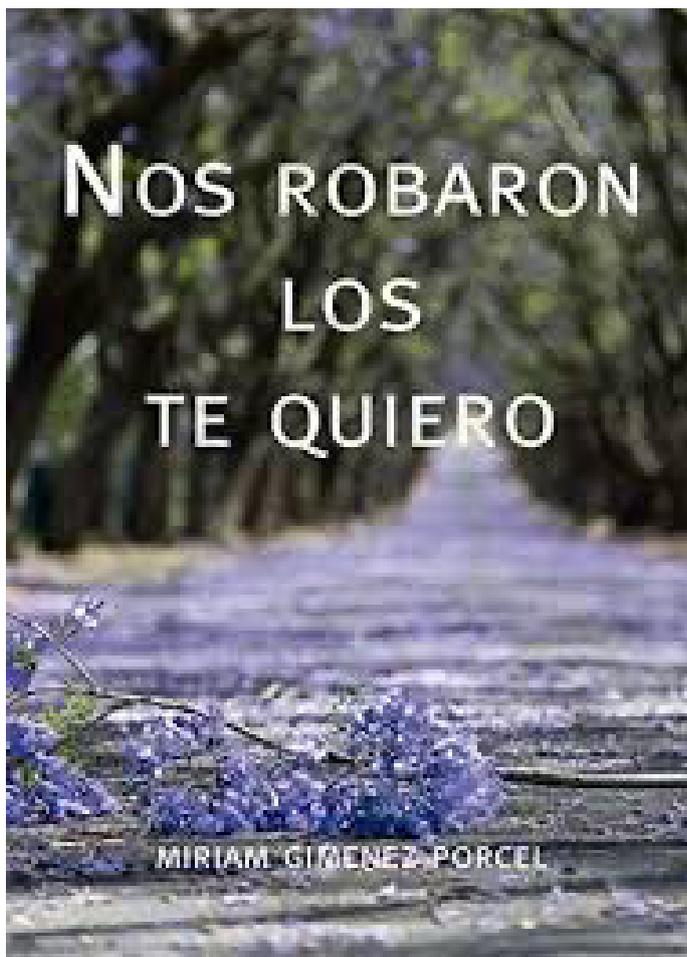
Autora: Miriam Giménez Porcel

Miguel Ángel Oliver

Han de pasar unos pocos capítulos para empezar a leer la historia de Francisca e Isabel, para descubrir que Miriam Gimenez Porcel se ha puesto su traje de Jane Austin del Siglo XXI. Es en estos capítulos donde encontramos la parte más romántica con la historia de ese amor secreto que esconde Isabel, escrito de manera que se hace ameno ir descubriendo los entresijos que se esconden en esas páginas sobre aquel viejo Madrid.

Es tras esto que esa historia de amor se convierte en pesadilla, tras quedarse embarazada Isabel, madre de Tessa, la protagonista, la familia de su amado le roba a su hijo y las manda de nuevo a ella y a Francisca a su Murcia natal a morir en vida.

Treinta años después, Tessa con ayuda de su novio tratará de hacer justicia y encontrar a esa hermana que no conoce.



La autora nos presenta unos personajes, tanto los antiguos como los contemporáneos, reales, creíbles y los cuales podemos identificar con algunas personas que todos podemos conocer. La novela está bien escrita con un lenguaje cuidado y, si buscamos algún defecto, serían algunos diálogos de escritora novel con poco ya que aprender, con mucho oficio y ganas de superarse. Una cosa está clara, tras leer Nos robaron los te quiero, podemos esperar grandes cosas de esta autora pues domina el arte narrativo de tal manera, que es capaz de jugar con el romanticismo, el drama y el thriller para crear una historia magnífica.

Una novela negra con tintes de romanticismo a la que no le faltas de nada.

Más allá del ABP

Autor: Pablo J. Díaz Tenza

Miguel Ángel Oliver

Con una lectura amena, fácil y que ayuda a comprender el funcionamiento de la educación a quienes no pertenecen a ese mundillo, así como a resolver dudas, con este libro emprendemos junto a Pablo J. Díaz Tenza un viaje desde la infancia hasta los años de universidad, desentrañando los misterios de los distintos tipos de aprendizaje y métodos de enseñanza.

Por ejemplo, a los padres de esos niños nacidos en esta época de tecnología, donde internet, redes sociales y todo tipo de herramientas digitales se nos antojan como el futuro de la educación de nuestros hijos.

Se trata de un texto escrito para ayudar a profesores y educadores, pero también dirigidos a alumnos y padres de alumnos para entender las dicotomías y procesos de enseñanza y aprendizaje empleados por los maestros, acercando a todas las personas su mundo y su labor.

Pablo Díaz nos lleva más allá del Aprendizaje Basado en Proyectos, una metodología que enseña a pensar, a indagar y a alejarse de una manera de estudiar estática y aburrida. También podremos conocer la educación transdisciplinaria, sus pros y sus contras, como afectan las nuevas tecnologías y si deben o no incorporarse al aula, que es la metacognición...

A fin de cuentas, Más allá del ABP nos lleva a conocer una nueva forma de enseñanza, alejada de la educación tradicional, una educación que avanza al ritmo que avanza la sociedad.



El alma está en el cerebro

Autor: Eduardo Punset

Dani A. Díaz

Desde tiempos inmemoriales el hombre ha sentido fascinación por el cerebro y su complejo funcionamiento. Científicos, filósofos, artistas y pensadores de todas las épocas se han sumergido en este misterio y han intentado dar respuesta a preguntas como ¿nos engañan nuestros sentidos?, ¿de qué depende la creatividad? o ¿tenemos el mismo cerebro que nuestros antepasados? Este libro es una apasionante aproximación a las reflexiones sobre el cerebro de los mejores y más relevantes científicos de la historia y un viaje, de la mano de Eduardo Punset, a las profundidades del inagotable secreto que es ese órgano esencial del cuerpo humano.

Opinión

El tristemente desaparecido Eduardo Punset, uno de esos políticos con mayúsculas que ha gestado la Transición Española, nos propone un viaje fascinante al interior de este órgano que ejerce de almacén y transmisor de nuestros conocimientos, emociones, sentimientos y experiencias.

Se basa para ello en numerosos testimonios de eminentes profesores, sociólogos y neurólogos pertenecientes a prestigiosos departamentos y universidades, la mayoría de los cuales ejercieron de contertulios en el mítico programa «Redes» de TVE.

Los tecnicismos propios de la materia se suavizan merced al tono ameno y didacta del autor quien subraya los puntos clave y va planteando preguntas y juegos al lector para que este no pierda el hilo conductor. La adecuada estructura de los capítulos y epígrafes facilita la comprensión y el repaso una vez terminado el volumen.

Son muchos los puntos a abordar sobre un órgano capital que encierra secretos vitales sobre los que se lleva investigando durante décadas y que parece tener un potencial sin límites.

EDUARDO
PUNSET

EL ALMA ESTÁ
EN EL CEREBRO

Radiografía de la máquina de pensar



DESTINO Biblioteca REDES

(Dedicado a mi amigo Chus, un entusiasta de la divulgación científica)



Daniel A. Díaz. Licenciado en Economía y empleado de Banca desde 2001. Aunque su día a día profesional está alejado de las palabras, es un adicto a ellas, lo que le ha convertido en un voraz lector, que no alberga temor alguno a la diversidad de géneros.

La obra arranca con el paulatino desplazamiento del corazón como nido del alma en favor del cerebro. Aparecerá la brillante figura del doctor Oliver Sacks (Robin Williams en la película *Despertares*). Se plantearán interesantes temas de debate como el lavado de cerebro (el famoso ejemplo de los presos norteamericanos en Corea del Norte), la educación emocional, el mundo de los psicópatas, los placeres y desgracias de la imaginación, la inteligencia creativa, nuestras grietas en el uso de las matemáticas (y el tendencioso empleo de las mismas por parte de los medios informativos), el maravilloso mundo del lenguaje, la amenaza de la depresión como la enfermedad del siglo XXI, las claves para ser felices.

Y conoceremos un montón de teorías, síndromes, medicinas, procesos y ensayos: test de Rorschach, alodinia, reinervación, distonía, neuroprótesis, mielinización, el experimento Milgram, síndrome de Tourette, falacia del jugador, efecto ancla, desviación sesgada, regreso a la media, teoría de los cisnes negros, teorema de los cuatro colores, anumerismo, coeficiente de encefalización...En definitiva, insisto, un recorrido apasionante por nuestro interior, una zona con demasiados parajes por colonizar pero que la comunidad científica va descubriendo y roturando para que el ser humano se convierta en una criatura más plena, completa y feliz.

¡Gracias, maestro, por este hermoso regalo!

Homenaje a William Hope Hodgson

Dani A. Díaz

Haciendo zapping por la red me encontré con este cuadro asombroso que cautivó mis sentidos.

Para un profano en la materia resultará oscuro en el uso de la paleta y en su significado. Pero para los devotos del maestro del terror en la mar supone la esencia misma de su obra literaria: esas aguas amenazantes por terribles galernas o por la pavorosa quietud; esos sargazos que se pierden en el horizonte y que devoran derrelictos; esas extrañas criaturas que acechan a sus víctimas y que, de repente, asaltan las embarcaciones, especialmente los temidos kraken, pulpos de gigantescas dimensiones, voraces, crueles e inmisericordes.

Mi primera singladura por estos procelosos océanos me llevó a bordo de *Los botes del «Glen Carrig»*... ¡qué espeluznante travesía!

¡Aún no me creo haber sobrevivido a tantas y tan horribles catástrofes!

Pero en lugar de quedarme tranquilo en el interior algo bullía en mi alma que me lanzaba de nuevo en la búsqueda de aventuras terribles. Así me enrolé en el mítico "Mortzestus" para conocer de primera mano las diabluras de "Los piratas fantasmas".

El hechizo fue tal que una fiebre abrasadora se apoderó de mí y me impelía a seguir devorando con frenesí la obra del que, a la larga, se iba a convertir en uno de mis escritores "top cinco" sin discusión.

Llegó *La Casa en el confín de la Tierra* (disfrutada, si puede emplearse como paradoja ese verbo, en Finisterre). Completada la que se denominó como *Trilogía del Abismo*, era llegado el turno de los relatos cortos.

La prestigiosa y entrañable editorial Valdemar acudió (¡cómo no!) en mi ayuda ofreciendo una antología exquisita, y que es uno de los tesoros más valiosos de mi biblioteca: *Los mares grises sueñan con mi muerte* (baste señalar que este título de resonancias evocadoras es mi frase de perfil en el WhatsApp).

A continuación, acompañé al mítico detective esotérico Carnacki en la resolución de misteriosos casos que sembraban el desconcierto y el temor entre la asustadiza población. La guinda al sabroso pastel la aportaba *El Reino de la Noche*, una monumental fantasía futura y apocalíptica con los últimos humanos supervivientes refugiados en una pirámide perdida en la desolación planetaria.

¡Cuántas horas de calidad literaria, de gozoso entretenimiento y de emociones en ebullición me has regalado, maestro! Una verdadera lástima tu temprana desaparición en la Gran Guerra. Nos queda tu valioso y sublime legado que un cuadro magnífico y de extraño hechizo ha sabido resumirlo y ensalzarlo.

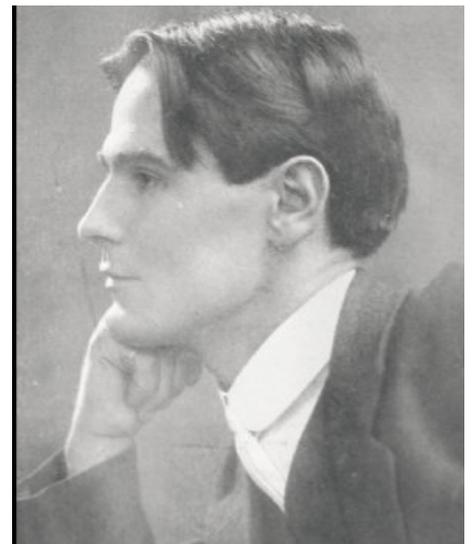
¡Gracias por todo, William Hope Hodgson!

William Hope Hodgson nació en 1877, en el condado de Essex, Gran Bretaña. Hijo de un clérigo, a los trece años se enroló en la marina mercante, por lo que tuvo la oportunidad de viajar por todo el mundo. Tras ocho años regresó a Inglaterra, donde trabajó como fotógrafo y profesor de gimnasia en una escuela de Blackburn. También se inició en la escritura publicando en 1905 su primer cuento *Un horror tropical*. Dos años más tarde vio publicada su primera novela *Los botes del «Glen Carrig»*, donde relata la experiencia de unos naufragos en el Mar de los Sargazos.

Pero su primera obra importante fue *La casa en el confín de la Tierra* (1908), a la que siguieron *Los piratas fantasmas* (1909) y *El Reino de la Noche* (1912), su novela más extensa.

Considerado uno de los precursores de la literatura moderna de terror y de ciencia ficción, Hodgson inspiró a grandes autores del género como H. P. Lovecraft.

En la Primera Guerra Mundial se alistó en el ejército británico y combatió en Francia hasta el día de su muerte a los cuarenta años, el 17 de abril de 1918, a causa de las heridas producidas por una granada



Reseña *Nazarí*

Autor: Mario Villén Lucena

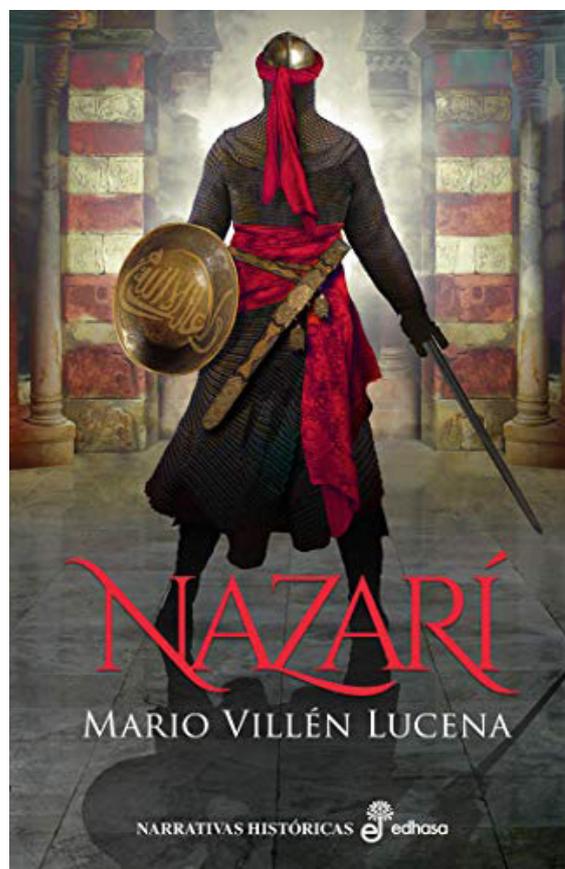
Jota Efe A



I Concurso de Reseñas de Novela Histórica

El día 6 de septiembre de 2020, el **grupo de Novela Histórica de Facebook** convocó el **I Concurso de Reseñas de Novela Histórica** para celebrar que el número de lectores y escritores que constituyen esta gran familia literaria ya contaba con «**30.000 miembros**».

Un concurso exclusivo para los miembros del grupo de Novela Histórica y cuyas reseñas debían versar también sobre novelas consideradas históricas. El premio consistía en un diploma conmemorativo y un lote de libros ofrecido por NovoCasaEditorial, así como la exposición durante una semana de la reseña ganadora, junto al nombre del autor, en un lugar preferente del grupo de Novela Histórica de Facebook y la publicación en la revista "Y Latina" por cortesía de la Asociación de Escritores Noveles AEN.



El **Jurado**, compuesto por el equipo administrador del grupo de Novela Histórica: Ramón Villa, Andrés Pinar Godoy, Mireia Giménez Higón y Begoña Valero, seleccionó seis reseñas finalistas, premiando la claridad y calidad narrativa, riqueza léxica, así como creatividad. A continuación, los miembros del grupo votaron la reseña que consideraban merecedora del premio.

Como resultado de este proceso participativo ha resultado ganadora la reseña de José Fernández Álvarez —cuyo nombre en Facebook es **Jota Efe A**.

La reseña ganadora es de la novela *Nazarí* de Mario Villén Lucena, y que reproducimos íntegramente a continuación.

Felicitemos nuevamente al ganador.



Reseña

Comienza la novela y no por casualidad, en el año 1195, de glorioso recuerdo para los almohades que regían los destinos de Al—Andalus y de nefasto resultado para las tropas cristianas de Alfonso VIII de Castilla. En el cerro de Alarcos, al pie del Guadiana tendría lugar la batalla que daría al traste con las esperanzas cristianas de reconquista. Ese mismo año y por las mismas fechas en que se desarrollaba aquella batalla, en la localidad jienense de Arjona, nacía Muhammad ibn al—Ahmar llamado por la historia a fundar la dinastía nazarí, la última dinastía musulmana que dominó el Reino de Granada desde 1238 hasta 1492.

El autor nos describe al principal personaje, Al—Hamar, como un fiero “cegrí” cuya incansable lucha en algaradas de frontera contra los castellanos, le llevaría a ser proclamado sayj comenzando así su vertiginoso ascenso hasta liderar la taifa nazarí. Pero su vida, sus hechos, sus aciertos, sus errores, no le pertenecen en exclusiva. Las circunstancias y su yo fueron las personas que le rodearon y que compartieron su existencia hasta auparle a la Al—Hamrá, especialmente su abuelo materno Aquislula y su mística religiosidad de marcado carácter sufí. Por el lado cristiano sería Fernando III el rey que lo fuera de Castilla primero y de Castilla y León, más tarde, quien marcaría determinados caminos del Nazarí. También los calatravos, feroces monjes guerreros, spondrían para al—Ahmar un verdadero escollo para sus propósitos.

Mario Villén nos relata en el texto, (que no hay que olvidar que se trata de una “novela” histórica), las vicisitudes de un hombre de su tiempo, que se ve abocado por su valor y por sus gestas y porque estaría así escrito en el libro de su vida, a batallar con cristianos, pero también con musulmanes pues en más de una ocasión tuvo que enfrentarse con el emir de Murcia Ibn Hud, este a veces amparado por el rey cristiano mediante pactos algo sibilinos. Una crónica muy bien pertrechada por el autor, que nos hace vivir la juventud de al—Ahmar, saltando a su lado por los tejados de su Arjona natal; nos sorprendemos esperando con igual ansiedad que Muhammad los nacimientos de sus hijos; le acompañamos en sus momentos de nostalgia; lloramos junto a él la pérdida de sus allegados; sangramos sus mismas heridas; casi sentimos el apasionado amor del fogoso emir—hombre.

Los entresijos novelados de Nazarí donde el autor mezcla la realidad histórica de unos hechos acaecidos y la ficción con personajes de creación propia, recorren la

existencia del al—Ahmar, (que venía a significar el “hijo del rojo”), desde su nacimiento (1195) hasta su pacto con el rey cristiano (1246), que habría de proporcionarle un colchón de unos 20 años de paz, imprescindibles para asentar los cimientos de su incipiente y emergente emirato de Granada.

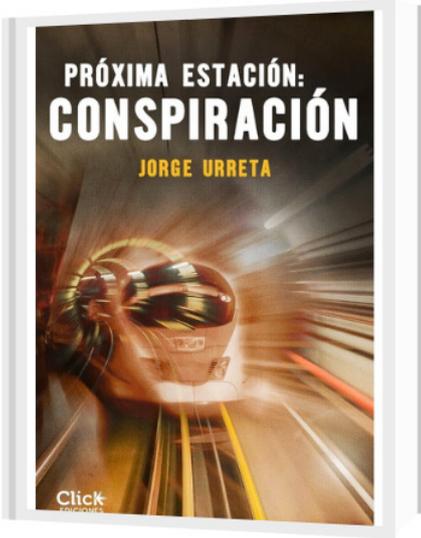
Pero además la novela que nos presenta Mario Villén no es solo una “historia de batallas”, que sin duda es lo esencial de la historia, las ganadas, las perdidas, las empatadas si así pudiera decirse. Para mí lo esencial es cómo trata a los personajes principales, secundarios, y/o ficticios casi dotándoles de alma, pues nos acerca a ellos, a mi modo de ver, participándonos sus pensamientos, sus preocupaciones, sus miras o propósitos y los envuelve de carácter historicista propio, esto es, nos muestra al hombre o mujer y lo coloca en el momento y lugar correspondiente. El lector juzgará por sus hechos la importancia del papel que cada cual desempeñó en la historia novelada. Solo una magistral pluma, aun con pocas novelas en su haber y mucha juventud, es capaz de este atrevimiento, para mí muy logrado.

Ampliamente documentado, como en sus anteriores novelas (El escudo de Granada y 40 días de fuego) es prolífico el autor en detalles descriptivos sin excesivas reiteraciones o profusión de narración belicista, tan solo la precisa, algo que determinados lectores agradecemos pues sabido es que donde hay herida hay sangre. Tampoco considero excesivas o fuera de lugar las escenas de alcoba narradas con naturalidad, como la vida misma.

Volveré a leer este Nazarí del pinopotense granadino Mario Villén Lucena. Me recrearé en aquellos otros personajes que tanto tuvieron que ver en los hechos históricos, o no, como la reina Berenguela, madre de Fernando III, o el abuelo Asquilula, o los muchos personajes femeninos que ocupaban la mente y el corazón del Nazarí al—Hamar.

Por último expresar que está reseña, alejada sin duda de los cánones más o menos establecidos (11 millones de resultados en Google) es la consecuencia de una lectura minuciosa (casi me queda leerla del revés) y aun así en cada repaso, conociendo y habiendo ya “participado” de las escenas bélicas, habiendo compartido los acontecimientos familiares, habiendo cabalgado junto al Nazarí y sus correligionarios, se descubre el lector asimismo contemplando por encima de todo cuánta humanidad hay en los personajes descritos, lo cual es fruto en exclusiva de la descriptiva pluma del autor de NAZARÍ, Mario Villén Lucena.

Novela negra



JORGE URRETA

Próxima estación:
conspiración

Norte de Guipúzcoa. Accidente en las
vías. Un loco, dijo la policía.
Pero Marcos, maquinista del tren,
buscará qué hay oculto...
¿Realmente era «un loco en las vías»?

¡Feliz lectura! ☐

CUENTOS CLASICOS

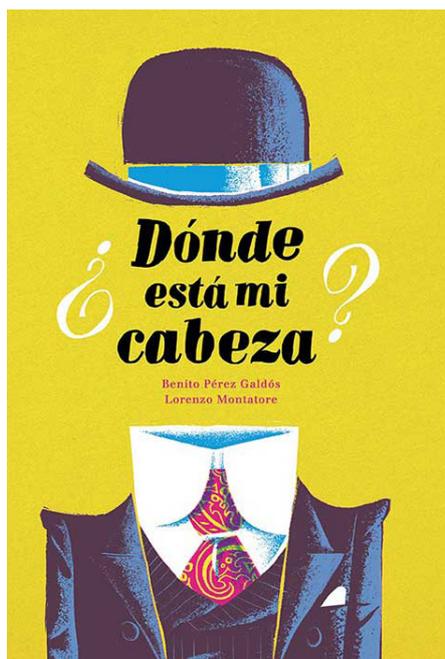
¿Dónde está mi cabeza?

Autor: Benito Pérez Galdós

[**Nota preliminar:** edición digital a partir de la edición de El Imparcial, Madrid, núm. especial 30—31 de diciembre.]

— I —

Antes de despertar, ofrecióse a mi espíritu el horrible caso en forma de angustiosa sospecha, como una tristeza hondísima, farsa cruel de mis endiablados nervios que suelen desmandarse con trágico humorismo. Desperté; no osaba moverme; no tenía valor para reconocerme y pedir a los sentidos la certificación material de lo que ya tenía en mi alma todo el valor del conocimiento... Por fin, más pudo la curiosidad que el terror; alargué mi mano, me toqué, palpé... Imposible exponer mi angustia cuando pasé la mano de un hombro a otro sin tropezar en nada... El espanto me impedía tocar la parte, no diré dolorida, pues no sentía dolor alguno... la

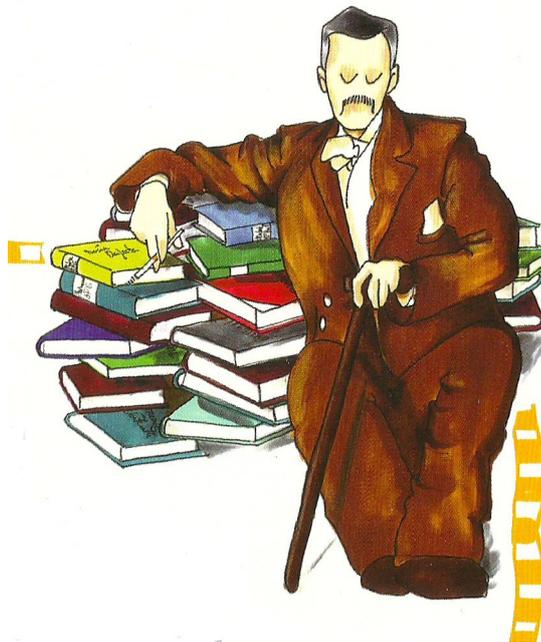


parte que aquella increíble mutilación dejaba al descubierto... Por fin, apliqué mis dedos a la vértebra cortada como un troncho de col; palpé los músculos, los tendones, los coágulos de sangre, todo seco, insensible, tendiendo a endurecerse ya, como espesa papilla que al contacto del aire se acartona... Metí el dedo en la tráquea; tosí... metílo también en el esófago, que funcionó automáticamente queriendo tragármelo... recorrí el circuito de piel de afilado borde... Nada, no cabía dudar ya. El infalible tacto daba fe de aquel horroso, inaudito hecho. Yo, yo mismo, reconociéndome vivo, pensante, y hasta en perfecto estado de salud física, no tenía cabeza.

Largo rato estuve inmóvil, divagando en penosas imaginaciones. Mi mente, después de jugar con todas las ideas posibles, empezó a fijarse en las causas de mi decapitación. ¿Había sido degollado durante la noche por mano de verdugo? Mis nervios no guardaban reminiscencia del cortante filo de la cuchilla. Busqué en ellos algún rastro de escalofrío tremendo y fugaz, y no lo encontré. Sin duda mi cabeza había sido separada del tronco por medio de una preparación anatómica desconocida, y el caso era de robo más que de asesinato; una sustracción alevosa, consumada por manos hábiles, que me sorprendieron indefenso, solo y profundamente dormido.

En mi pena y turbación, centellas de esperanza iluminaban a ratos mi ser. Instintivamente me incorporé en el lecho; miré a todos lados, creyendo encontrar sobre la mesa de noche, en alguna silla, en el suelo, lo que en rigor de verdad anatómica debía estar sobre mis hombros, y nada... no la vi. Hasta me aventuré a mirar debajo de la cama... y tampoco. Confusión igual no tuve en mi vida, ni creo que hombre alguno en semejante perplejidad se haya visto nunca. El asombro era en mí tan grande como el terror.

No sé cuánto tiempo pasé en aquella turbación muda y ansiosa. Por fin, se me



impuso la necesidad de llamar, de reunir en torno mío los cuidados domésticos, la amistad, la ciencia. Lo deseaba y lo temía, y el pensar en la estupefacción de mi criado cuando me viese, aumentaba extraordinariamente mi ansiedad.

Pero no había más remedio: llamé... Contra lo que yo esperaba, mi ayuda de cámara no se asombró tanto como yo creía. Nos miramos un rato en silencio.

—Ya ves, Pepe —le dije, procurando que el tono de mi voz atenuase la gravedad de lo que decía—; ya lo ves, no tengo cabeza.

El pobre viejo me miró con lástima silenciosa; me

miró mucho, como expresando lo irremediable de mi tribulación.

Cuando se apartó de mí, llamado por sus quehaceres, me sentí tan solo, tan abandonado, que le volví a llamar en tono quejambroso y aun huraño, diciéndole con cierta acritud:

—Ya podréis ver si está en alguna parte, en el gabinete, en la sala, en la biblioteca... No se os ocurre nada.

A poco volvió José, y con su afligida cara y su gesto de inmenso desaliento, sin emplear palabra alguna, díjome que mi cabeza no parecía.

— III —

La mañana avanzaba, y decidí levantarme. Mientras me vestía, la esperanza volvió a sonreír dentro de mí.

—¡Ah! —pensé— de fijo que mi cabeza está en mi despacho... ¡Vaya, que no haberseme ocurrido antes!... ¡qué cabeza! Anoche estuve trabajando hasta hora muy avanzada... ¿En qué? No puedo recordarlo fácilmente; pero ello debió de ser mi Discurso—memoria sobre la Aritmética filosófico-social, o sea, Reducción a fórmulas numéricas de todas las ciencias metafísicas. Recuerdo haber escrito diez y ocho veces un párrafo de inaudita profundidad, no logrando en ninguna de ellas expresar con fidelidad mi pensamiento. Llegué a sentir horriblemente caldeada la región cerebral. Las ideas, hirvientes, se me salían por ojos y oídos, estallando como burbujas de aire, y llegué a sentir un ardor irresistible, una

obstrucción congestiva que me inquietaron sobremanera...

Y enlazando estas impresiones, vine a recordar claramente un hecho que llevó la tranquilidad a mi alma. A eso de las tres de la madrugada, horriblemente molesto por el ardor de mi cerebro y no consiguiendo atenuarlo pasándome la mano por la calva, me cogí con ambas manos la cabeza, la fui ladeando poquito a poco, como quien saca un tapón muy apretado, y al fin, con ligerísimo escozor en el cuello... me la quité, y cuidadosamente la puse sobre la mesa. Sentí un gran alivio, y me acosté tan fresco.

— IV —

Este recuerdo me devolvió la tranquilidad. Sin acabar de vestirme, corrí al despacho. Casi, casi tocaban al techo los rimeros de libros y papeles que sobre la mesa había. ¡Montones de ciencia, pilas de erudición! Vi la lámpara ahumada, el tintero tan negro por fuera como por dentro, cuartillas mil llenas de números chiquirritines..., pero la cabeza no la vi.

Nueva ansiedad. La última esperanza era encontrarla en los cajones de la mesa. Bien pudo suceder que al guardar el



(Ilustración de Cristina Ramos del libro *El teatro por dentro*, publicado por la Fundación Canaria de las Artes Escénicas y la Música de Gran Canaria y La Fundación SGAE)

enorme fárrago de apuntes, se quedase la cabeza entre ellos, como una hoja de papel secante o una cuartilla en blanco. Lo revolví todo, pasé hoja por hoja, y nada... ¡Tampoco allí!

Salí de mi despacho de puntillas, evitando el ruido, pues no quería que mi familia me sintiese. Metíme de nuevo en la cama, sumergiéndome en negras meditaciones. ¡Qué situación, qué conflicto! Por de pronto, ya no podría salir a la calle porque el asombro y horror de los transeúntes habían de ser nuevo suplicio para mí. En ninguna parte podía presentar mi decapitada personalidad. La burla en unos, la compasión en otros, la extrañeza en todos me atormentaría horriblemente. Ya no podría concluir mi Discurso—memoria sobre la Aritmética filosófico—social; ni aun podría tener el consuelo de leer en la Academia los voluminosos capítulos ya escritos de aquella importante obra. ¡Cómo era posible que me presentase ante mis dignos compañeros con mutilación tan lastimosa! ¡Ni cómo pretender que un cuerpo descabezado tuviera dignidad oratoria, ni representación literaria...! ¡Imposible! Era ya hombre acabado, perdido para siempre.

— V —

La desesperación me sugirió una idea salvadora: consultar al punto el caso con mi amigo el doctor Miquis, hombre de mucho saber a la moderna, médico filósofo, y, hasta cierto punto, sacerdotal, porque no hay otro para consolar a los enfermos cuando no puede curarlos o hacerles creer que sufren menos de lo que sufren.

La resolución de verle me alentó: vestíme a toda prisa. ¡Ay! ¡Qué impresión tan extraña, cuando al embozarme pasaba mi capa de un hombro a otro, tapando el cuello como servilleta en plato para que no caigan moscas! Y al salir de mi alcoba, cuya puerta, como de casa antigua, es de corta alzada, no tuve que inclinarme para salir, según costumbre de toda mi vida. Salí bien derecho, y aun sobraba un palmo de puerta.

Salí y volví a entrar para cerciorarme de la disminución de mi estatura, y en una de éstas, redobláronse de tal modo mis ganas de mirarme al espejo, que ya no pude vencer la tentación, y me fui derecho hasta el armario de luna. Tres veces me acerqué y otras tantas me detuve, sin valor bastante para verme... Al fin me vi... ¡Horripilante figura! Era yo como una ánfora jorobada, de corto cuello y asas muy grandes. El corte del pescuezo me recordaba los modelos en cera o pasta que yo había visto mil

veces en Museos anatómicos.

Mandé traer un coche, porque me aterraba la idea de ser visto en la calle, y de que me siguieran los chicos, y de ser espanto y chacota de la muchedumbre. Metíme con rápido movimiento en la berlina. El cochero no advirtió nada, y durante el trayecto nadie se fijó en mí.

Tuve la suerte de encontrar a Miquis en su despacho, y me recibió con la cortesía graciosa de costumbre, disimulando con su habilidad profesional el asombro que debí causarle.

—Ya ves, querido Augusto —le dije, dejándome caer en un sillón—, ya ves lo que me pasa...

—Sí, sí —replicó frotándose las manos y mirándome atentamente—: ya veo, ya... No es cosa de cuidado.

—¡Que no es cosa de cuidado!

—Quiero decir... Efectos del mal tiempo, de este endiablado viento frío del Este...

—¡El viento frío es la causa de...!

—¿Por qué no?

—El problema, querido Augusto, es saber si me la han cortado violentamente o me la han sustraído por un procedimiento latroanatómico, que sería grande y pasmosa novedad en la historia de la malicia humana.

Tan torpe estaba aquel día el agudísimo doctor, que

no me comprendía. Al fin, refiriéndole mis angustias, pareció enterarse, y al punto su ingenio fecundo me sugirió ideas consoladoras.

—No es tan grave el caso como parece —me dijo— y casi, casi, me atrevo a asegurar que la encontraremos muy pronto. Ante todo, conviene que te llenes de paciencia y calma. La cabeza existe. ¿Dónde está? Ése es el problema.

Y dicho esto, echó por aquella boca unas erudiciones tan amenas y unas sabidurías tan donosas, que me tuvo como encantado más de media hora. Todo ello era muy bonito; pero no veía yo que por tal camino fuéramos al fin capital de encontrar una cabeza perdida. Concluyó prohibiéndome en absoluto la continuación de mis trabajos sobre la *Aritmética filosófico-social*, y al fin, como quien no dice nada, dejóse caer con una indicación, en la que al punto reconocí la claridad de su talento.

¿Quién tenía la cabeza? Para despejar esta incógnita convenía que yo examinase en mi conciencia y en mi memoria todas mis conexiones mundanas y sociales. ¿Qué casas y círculos frecuentaba yo? ¿A quién trataba con intimidad más o menos constante y pegajosa? ¿No era público y notorio que mis visitas a la Marquesa viuda de X... traspasaban, por su frecuencia y duración, los límites a que debe circunscribirse la cortesía?

¿No podría suceder que en una de aquellas visitas me hubiera dejado la cabeza, o me la hubieran secuestrado y escondido, como en rehenes que garantizara la próxima vuelta?

Diome tanta luz esta indicación, y tan contento me puse, y tan claro vi el fin de mi desdicha, que apenas pude mostrar al conspicuo Doctor mi agradecimiento, y abrazándole, salí presuroso. Ya no tenía sosiego hasta no personarme en casa de la Marquesa, a quien tenía por autora de la más pesada broma que mujer alguna pudo inventar.

— VI —

La esperanza me alentaba. Corrí por las calles, hasta que el cansancio me obligó a moderar el paso. La gente no reparaba en mi horrible mutilación, o si la veía, no manifestaba gran asombro. Algunos me miraban como asustados: vi la sorpresa en muchos semblantes, pero el terror no.

Diome por examinar los escaparates de las tiendas, y para colmo de confusión, nada de cuanto vi me atraía tanto como las instalaciones de sombreros. Pero estaba de Dios que una nueva y horripilante sorpresa trastornase mi espíritu, privándome de la alegría que lo embargaba y sumergiéndome en dudas crueles. En la vitrina de una peluquería elegante vi...

Era una cabeza de caballero admirablemente peinada, con barba corta, ojos azules, nariz aguileña... era, en fin, mi cabeza, mi propia y auténtica cabeza... ¡Ah! cuando la vi, la fuerza de la emoción por poco me priva del conocimiento... Era, era mi cabeza, sin más diferencia que la perfección del peinado, pues yo apenas tenía cabello que peinar, y aquella cabeza ostentaba una espléndida peluca.

Ideas contradictorias cruzaron por mi mente. ¿Era? ¿No era? Y si era, ¿cómo había ido a parar allí? Si no era, ¿cómo explicar el pasmoso parecido? Dábame ganas de detener a los transeúntes con estas palabras: «Hágame usted el favor de decirme si es esa mi cabeza.»

Ocurrióme que debía entrar en la tienda, inquirir, proponer, y por último, comprar la cabeza a cualquier precio... Pensado y hecho; con trémula mano abrí la puerta y entré... Dado el primer paso, detúveme cohibido, recelando que mi descabezada presencia produjese estupor y quizás hilaridad. Pero una mujer hermosa, que de la trastienda salió risueña y afable, invitóme a sentarme, señalando la más próxima silla con su bonita mano, en la cual tenía un peine .

Fuente: ciudadseva.com

Navidad sin ambiente

Autor: Miguel Delibes

Ella nunca ponía el Niño de esa manera —dijo Chelo al sentarse a la mesa.

—Es lo mismo; cámbialo. Ni me di cuenta.

Cati se pasó delicadamente las manos por las mejillas sofocadas.

—Sentaos —dijo.

Raúl y Tomás hablaban junto a la chimenea.

Dijo Chelo:

—Mujer, es lo mismo. El caso es que el Niño presida, ¿no?

La silla crujió al sentarse Raúl, a la cabecera. Elvi rió al otro extremo.

—Deberías comer con más cuidado —dijo—. Yo no sé dónde vas a llegar.

Dijo Frutos:

—¿Por qué no habéis prendido lumbre como otros años?

A Cati le temblaba un poco la voz:

—Pensé que no hacía frío —levantó sus flacos hombros como disculpándose—. No sé...

—Bendice —dijo Toña.

La voz de Raúl, a la cabecera, tenía un volumen

hinchado y creciente, como el retumbo de un trueno:

—Me pesé el jueves y he adelgazado, ya ves. Pásame el vino, Chelo, haz el favor.

Dijo Cati:

—Si queréis, prendo. Todavía estamos a tiempo.

Hubo una negativa general; una ruidosa, alborotada negativa.

—¿No bendices? —preguntó Toña.

Agregó Frutos:

—Yo, lo único por el ambiente; frío no hace.

Cati humilló ligeramente la cabeza y murmuró:

—Señor, da pan a los que tienen hambre y hambre a los que tienen pan.

Al concluir se santiguó.

Dijo Elvi:

—¡Qué bendición más original, chica! Ella nunca bendecía así.

Rodrigo miró furtivamente a su izquierda, hacia Cati:

—Se me hace raro no verla aquí, a mi lado, como otros años.

Tomás, Raúl y Frutos hablaban de las ventajas del «Seat 600» para aparcar en las grandes ciudades. Dijo Raúl:

—En carretera fatiga. Es ideal para la ciudad.





Chelo tenía los ojos húmedos cuando dijo:

—¿Os acordáis del año pasado? Ella lo presentía. Dijo: «Quién sabe si será la última Navidad que pasamos juntos.» ¿No os acordáis?

Hubo un silencio estremecido, quebrado por el repique de los cubiertos contra la loza. Raúl estalló:

—Llevaba veinte años diciendo lo mismo. Alguna vez tenía que ser. Es la vida, ¿no?

Cati carraspeó:

—Esa bendición se la oí un día al padre Martín. Es sobria y bonita. Me gustó.

Tomás levantó la voz:

—A mí, como no me gusta correr, tanto me da un coche grande como uno pequeño.

Elvi fruncía su naricita respingona cada vez que se disponía a hablar. Dijo:

—Raúl tiene pan, pero haría mejor pidiéndole a Dios que no le diese hambre.

Si no, yo no sé dónde va a llegar.

Elena pasaba las fuentes alrededor de la mesa. Y cuando Elvi habló, unió su risa espontánea a la de los demás.

—No, gracias, hija; no quiero más —dijo Frutos con un breve gesto de la mano. Rodrigo denegó también. Dijo luego:

—Ella ponía la lombarda de otra manera. No sé exactamente lo que es, pero era una cosa diferente.

Raúl se volvió a Tomás:

—Pero, bueno ¿quieres decirme qué kilómetros haces tú?

Dijo Frutos:

—Con la chimenea apagada no me parece Nochebuena, la verdad.

Toña saltó:

—No es la chimenea.

Cati se inclinó hacia Rodrigo:

—Está rehogada con un poco de ajo, exactamente

como ella lo hacía.

Elvi arrugó su naricilla:

—Sigo pensando en esa bendición tuya, tan original, Cati. Creo que no está bien. Para arreglar ese asunto entre los que tienen hambre y los que no tienen hambre, me parece que no es necesario molestar a Dios. Sería más sencillo decirles a los que tienen pan y no tienen hambre, que les den el pan que les sobra a los que tienen hambre y no tienen pan. De esa manera, todos contentos, ¿no os parece?

Tomás se soliviantó un poco:

—Haga los kilómetros que haga. Yo no tengo necesidad de correr y en carretera tanto me da un «Seiscientos» como un «Mercedes»; es lo que tengo que decir.

—A mí no me parece Nochebuena —dijo Frutos después de observar atentamente la habitación—. Aquí falta algo.

Chelo amusgó los ojos y miró hacia Cati:

—Cati, mona —dijo— si te miro así con los ojos medio cerrados, como vas de negro, todavía me parece que está ella —se inclinó hacia Raúl—. Raúl —añadió—, cierra los ojos un poco, así, y mira para Cati. ¿No es verdad que te recuerda a ella?

Cati hizo un esfuerzo para tragar. Toña hizo un esfuerzo para tragar. Raúl hizo un esfuerzo para tragar. Finalmente, entre-cerró los ojos y dijo:

—Sí, puede que se le dé un aire.

Rodrigo se dirigió a Frutos, cruzando la conversación:

—No te pongas pelma con el ambiente. No es el ambiente. Es la lombarda; y el besugo también. Este año tienen otro gusto.

Frutos enarcó las cejas.

—Lo que sea no lo sé. Pero a mí no me parece que hoy sea Nochebuena.

Cati descarnaba el alón del pavo nerviosamente, con increíble destreza. Luego se lo llevaba a la boca con el tenedor en porciones minúsculas.

Dijo Raúl:

—Pásame el vino, Chelo, anda.

Chelo le pasó la botella. Inmediatamente se incorporó y, sin decir nada, colocó al Niño en ángulo recto con el largo de la mesa,

encarando a Cati. Inquirió:

—¿Y así?

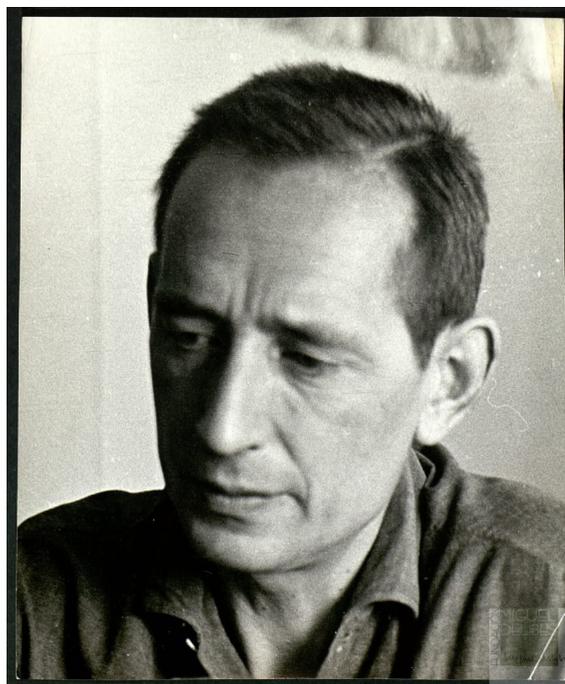
Dijo Elvi:

—No os molestéis. Es la bendición tan rara de Cati la que lo ha echado todo a perder.

Toña gritó:

—¡No es la bendición!

—Bueno, no os pongáis así. Lo que hay que hacer es beber un poco —dijo Raúl—. El ambiente va por dentro.



Y repartió vino en los vasos de alrededor.

Frutos se puso en pie y sacó del bolsillo una caja de fósforos:

—Aguarda un momento —dijo—. ¿Tenéis un papel? —se dirigió a la chimenea.

Chelo le dijo a Toña:

—Toña, por favor, cierra un poco los ojos, así, y mira para Cati.

—Déjame —dijo Toña.

Las llamas caracoleaban

en el hogar. Frutos se incorporó con una mano en los riñones. Voceó mirando al fuego:

—Esto es otra cosa, ¿no?

Añadió Chelo:

—Yo no sé si es por el luto o que...

Frutos reculaba sin cesar de mirar a la lumbre:

—¿Qué? ¿Hay ambiente ahora o no hay ambiente?

Hubo un silencio prolongado, Rodrigo lo rompió al fin. Le dijo a Cati:

—¿Pusiste manzanas en el pavo?

—Sí, claro.

Rodrigo encogió los hombros imperceptiblemente. Frutos apartó su silla y se sentó de nuevo. Continuaba mirando al fuego. Toña le dijo irridada:

—No te molestes más; no es el fuego.

Elvi frunció su naricita:

—Cati —dijo—, si probaras a bendecir de otra manera, a lo mejor...

Se oyó un ronco sollozo. Raúl dejó el vaso de golpe, sobre la mesa.

—¡Lo que faltaba! —dijo—. ¿Pues no está llorando la boba esta ahora? Cati, mujer, ¿puede saberse qué es lo que te pasa?

INFANTIL

Una caída mágica

Lía González

En un país de leyenda donde el sol brilla diamantes, donde el mar forma estructuras frescas y donde la luna plateaba sobre tu almohada, vivó una vez una sirena de melena blanca y ondulada.

La gente de aquel país la llamaba Sina.

Todos los días con las luces del alba sonaba su canto marino, y el mar formaba arabescos con sus olas.

Sina vivía en una cueva transparente, en las profundidades marinas. Se hizo amiga de la gente del lugar, y sobre todo de Fanny y de Sebas que eran sus amigos incondicionales.

Fanny y Sebas vivían en una casita con sus papás, a la orilla de aquel mar de plateadas aguas, desde donde oían cantar a Sina cuando el amanecer se



colaba por sus ventanas.

A lo lejos se veía el bosque, un bosque enorme y verde mar, desde el que los duendes y El Hada Madrina tejían los sortilegios que luego divertían a Fanny y Sebas, junto con Sina, la sirena del mar.

Cuando Sina salía a la superficie, jugaba con los duendes y los gnomos. Y todos juntos eran la alegría de los pequeños de aquel país mágico y de leyenda.

Pero un día, cuando Sina salió de su cueva a la superficie, se encontró a Sebas llorando todo angustiado. Aquel día no se oyó su canto marino, con lo cual la gente del lugar estaba preguntando que había pasado.

Sina se asustó y llamó al Hada Madrina que no se había dado cuenta de lo que estaba pasando.

—Lys, mira los peques están asustados. ¡No sabemos que está pasando!

El Hada madrina que se llamaba Lys accionó sus luces brillantes, cogió de una mano a David, su gnomo preferido y de la otra a Enol, su duende admirado, y se pusieron en marcha, junto con Sebas que no sabía más que llorar, pero que no decía nada.

Los cuatro juntos se fueron corriendo hasta la casita donde vivían Fanny y Sebas. Sebas abrió la puerta con su llave, y cuando llegaron a la cocina se encontraron a Fanny tirada en el suelo, con un buen golpe y llorando. ¡Se había caído de la mesa por no

no hacer lo que le mandaron!

Fanny era un poco traviesa, y siempre estaba saltando por aquí y por allá, y casi siempre se hacía un poquito de daño, que luego sanaba Lys con un besito y ya está.

Pero aquel día, el golpe era grande, y no lo curaba la sanina del flada Lys, con lo que todos se preocuparon un montón.

Ahí sí que se asustaron todos. Y todos querían al mismo tiempo levantarla. El flada Madrina puso orden en semejante algarabía, y accionó su varita mágica. Con ella mandó a David que hiciera un colchón para que el cuerpo de Fanny no se doliera, a Enol le mandó construir una silla mágica con puntillas blancas para sentar a su amiga cuando le dolor cesara. Y a Sebas lo consoló el flada Madrina y le regaló un chuche que sacó de entre sus tules dorados.



Entre todos recogieron a Fanny, le lavaron la cara con perfume marino y le dieron una magdalena mágica. La llevaron al doctor del bosque y una vez que ya Fanny estaba curada, entre todos lo celebraron.

Llamaron a Sina, la sirena del mar, que entonó una canción que todavía resuenan sus notas cuando por la mañana, al alba, los habitantes del lugar se van a sus lugares de trabajo. La canción se titula "Al Amanecer", y es toda una oda a la alegría que sintieron en aquel país de leyenda, cuando el doctor del bosque dijo aquella fatídica mañana:

—Fue un buen golpe, pero entre todos vosotros la habéis protegido y cuidado. A vosotros os debe el milagro.

Bailaron en el bosque, y David le regaló una piedra fantástica que con el sol despedía una luz esplendorosa de un color azul brillante. Enol le regaló un gorro que habían hecho aquella noche entre todos los amigos de las plantas. Y el Hada Madrina le dejó un regalo.

El regalo estaba dentro de una cajita con un lazo rojo atada. Al abrirla salió un libro y un corazón, con reflejos dorados, y de pronto sonó un beso que era así de grande, muy grande.

Pero también había algo para Sebas por avisarles a todos de la caída de su amita del alma. Le regalaron unas pantuflas como las de los duendes, para que nunca se le enfriaran los pies cuando fuera a jugar con los duendes y los gnomos que habitaban en el bosque de aquel país mágico.

Lia González (San Miguel de las Dueñas, León).
Maestra de primaria jubilada, dietista y auxiliar de
enfermería.

Para Lia escribir es exteriorizar los sentimientos
y emociones que la embargan. La poesía y la prosa
se alternan, salvo en el libro *Una ilusión y un querer*
(Seleer, 2014), donde se funden para dar musicalidad
a la historia que transmiten. Además de prosa y poesía,
también escribe letras para canciones.



"Uno de los secretos profundos de la vida es que lo único que
merece la pena hacer es lo que hacemos por los demás."
- Lewis Carroll.

AEN
Asociación Española de Escritores de Novela

Nino y Pecas cuentan...

Gabriela Quintana

—Hola Pecas. ¿Cómo te ha ido con la pandemia? ¿Vienes a por más historias? Esta vez terminaremos con el cuento del Niño que no quería ser pirata y después te leeré otros más. Me han escrito para enviarme cuentos lindos e interesantes de diversos autores.

—Sí, sí. Quiero escucharlos todos.

—Vale, empecemos.



Capítulo 5: El Monasterio

Después de interminables días en el Atlántico, por fin atracaron en el muelle de las Carabelas de Huelva. Al llegar al monasterio, un abate los recibió en la puerta con gran júbilo, tanto que fue a interrumpir a Marchena que se encontraba en servicio religioso en la capilla. Al saber de la llegada de su antiguo alumno, el fraile corrió a su encuentro. Los recibió con un abrazo y les ofreció una succulenta cena. Xavier vestía sus ropas de civil y durante la velada, él y su madre contaron la historia del gran pirata Mala Pata. Claro, debieron omitir varios detalles para que el monje no los rechazara en su mesa, pues muchos de los regalos que traían para el convento los habían obtenido de los enemigos rendidos en las batallas.

Xavier pidió que esa donación de piedras preciosas que le entregó en un bolso de tela fuera utilizada para los niños huérfanos y los enfermos. Marchena estaba radiante de felicidad con los regalos recibidos, ya que ayudarían a muchas personas, sin embargo, lo estaba aún más de reencontrarse con Xavier después de tanto tiempo.

—¿Que harán ahora? —preguntó el monje.

—Volveremos a casa —respondió alegremente Rosalinda.

—¿En dónde está su casa? —dijo Marchena.

—Volveremos a Palma de Mallorca —respondió Xavier con un brillo en los ojos y sonriendo a su madre.

—Sí, en un par de días navegaremos a Palma, ya es hora de que Xavier vuelva a casa.

Y el día en el que se levantó el sol con más calor, las velas del barco *La Fortuna* ondearon con un solo destino: una casa de piedra blanca, ubicada a una calle del embarcadero en la isla de Palma de Mallorca.

FIN

—Me gustan las historias de piratas, son emocionantes —dijo Pecas.

—Ahora te leeré este cuento que se llama... y lo escribió...

Bibliografía del cuento completo.

*Port Royal: fue la sede del gobierno británico en Jamaica y la principal base pesquera y comercial de la isla durante el siglo XVII.

*Fray Antonio de Marchena: fue un franciscano español que vivió en el tránsito de los siglos XV a XVI. Fue fraile del convento de La Rábida, donde en 1484 pidió asilo Cristóbal Colón para él y su hijo Diego.

*Convento de La Rábida: es un convento franciscano en el sur español, en la localidad de Palos de la Frontera, en la provincia de Huelva y de la Comunidad Autónoma de Andalucía. El convento está situado a 13 km al sur de la ciudad de Huelva, donde los ríos Tinto y Odiel se encuentran.

JUEGOS DE PALABRAS

Recursos literarios

B V H I P E R B O L E E O T E T I P E D A O D T A
C X O C H F O V I R N E G A M I I Z E V A W S N D
Q A D O Ñ M R Q G I Y E Q T O U M R D J N O T V L
M E T O N I M I A X F N E Ñ S F I H U E X I K Z U
D W N E E A S A I O Z O H A Q V T E Q A T A L U A
N O I C A R E T I L A C A L A M B U R E U P P S M
Q I I A J G I P P A O E X C O F L B S D O O K U Z
O I Ñ O R E G B A F D N I S A G Q I Ñ N L Z E Z S
A U O X A E G Z R J V O O Ñ I N S E I S Z A Ñ I O
N N C Y O Y F K A U N L U M A N A D I P L O S I S
O C O N C A T E N A C I O N A K E N E F H O Ñ D Ñ
I U M C V B E L O I A E N E X T D S A R L Y S M A
C D P N U M F D M U P R V B U E O J T P R I T A R
A K L L R L T A A U O I Q Y T O X P I E Z W R F O
R M E P O O I Q S V S R A O A A Y D E R S O Ñ T F
A H X M U I U L I P T O N Z P U A O J Y F I Ñ G I
P X I G H B I H A K R N S D I N Z Z Y A A O A O P
M O O A N S N O A V O I Q D A U Z U N N I D D Ñ E
O Ñ N U P H I F V E F A C P G P A A L I T O T E Y
C W Q Q I G X L C K E E E G A I G O L I D W Q Q S

Aliteración, anadiplosis, anáfora, antítesis, apóstrofe, calambur, comparación, complexión, concatenación, derivación, dilogía, epanadiplosis, epíteto, epífora, hipérbole, imagen, ironía, litote, metonimia, onomatopeya, paranomasia, polysíndeton, sinestesia.

Personajes Disney



Aladdín, Ariel, Bambi, Campanilla, Cenicienta, Daisy, Donald, Dumbo, Goofey, Mickey, Minnie, Mulán, Nemo, Peter Pan, Pinocho, Pluto, Pocahontas, Rapunzel, Sulley, Woody.

Las 7 diferencias



MICRORRELATOS

Bernice Mon Amour

Krista García

Su nombre resuena en mi mente, Berenice, y un escalofrío recorre mi cuerpo inundándolo de una sensación asquerosa.

La inquietud crece hasta bloquearme del todo; hasta que el sueño me vence. Una pesadilla desagradable me abraza. Berenice viene hacia mí e intenta seducirme. Me mira con los ojos muy abiertos y la boca a escasos centímetros de la mía. El hedor es repugnante. Noto como mi cuerpo y mi alma rechazan a este ser venido del inframundo. Me acaricia ávidamente, como si quisiera devorarme, y entonces me sonrío... Me sonrío. La falta de dientes, la hace aún más repulsiva. Pretende besarme y, de súbito, me despierto.

Aún siento su beso en mi boca y la náusea me sube por la garganta. Abro los ojos y apenas veo. Intento incorporarme, pero no puedo. Estoy atrapado bajo el frío suelo de madera y Berenice, a mi lado.



Krista García es un alma inquieta, una lectora entusiasta que busca en las palabras el refugio, la inspiración y a ella misma. Aprender a decir con palabras lo que su mente recrea, es otra forma de vivir.

Nunca se lo he confesado

Sara Lavesque

Nunca se lo he confesado, pero si me duelen las heridas, me las curo entre sus versos. Yo escribo del género *bohemio*, que todavía no se ha inventado como tal. Ella escribe con el Alma a flor de piel, y aún me cuesta armarme de valor para hacerle saber, sin acobardarme demasiado, que quiero que acaricie de cerca mi Corazón con cada poema suyo. Que le haga temblar de rabia o de emoción, que lo engrase con su prosa y se la entregue desde cualquier dirección. Que sigamos adelante donde lo dejamos aquella tarde que tan tarde se nos hizo. Porque mis sueños sin ella, nada son.

Nunca se lo he reconocido, pero deseo desde siempre arrancarle una sonrisa en vez de ansiar huir de ella por el espanto que me tengo, aunque suene a incongruencia. No supimos saborear los momentos con los ojos cerrados a tiempo. Me arrepiento de lo que pasó, no por ello volveré a dejarme arruinar por la desazón. Quien manda en lo que a ella se refiere es mi Corazón. Y si sigue latiendo su nombre con pasión, solo es por una razón.



Huellas con nombre propio

Krista García

Flor es un pobre animal enjaulado que el amor atrapó un soleado día de septiembre de hace once años. Desde entonces, huellas moradas, lágrimas de sangre y círculos de fuego han sido los regalos que ha recibido de su adorable marido, Luis. Las promesas incumplidas han destrozado su frágil corazón y reforzado la posesión perversa del celoso monstruo.

Hoy, sin embargo, algo va a cambiar. La parsimonia del sacrificio la abandona en cuanto el recuerdo de sus nonatos la invade, se convierte en furia. Llena una mochila a toda prisa con ropa y algo de dinero que ha ido sisando durante un tiempo. Llama a voces a Sara, su vecina, para que la ayude a escapar, a cruzar. Las cuerdas del tendal soportan a duras penas el delgado cuerpo de Flor, pero resisten, como ella.

Él llega a casa, silbando, feliz, y cuando descubre que no está, se vuelve loco. Sólo una nota le espera: «Cariño los macarrones están en el horno. Espero que se te atraganten. Con amor, tu Flor».

Su grito sonó aterrador.





FELICES FIESTAS
Felices lecturas